



Università  
Ca' Foscari  
Venezia

Corso di Laurea Magistrale  
in Lingue e Letterature Europee,  
Americane e Postcoloniali  
(ordinamento ex D.M. 270/2004)

Tesi di Laurea

**Traducción y análisis de algunos  
capítulos de *La Sombra del Viento*  
de Carlos Ruiz Zafón**

**Relatore**

Ch. Prof. Patrizio Rigobon

**Laureando**

Camilla Mistè  
Matricola 836860

**Anno Accademico**

2016 / 2017

A mi Málaga, mi Madrid, mi Barcelona y mi Sevilla  
A todos los que han hecho parte de estas experiencias

A mi querida España

# Índice

<b>Introducción</b>	2
<b>1. Metodología empleada y organización del contenido</b>	3
<b>2. Breve marco teórico</b>	4
2.1 Sobre el concepto de “equivalencia”	
2.2 Source-orientedness y Target-orientedness	6
<b>3. Análisis traductológico</b>	8
3.1 Consideraciones generales sobre el texto	
3.2 Metáforas e imágenes: mantener el estilo del autor	10
3.3 Referencias culturales: historia, gastronomía, literatura	15
3.3.1 Topónimos	19
3.3.2 Nombres propios de persona	19
3.3.3 Platos típicos y comida	21
3.3.4 Referencias literarias e intertextualidad	22
3.4 Catalanismos	24
3.5 Expresiones idiomáticas	27
3.5.1 Expresiones con equivalentes	28
3.5.2 Expresiones y juegos traducidos por perífrasis	29
3.5.3 Expresiones alteradas y manipuladas	31
3.5.4 Interacción entre real y figurado: estructuras dobles	33
3.6 Otros problemas de traducción	37
<b>4. Traducción</b>	39
<b>Bibliografía y sitografía</b>	181
<b>Agradecimientos</b>	184

## Introducción

El objetivo de esta tesis es proponer una nueva traducción de algunos capítulos del libro *La Sombra del Viento* de Carlos Ruiz Zafón, acompañada por unas reflexiones sobre el estilo del autor, así como los problemas encontrados durante el proceso de análisis y traducción de la obra.

La idea de este proyecto surgió de forma casi espontánea: siempre me he sentido atraída por el universo de la traducción y por el complicado reto de intentar conservar los matices originales de una palabra a la hora de pasarla a otra lengua. Con el tiempo, a medida que estudiaba la lengua española y que la practicaba a niveles cada vez más altos, me he dado cuenta de que traducir es mucho más complicado de lo que parece y nunca se trata “simplemente” de conservar matices de significado, pero no por eso ha dejado de fascinarme. Además, desde que empecé a estudiarla a los catorce años, he ido desarrollando una gran pasión para la lengua y la cultura españolas, tanto que me fui a vivir a España ya cuatro veces en los últimos cuatro años, con el intento de mejorar mi conocimiento de la lengua y ponerla en práctica lo más posible. Por lo tanto, resultó natural para mí elegir un proyecto de traducción del español al italiano como conclusión de mi recorrido, una forma de poner a prueba mis capacidades y al mismo tiempo poner el broche de oro a tantos años de estudio, amor y dedicación a esta lengua y a su cultura.

Por lo que concierne la elección de la obra a traducir, hay que decir que este libro se ha convertido en uno de mis favoritos desde que lo leí por primera vez, en italiano, hace muchos años. Lo que pasó es que a la hora de volverlo a leer en español, comparando la versión original con la traducción al italiano, me di cuenta de las muchas diferencias que presentaban los dos textos, de frases que no se tradujeron sino simplemente eliminaron, de imágenes y alusiones que se perdieron en la traducción o que se tradujeron de una forma que, personalmente, no me convencía del todo o, simplemente, no me gustaba. Por estas razones, decidí que habría sido interesante enfrentarme yo con el difícil cometido de traducir un texto narrativo, ¿y cuál mejor obra que una que amas y que quieres que quede perfecta?

## 1. Metodología empleada y organización del contenido

En cuanto a la metodología empleada, el primer paso de este trabajo ha sido leer enteramente el texto a traducir una primera vez, para poder familiarizarme con la historia, con los personajes y con el estilo del autor. Al leer el texto también se aislaron los términos desconocidos, las expresiones idiomáticas y los pasajes que resultaban más oscuros o ambiguos por la presencia de metáforas o por la complejidad estructural de la oración.

En un segundo momento, por medio de varios diccionarios monolingües, bilingües y fraseológicos, se ha pasado a la parte de traducción del texto, con particular atención a la búsqueda de expresiones idiomáticas equivalentes entre la lengua de partida y la de llegada. También se ha prestado atención al reconocimiento de las referencias culturales de vario tipo, a las expresiones o estructuras procedentes del catalán y a la mejor forma de restituir las metáforas descriptivas presentes en el texto. Entre los diccionarios utilizados cabe destacar el DRAE<sup>1</sup>, el *Dizionario dei modi di dire della lingua italiana* y el *Dizionario Treccani*, tanto el monolingüe como el de los sinónimos<sup>2</sup>. También se han aprovechado las traducciones de *La Sombra del Viento* a la lengua italiana y a la lengua inglesa para comparar interpretaciones de ciertas oraciones y estrategias de traducción. Por fin, hay que mencionar el uso de una variedad de sitios web y recursos online para la aclaración de algunas referencias cultas y vocablos enigmáticos o desconocidos.

Una vez terminada la traducción se ha pasado al trabajo de escritura y de análisis de los problemas encontrados, que se han organizado de la siguiente manera:

Una primera sección de la tesis está dedicada a la introducción del trabajo y a una breve explicación de los conceptos teóricos que giran alrededor del mundo de la traducción, necesaria para justificar el origen de este trabajo.

Una segunda sección se dedica al análisis traductológico, es decir, a los problemas concretos encontrados a lo largo del proceso de traducción. Esta parte es muy amplia

---

1 Diccionario de la Real Academia Española.

2 Aunque no se haya utilizado para este trabajo, véase también el diccionario bilingüe específico *Spagnolo idiomático. Dizionario di frasi idiomatiche, colloquiali e gergali* de S. Sañé y G. Schepisi, Bologna, Zanichelli, 2013.

y está compuesta por un primer apartado de consideraciones generales sobre la novela y el estilo del autor, seguido por diferentes capítulos: cada uno se ocupa de una dificultad específica, aportando ejemplos extraídos del texto, explicando los razonamientos que se han llevado a cabo a la hora de traducir y ofreciendo una propuesta de traducción personal.

Por fin, la última sección del trabajo se compone de la traducción entera del texto considerado, ofrecida también con el texto en lengua original para una más fácil lectura y comparación.

## **2. Breve marco teórico**

### **2.1 Sobre el concepto de “equivalencia”**

Ante todo, hay que subrayar que el objetivo de esta tesis no es de criticar la traducción hecha al italiano por Lia Sezzi<sup>3</sup>, más bien, de usarla como punto de partida, útil para analizar las muchas dificultades que conlleva el proceso de traducción de un texto narrativo.

En la actualidad, ya no se utiliza la expresión “fidelidad de la traducción” de la misma forma que antes, y se acepta que no se pueda explicar de forma categórica lo que representa una “equivalencia de significado perfecta”. Efectivamente, después de años y años de estudios, al día de hoy los teóricos de la traducción coinciden en que el criterio de la fidelidad de una traducción no representa una categoría absoluta, sino un concepto que varía de acuerdo con el tema y el tipo de texto, con su propósito y con su contexto histórico y social. Esto significa que a la hora de traducir un texto no hay simplemente que transmitir el contenido del mismo (aunque no se puede negar que en muchos casos éste sea indudablemente el objetivo primario), sino que también hay que intentar ser lo más fiel posible a su forma: el estilo del autor, el ritmo de la oración, el tono, el sonido de las palabras elegidas y el orden de éstas en las oraciones también son factores que hay que tener en cuenta. Sobra decir que mantener todas estas características al mismo tiempo en otra lengua es muy difícil, hasta imposible en la mayoría de los casos. Por esta razón, cada

---

<sup>3</sup> *L'Ombra del Vento*, trad. it. Lia Sezzi, Milano, Mondadori, 2005.

traductor se ve obligado a tomar unas decisiones específicas en cada caso, según el texto a traducir y según el propósito de éste (o el propósito que el traductor *crea* que el autor tuvo al escribir el texto: el mensaje o sensación que quería transmitir a los lectores de éste). Para un traductor, se trata de leer el texto, analizarlo e individualizar la que piensa ser la intención del autor, esta “dominante”<sup>4</sup> del texto y de cada oración (sea esta una acción, una imagen, una sensación, una idea o un sonido), y poner en práctica una serie de técnicas y estrategias para poder transmitir esta dominante a los lectores de otra lengua. Este proceso, en la mayoría de los casos, implica una “negociación”<sup>5</sup>, es decir, la necesidad de elegir cuáles aspectos del texto es posible dejar atrás –omitiéndolos o modificándolos–, renunciando a su traducción para poder conservar la dominante elegida.

La consecuencia más evidente de este proceso es que cada traducción es el fruto de las elecciones personales de su traductor y de su propio punto de vista, lo que supone que un texto pueda traducirse de muchas formas hasta muy diferentes entre sí, pero igualmente válidas. Como sostiene Apel Friedmar, “Non si possono dare regole per la traduzione letteraria come non si possono dare regole per l'opera d'arte”<sup>6</sup>: una frase no tiene una forma unívoca de ser traducida, ni un significado unívoco en todas las lenguas. Traducir significa elegir una a una cada palabra para intentar recrear las mismas sensaciones en una lengua y cultura distintas (a veces se trata de la transposición de un ambiente cultural entero<sup>7</sup>), y en este proceso hay que seguir determinados criterios y apoyarse a interpretaciones totalmente personales que dependen del traductor, de su sensibilidad y de su gusto, pero también del contexto social, cultural, lingüístico e histórico en el que vive (y que está en continuo movimiento).

Todo esto nos lleva de vuelta a la afirmación que encabeza este apartado, el hecho de que no se puede realmente juzgar una traducción basándose simplemente en un criterio *general* de “fidelidad” o de “equivalencia”. Además, también cabe especificar que hay muchos factores que pueden influir en las decisiones tomadas

---

4 Concepto de Jakobson como visto en Bertazzoli (2015: 31-32) y Eco (2016: 53).

5 Como visto en Eco (2016: 83-94).

6 Friedmar (1999: 10).

7 Véase Bartolotta (2009: 49).

por cada traductor, factores que van desde las reglas gramaticales y las convenciones estilísticas de las lenguas hasta las directivas establecidas por una casa editora – factores digamos “externos” pero de los que a veces el traductor no puede prescindir.

## 2.2 Source-orientedness y Target-orientedness

Otro aspecto muy importante que hay que aducir es que las traducciones pueden dividirse entre *source-oriented* y *target-oriented*<sup>8</sup>, dos términos que se refieren a dos tipos de actitudes diferentes que se pueden emplear a la hora de traducir un texto. Una traducción *source-oriented* está orientada hacia el texto original, mientras que una *target-oriented* está orientada hacia la cultura de llegada del texto traducido. Es una distinción vital porque en el primer caso la traducción conduce el lector a una mejor comprensión de los aspectos semánticos y lingüísticos del texto de partida que les son ajenos, mientras que en el segundo caso la traducción hace el texto más fluido y comprensible para el lector de llegada eliminando referencias culturales y lingüísticas que no forman parte de su universo conocido, sustituyéndolas por referencias y términos de su propio entorno lingüístico-cultural que puede reconocer. Un ejemplo de traducción *target-oriented* es, efectivamente, la llevada a cabo por Lia Sezzi para la traducción de *La Sombra del Viento* en italiano: en ella abundan las eliminaciones de referencias y términos españoles o su sustitución por equivalentes de la cultura italiana, así como reducciones de frases enteras del texto original, cambios de cultismos por vocablos más comunes y corrientes y, en general, una simplificación quizás excesiva de la riqueza metafórica que caracteriza esta novela. Sin embargo, el punto de vista que se ha empleado para trabajar esta tesis es precisamente el opuesto, el que mira hacia una traducción *source-oriented*. La razón es simple: es cierto que las dos diferentes posturas resultan válidas, en línea teórica, para muchos textos, pero en el caso específico de *La Sombra del Viento*, parece que la elección sea en cierto modo sugerida por el contenido mismo del texto. De hecho, esta novela está ambientada en la ciudad de Barcelona y protagonizada por personajes españoles (o catalanes, en este caso la diferencia no tiene relevancia).

---

8 Distinción hecha por Schleiermacher y Toury y vista en Bertazzoli (2015: 81) y Eco (2016: 170-171).



Aún más, la misma Barcelona no sólo aparece como ciudad, sino que se convierte en algo más que un paisaje; se presenta como un personaje más de la novela, puesto que tiene un papel fundamental a lo largo de la historia: la ciudad acoge y guía el protagonista entre sus calles y rincones y es presentada en sus más variados matices (la ciudad peligrosa, silenciosa, misteriosa, pobre, pero también monumental, cultural, viva... son casi cien las referencias a calles, plazas y locales de Barcelona en toda la novela). Las elaboradas descripciones de los lugares de la ciudad y del atmósfera que se respira en ella en cada momento del cuento son parte fundamental e imprescindible de este libro. Además, el hecho de que la novela esté repleta de referencias específicas a la gastronomía, a la literatura y a la historia españolas, así como a la vida diaria en Barcelona<sup>9</sup>, también es una fuerte señal de que parte del objetivo del autor tenía que ser la celebración de la ciudad y de la cultura misma del lugar. De ahí la convicción de que no hay razón para fingir que el libro no haya sido escrito por un autor extranjero, perteneciente a una cultura diferente, cuyos modelos y referencias son distintas a las del traductor y del lector de otro país. Como sugiere Bellos<sup>10</sup>, refiriéndose a una novela francesa traducida al inglés:

If a detective novel set in Paris makes its characters speak and think in entirely fluent English, even while they plod along the boulevard Saint-Germain, drink Pernod, and scoff a jarret de porc aux lentilles — then something must be wrong. Where’s the bonus in having a French detective novel for bedtime reading unless there is something French about it? Don’t we want our French detectives to sound French?

Lo mismo se puede comentar para *La Sombra del Viento*: ¿Por qué intentar erradicar la “españolidad” de una obra tan intrínsecamente española? No parecía la elección correcta. Por lo tanto, enfrentarse a este libro con una traducción *source-oriented*, que mantuviera y evidenciara las diferencias lingüísticas y culturales entre la cultura de partida y la de llegada, pareció la solución más adecuada al caso.

---

9 Véanse a este propósito los apartados 3.3 y 3.4.

10 Bellos (2011: 28).

### **3. Análisis traductológico**

#### **3.1 Consideraciones generales sobre el texto**

Este trabajo presenta los primeros diez capítulos del libro *La Sombra del Viento* de Carlos Ruiz Zafón, una obra literaria narrativa. El libro es una novela de formación que relata la historia de un niño, Daniel Sempere, a partir del día en que es llevado por el padre a una biblioteca secreta, antigua y misteriosa, el Cementerio de los Libros Olvidados. En ésta, Daniel descubre un libro de un autor casi desconocido, Julián Carax, y este encuentro representa el desencadenante que lleva Daniel a empezar un largo camino a la búsqueda de la verdad sobre el autor.

La historia se desarrolla en Barcelona durante los años posteriores a la guerra civil española, empezando en 1945 y prosiguiendo para un arco temporal de veinte años, aunque hay que decir que buena parte de la historia del libro se dedica a descubrir los acontecimientos que rodean la vida del autor Julián Carax, personaje que vive antes y en el transcurso de la guerra civil, por lo que se refiere a un periodo anterior al presente de la historia.

La voz narrante coincide con el protagonista Daniel, que relata el texto en primera persona, por lo cual el narrador es intradieгético. No obstante, cabe mencionar que se nota cierta discordancia en esto, porque Daniel relata lo que piensa y lo que le pasa como un narrador protagonista, interno a la historia, cuyo conocimiento debería (y parece) limitarse a lo que experimenta con sus propios sentidos a medida que se desarrollan los acontecimientos. Sin embargo, las palabras que utiliza a veces no resultan propias de un niño de su edad, y de vez en cuando se hace visible que el narrador está contando los sucesos de su vida, sus investigaciones y sus descubrimientos desde una perspectiva futura con respecto al presente del relato: habla de sí mismo en el pasado y adelanta opiniones sobre lo que va a pasar como consecuencia de las acciones que se están llevando a cabo en el presente de la historia. Por lo tanto, de vez en cuando presenta rasgos de narrador omnisciente.

El género literario del texto es de difícil clasificación: ante todo, el libro se puede considerar una novela de formación porque nos presenta la transición del protagonista de la niñez a la vida adulta, con sus cambios físicos y psicológicos y a

través de varios encuentros y experiencias: Daniel empieza a investigar la vida de Julián Carax y, en el proceso, corre riesgos y supera obstáculos que le permiten crecer y obtener un mejor conocimiento tanto de sí mismo como del mundo que lo rodea. Sin embargo, no se puede negar que el libro tiene rasgos de las novelas de misterio, por su enfoque en la investigación de un misterio que incluye secretos y crímenes de varios tipos. Las muchas descripciones de la ciudad también sugieren la parcial pertenencia del libro a este género y al de la novela gótica, involucrando al lector en una atmósfera oscura y misteriosa hecha de calles vacías, niebla constante, lugares enigmáticos y tenebrosos, personajes inquietantes y sucesos peligrosos, evocando continuamente sensaciones de miedo e incertidumbre. Y no es todo: se podría comentar que la novela tiene también algunos rasgos del género de aventuras y del histórico, por la gran cantidad de referencias históricas que acompañan el relato y por su verosimilitud con la época histórica en el que está ambientado. Todo esto nos lleva a la conclusión que en esta novela se cruzan y mezclan distintos géneros, dando vida a una fusión de géneros diferentes.

Por lo que concierne el estilo de Zafón, resulta importante mencionar que la novela presenta una estructura compleja, en la que abundan detalles, descripciones y expresiones idiomáticas. El autor utiliza un lenguaje metafórico rico y detallado que hay que traducir con atención para lograr mantener la peculiaridad del estilo, un estilo que a pesar de todo, resulta suelto y eficaz: aunque la comprensión no siempre resulte inmediata, debido a estructuras poco lineares o excesivamente largas, el léxico que Zafón emplea es de fácil comprensión en la mayoría de los casos (con la excepción de ciertos términos, cultismos y referencias literarias que se analizan más detenidamente en los apartados sucesivos). De igual forma, las imágenes evocadas producen el efecto deseado aún a falta de una comprensión total de las mismas – debido a que, a veces, los términos que las componen aparecen ambiguos o indeterminados. Estas imágenes aparecen con cierta frecuencia a lo largo de todo el texto, en particular para la descripción de lugares y atmósferas y, en algunos casos, han resultado de difícil traducción al italiano, por la complejidad de transmitir la misma fuerza evocadora manteniendo intactas, al mismo tiempo, la estructura, los componentes o las aliteraciones de la oración.

Por lo que concierne los períodos excesivamente largos, en algunos casos se ha procedido a separarlos en oraciones distintas y, cuando resultaban demasiado confusos para la estructura italiana, se ha elegido cambiar el orden de las unidades que los componían.

El registro lingüístico empleado es principalmente informal y coloquial, puesto que están presentes muchos diálogos y escenas de la vida diaria, pero en cada momento el estilo refleja el ambiente y la posición social de los hablantes, lo que significa que el registro varía según la situación, presentando una mezcla de tonos diferentes<sup>11</sup>. No obstante, como ya se ha comentado, el texto resulta accesible para todos los lectores. Para concluir, se puede decir que la traducción no ha resultado excesivamente compleja, debido también a la cercanía entre la lengua de partida y la de llegada, menos en el caso de cierta cantidad de términos y pasajes que se examinan más detenidamente con algunos ejemplos en los apartados sucesivos. El estilo de Zafón es, en resumen, fluido pero muy variado y cuidadoso: la utilización frecuente de imágenes, colores y frases idiomáticas confiere fuerza expresiva al cuento, lo que se percibe como el sello distintivo de este autor.

### **3.2. Metáforas e imágenes: mantener el estilo del autor**

Como ya se ha comentado, a la hora de traducir un texto, el traductor “debe ser consciente de que la fidelidad no supone equivalencia entre palabras o textos, de tal manera que el texto de llegada debe funcionar dentro de esa cultura de la misma manera que funciona el texto original” pero también “debe ser capaz de respetar algunos factores que definen el texto de partida sin los cuales el texto traducido carecería de idéntico valor literario”<sup>12</sup> (factores como por ejemplo la expresividad, los campos semánticos, las referencias culturales, las metáforas... todo lo que se puede considerar manifestación estilística propia de un autor).

---

11 Véase por ejemplo el caso de los latinismos y cultismos empleados por Gustavo Barceló para ostentar su sabiduría y superioridad; o la utilización de réplicas cortas y poco articuladas para destacar la posición social de Bernarda, la criada –puertorriqueña– en casa de Clara.

12 Verdegal Cerezo (1996: 213-216).

Es precisamente ésta la razón por la cual se ha elegido emplear el método de la traducción literal para esta tesis, en todos los casos en los que las estructuras de la lengua del prototexto y de la lengua del metatexto lo hacían posible. Las decisiones tomadas por Lia Sezzi en su traducción de *La Sombra del Viento* no resultaban satisfactorias porque en muchos casos, en lugar de mantener el nivel de lenguaje y de tono del autor, prefirió modificarlos o reducirlos sin conservar las equivalencias estilísticas y semánticas, aun cuando éstas aparecían posibles. En la traducción de Lia Sezzi se percibe una tendencia general a la síntesis y a la eliminación de los aspectos que no se consideran “esenciales” para la comunicación del contenido del texto, pero como ya se ha comentado, la riqueza metafórica de esta novela es parte fundamental de la obra misma y sello personal del estilo de su autor. Las decisiones tomadas por Lia Sezzi pretenden simplificar el texto original y presentar al lector italiano un texto más directo, fluido y sencillo, libre de imágenes confusas y ambigüedades, aun cuando éstas son parte integrante de la obra y deben, por lo tanto, intentar conservarse.

Para conseguir este objetivo, la actitud que se ha empleado para llevar a cabo esta traducción ha sido inspirada por la elaborada por Walter Benjamin en su ensayo “La tarea del traductor”<sup>13</sup>, en el que Benjamin sostiene que el traductor, a la hora de traducir un texto, debe realizar una operación de contorsión de su lengua, jugando con su flexibilidad y elasticidad, rompiendo con sus usos y reglas y extendiendo sus fronteras. Se dice allí que “Non dobbiamo germanizzare l'indiano, il greco, l'inglese”, ma “indianizzare, ellenizzare o anglizzare il tedesco”, y lo mismo vale para este caso: no hay que convertir al italiano lo español, sino dar forma española al italiano, ampliando y profundizando la lengua de llegada a través de la lengua de partida, para poder decir lo que se dice en la lengua de partida de la misma forma en que se entiende en aquella lengua<sup>14</sup>.

---

13 Ensayo publicado en 1923 como prefacio a su traducción de algunas poesías de Baudelaire: *Charles Baudelaire, Tableaux Parisiens*. Deutsche Übertragung mit einem Vorwort über die Aufgabe des Übersetzers. Verlag von Richard Weißbach, Heidelberg, 1923.

14 Cabe subrayar que las ideas de Benjamin han sido ampliamente debatidas en los años y que la teoría de la traducción ha evolucionado muchísimo desde entonces. Aquí solo se hace referencia a una postura *inspirada* por las reflexiones del teórico.

Á este propósito, en las descripciones de la ciudad de Barcelona y de la atmósfera que se vive en ella es donde más se puede apreciar la riqueza metafórica y sensorial del estilo de Zafón, y donde más complicados se han revelado los procesos de análisis, comprensión y traducción de la obra. Se ofrecen a continuación dos ejemplos de éstos pasajes y de cómo se han afrontado, en comparación con la traducción italiana de Sezzi, con el propósito de demostrar la diferencia entre posturas. La actitud empleada ha sido parecida para todos los pasajes de este tipo.

Un ejemplo se encuentra justo al comienzo de la novela, donde Zafón escribe:

Caminábamos por las calles de una Barcelona atrapada bajo cielos de ceniza y un sol de vapor que se derramaba sobre la Rambla de Santa Mónica en una guirnalda de cobre líquido.

Lia Sezzi simplifica la metáfora original, transformando los poéticos y evocadores “cielos de ceniza” en *un cielo grigiastro*, una descripción más concreta que evoca el color del cielo pero no la idea de la ceniza, que tiene cierto matiz de muerte y tristeza (matiz sugerido también por la elección del adjetivo “atrapada”). Por el otro lado, el “sol de vapor” se convierte en un *sole color rame che inondava di un calore umido la Rambla de Santa Monica*, una descripción mucho más realística en la que las imágenes de la guirnalda y del cobre líquido desaparecen, así como la metáfora del “sol de vapor”, que evoca por un lado el calor húmedo del verano y por el otro el hecho de que el sol y sus rayos son atenuados e indefinidos (los personajes están paseando durante el amanecer y el sol acaba de salir, filtrándose poco a poco entre nubes y edificios). En la traducción de Sezzi, el sol es directamente del color del cobre e inunda la rambla con su calor húmedo<sup>15</sup>, lo que también resulta incompleto porque no ofrece ninguna información sobre la intensidad del calor: sin embargo, el sol se derrama como *cobre líquido*, lo que supone un calor intenso, de estos que parecen quemar y que hacen el entorno muy caluroso (el cobre solo se funde a temperaturas muy altas). También hay que tener en cuenta que el cobre es el color que lleva ese vapor dorado, ese color típico de amaneceres y atardeceres, en el que está envuelta la ciudad en esta primera escena. La imagen de la guirnalda no resulta totalmente clara pero se ha interpretado como simplemente asociada al sol por tener

<sup>15</sup> Reflexión que también se puede apreciar en Gallén y Romero (2009).

ambos forma de círculo<sup>16</sup>. En conclusión, en la traducción de Sezzi lo “esencial” de la oración original queda expresado (un calor húmedo inunda la ciudad), pero se pierden algunos matices importantes y la poeticidad de la imagen de Zafón, así como la sensación de una ciudad envuelta en una “neblina” ligera pero constante, que hace imprecisos todos sus contornos y formas (imagen que se repite sucesivamente a lo largo del libro, convirtiéndose en una especie de *leitmotiv*). Por esta razón, en este trabajo se ha preferido traducir el fragmento comentado de la siguiente manera:

Camminavamo per le strade di una Barcellona imprigionata sotto cieli di cenere e un sole vaporoso che si riversava sulla Rambla di Santa Monica come una ghirlanda di rame liquido.

Otro caso que se ha revelado de complicados análisis y traducción ha sido el siguiente:

Un manto de nubes chispeando electricidad cabalgaba desde el mar. [...] Alcé la vista y vi el temporal derramarse como manchas de sangre negra entre las nubes, cegando la luna y tendiendo un manto de tinieblas sobre los tejados y fachadas de la ciudad. [...] Un trueno descargó cerca, rugiendo como un dragón enfilando la bocana del puerto, y sentí el suelo temblar bajo mis pies.

Este fragmento presenta varias imágenes muy vivas y dinámicas y un uso del lenguaje muy poético y evocador que, otra vez, debería intentar conservarse. Vamos a analizar los diferentes pasajes que lo componen:

Un manto de nubes chispeando electricidad cabalgaba desde el mar.

“Chispear” significa “echar chispar” y también “relucir y brillar mucho”, lo que evoca una imagen de nubes cargadas rayos preparados para descargar. En la traducción de Sezzi estas nubes simplemente son *minacciose*, una solución que sin duda pierde intensidad. Además, estas nubes *cabalgan* desde el mar hacia el puerto, lo que sugiere un movimiento rápido y constante hacia el protagonista, sin duda intimidatorio. Nubes que *si stavano avvicinando rapidamente* respeta, otra vez, lo

---

16 Aunque como ya se ha dicho, con un lenguaje tan poético las interpretaciones varían de una persona a otra.

“esencial” de la acción, pero sin mantener la misma fuerza e intensidad. Está claro que la simplificación de Sezzi se debe a la decisión de utilizar un verbo que resultara de uso más difundido en italiano para referirse a las nubes, pero el fondo de la cuestión es precisamente que el uso que Zafón hace del verbo “cabalgar”, tampoco se considera estándar en español. Es un uso propio del autor, elegido para transmitir cierto tipo de sensaciones, por lo cual resulta imprescindible mantenerlo de alguna forma. De ahí la siguiente propuesta de traducción: *Una coltre di nubi cariche di elettricità si avvicinava cavalcando dal mare.*

Alcé la vista y vi el temporal derramarse como manchas de sangre negra entre las nubes, cegando la luna y tendiendo un manto de tinieblas sobre los tejados y fachadas de la ciudad.

En lo que concierne esta parte, cabe mencionar que ha sido muy difícil interpretar con certeza la imagen descrita por Zafón: el verbo “derramar” se suele referir a cosas líquidas, como la lluvia cayendo de las nubes, pero el hecho de que se derramara como manchas de sangre *entre* las nubes parecía sugerir el momento en el que las nubes empiezan a cambiar de color y mancharse de un tono más oscuro, envolviendo la ciudad en la oscuridad, pero sin haber empezado a llover todavía. El contexto sucesivo tampoco aclara completamente la cuestión, puesto que Zafón nunca parece explicitar el momento en el que empieza a llover, pero unas líneas después aparecen aceras encharcadas y desagües que vierten al alcantarillado. Por esta razón, se ha elegido interpretar que este pasaje venía a ser el momento en que el aguacero empezaba, siendo el agua del temporal la que se derrama sobre la ciudad como manchas de sangre. No obstante, se ha elegido modificar ligeramente la oración original añadiendo un verbo para que mantuviera la posibilidad de que las manchas no fueran un cúmulo de agua cayendo, sino manchas en las nubes. De ahí, la sustitución de las manchas originales por un río y la personificación del temporal que antes se insinúa entre las nubes, oscureciéndolas, y luego se derrama sobre la ciudad en forma de agua: *Alzai lo sguardo e vidi il temporale insinuarsi tra le nuvole e riversarsi sulla città come un fiume di sangue scuro, oscurando la luna e stendendo un manto di tenebre sui tetti e sulle case della città.*



Un trueno descargó cerca, rugiendo como un dragón enfilando la bocana del puerto, y sentí el suelo temblar bajo mis pies.

Para concluir, en este pasaje hay una personificación del trueno, que ruge como un dragón mientras se dirige hacia la entrada del puerto, donde se encuentra el protagonista. Aquí, la imagen evoca sensaciones de miedo: el fuerte ruido del trueno se parece a un dragón rugiendo – manifestación de ira y agresividad – mientras se acerca al protagonista. En la traducción de Sezzi hay un cambio de perspectiva que elimina la personificación y al mismo tiempo desaparece el acercamiento del dragón al puerto, lo que conlleva otra pérdida de fuerza de la imagen: *Dal porto arrivó il fragore di un tuono, simile al ruggito di un drago, e la terra tremó sotto i miei piedi*. En su lugar, se ha preferido mantener tanto la personificación como el acercamiento, y la traducción ha resultado de la siguiente forma: *Un tuono rimbombó lí vicino, il ruggito di un drago abbattendosi sul porto. Sentii la terra tremarmi sotto i piedi*.

### **3.3 Referencias culturales: historia, gastronomía, literatura**

Como se ha adelantado anteriormente, este apartado es uno de los que más influyó en la decisión de volver a traducir esta obra. La necesidad de llevar a cabo una traducción *source-oriented* resultó evidente por la gran cantidad de referencias a la vida cultural, histórica, gastronómica y diaria de España y, en algunos casos, de Cataluña. La presencia de tantas referencias no puede pasar desapercibida a la hora de traducir, sino que hace que, necesariamente, el traductor se pregunte el por qué de tantos detalles específicos. La respuesta a la que se ha llegado es que el autor quería por un lado, crear un entorno en el que el lector (de su misma lengua y cultura) pudiera identificarse y, por el otro lado, presentar una imagen de la cultura de una sociedad concreta, la española. Es más: leer este libro nos mete dentro de un momento y un lugar específicos de la sociedad española, el que corresponde a la Barcelona de los años sucesivos a la guerra civil. Todas las referencias que se encuentran a lo largo del texto tienen el objetivo de meter al lector en este ambiente histórico-cultural para presentarlo y darlo a conocer, para hacer que el lector se hunda en él y lo descubra con sus varias facetas. Esto se deduce del hecho de que

Zafón no se limitó a poner referencias conocidas y típicamente estereotipadas de la cultura e historia barcelonesa/española (como son por ejemplo la sangría, las tapas, la Rambla, la Sagrada Familia, Cervantes, Francisco Franco). Éstas ya hubieran sido suficientes para sumergir al lector en ese ambiente, y sin embargo también añadió nombres de personajes, calles, edificios, libros y comida menos conocidos, que un lector extranjero no puede reconocer de forma inmediata (ni, en ciertos casos, puede hacerlo cualquier lector español).

Vista esta interpretación, resulta clara la elección de una traducción *source-oriented*, con el objetivo de transmitir lo más fielmente posible la atmósfera de la época y del lugar considerados, así como el entorno cultural y cotidiano en el que están insertados los personajes. Con este propósito, se han utilizado estrategias de *foreignizing* (extranjerización) más que de *domesticating* (domesticación)<sup>17</sup>. La gran diferencia entre estas dos estrategias es que con la primera se mantiene y subraya la diferencia lingüística y cultural entre el texto de partida y el de llegada (dejando los términos culturales en su forma original y añadiendo notas de explicación, por ejemplo) mientras que con la segunda las referencias culturales son adaptadas al público, sustituidas por correspondientes culturales de la cultura de llegada o directamente por perífrasis o sinónimos que eliminan el término desconocido<sup>18</sup>. La estrategia de domesticación pretende eliminar los obstáculos lingüístico-culturales del texto de partida, haciendo la lectura más fluida e inmediata para el lector extranjero, que reconoce todo lo que lee como parte de su mundo conocido. Esto suele acarrear la eliminación de oraciones enteras, de ejemplos y referencias culturales de vario tipo y de términos y estructuras estilísticas que el traductor *supone* que el lector extranjero encontraría ajenos, difíciles de entender o incluso poco interesantes, por su *background* diferente.

Hay que mencionar que la idea más difundida entre los teóricos de la traducción parece ser que cuanto más invisible sea el traductor, mejor la traducción<sup>19</sup> – principio que inevitablemente sugiere una propensión hacia traducciones de tipo *target-*

---

17 Teorizadas por Venuti y vistas en Bertazzoli (2015: 103-105) y Eco (2016:172-181).

18 En cierto sentido, las estrategias de domesticación y extranjerización se pueden considerar relacionadas a la distinción entre traducción *target-oriented* y *source-oriented*.

19 Como visto en la entrevista a Venuti por Cerand (2015).

*oriented* y estrategias de domesticación. La nota al pié de página parece haberse convertido, por su parte, en el símbolo más evidente del fracaso del traductor<sup>20</sup>. Sin embargo, utilizar estrategias de domesticación significa eliminar las diferencias existentes entre culturas, lenguas y, al fin y al cabo, formas de vivir y de pensar diferentes. Domesticar es transformar – y muchas veces simplificar – el estilo propio y original de un autor, ofrecer menos estímulos al lector, perder parte de los significados que el autor quería expresar. Comporta, al fin y al cabo, un nivelamiento cultural general de todos los libros.

Con todo, hay que subrayar que esta distinción no siempre está claramente definida, y menos a la hora de ponerla en práctica: se trata más bien de establecer una estrategia de base, pero con la posibilidad de concederse alguna excepción y utilizar también la otra, según el caso. También cabe mencionar que elegir de emplear una estrategia de extranjerización no significa no querer que el texto resulte fluido para el lector. La capacidad de resultar invisible sigue siendo una habilidad importante y necesaria para todo traductor, pero en ciertos casos, como ya se ha comentado precedentemente, hacer que el lector olvide que el libro que tiene entre manos ha sido pensado y escrito en otra lengua no tiene mucho sentido, en particular para aquellos textos en los que la lengua y cultura de partida juegan un papel fundamental para el propósito del autor y de su libro (como es el caso de *La Sombra del Viento*).

En conclusión, para esta traducción se ha decidido mantener la distancia cultural entre España e Italia, lo que significa que, en general, la mayoría de las referencias culturales españolas han sido mantenidas en su forma original, con alguna excepción que se comentará en los apartados sucesivos. Esto también se debe a que en muchos casos las referencias culturales presentes, por desconocidas que puedan resultar al lector italiano, se pueden entender por el contexto o se limitan a dar alguna información sobre la ambientación o la escena, sin aportar elementos esenciales para entender el texto. Sin embargo, para respetar la intención del autor de “promover” estos elementos culturales, se ha procedido a emplear dos diferentes estrategias, según el caso: a veces se ha añadido una nota de explicación a pié de página (como en el caso del Banco de España), y otras veces, para poder hacer la lectura más

---

<sup>20</sup> Véase Eco (2016: 95; 110).

fluida y por considerar superflua la explicación del vocablo, en lugar de la nota explicativa se ha elegido añadir un breve término de descripción en el mismo cuerpo del texto, que precede o sigue la referencia española, para que el lector italiano tenga una idea general de qué se está hablando, sin necesidad de interrumpir la lectura para investigar lo que acaba de leerse. Es el caso, por ejemplo, de “la Renfe”, que se ha traducido con *i treni della Renfe* o de “la Vichy Catalan” que se ha convertido en *l'acqua Vichy Catalan*, o también de “El Escorial” que se ha traducido como *il palazzo di El Escorial*.

Para la utilización de la nota explicativa, véase por ejemplo la frase “Me senté junto al muelle de las golondrinas”. Las Golondrinas son unas embarcaciones turísticas típicas de Barcelona. De hecho, a pesar de que el DRAE las define como “barcas pequeñas de motor para viajeros, en Barcelona y otros puertos”, estos barcos tienen su origen en la propia ciudad de Barcelona, donde fueron inaugurados en ocasión de la Exposición Universal de 1888: permitían que los turistas pudieran ver con sus propios ojos, desde el mar, todos los cambios y mejoras realizados en la ciudad y en la zona del puerto. Aquí, entonces, el término se refiere a una realidad barcelonesa de esos tiempos, y no a un uso genérico y reciente para designar un tipo de embarcación común a varios lugares. En el caso considerado, con solo decir “el muelle” el significado de “golondrinas” como “embarcación de algún tipo” resultaba fácil de entender para el lector extranjero. Que estos barcos fueran específicamente pensados para turistas no resultaba una información esencial para entender el texto, por lo que también se habría podido traducir simplemente con *il molo delle golondrinas*, sin más, y habría quedado suficientemente claro. A pesar de esto, para mayor coherencia con las decisiones tomadas en otros casos, y en virtud de la postura de “difusión cultural” atribuida a Zafón, se ha considerado mejor añadir una nota explicativa a pié de página en la que se lee: *Battelli turistici che permettono di costeggiare la città. Furono inaugurate nell'Esposizione Universale di Barcellona del 1888 per poterne ammirare il profilo dal mare.*

### **3.3.1 Topónimos**

Por lo que concierne los nombres propios de ciudades, calles y localidades, también se ha elegido mantener los nombres originales españoles, con alguna excepción para casos como Barcelona (*Barcellona*), París (*Parigi*), Sena (*Senna*), Lejano Oriente (*Estremo Oriente*) o Alejandría (*Alessandria*): estas excepciones se deben a que sus traducciones ya tienen un uso arraigado en la lengua y cultura italiana desde hace muchos años, por lo que dejar estos términos en su forma española habría podido ser causa de malentendidos y confusión en el lector italiano. También se añade a este grupo de excepciones el caso del “parque de la Ciudadela” (*Parco della Cittadella*). Para todos los otros casos, se ha decidido, otra vez, limitarse a traducir solo los términos necesarios a la comprensión básica por parte del lector italiano, añadiéndolas en caso de que el texto de partida no tuviera ninguna. Esto significa que, por un lado, se han sustituido los varios “calle” con *via*, “plaza” con *piazza*, “cementerio” con *cimitero* (*cimitero di Père Lachaise*), “castillo” con *castello* (*castello di Montjuïc*) y, por el otro lado, se ha procedido a añadir una referencia en casos como “El Raval”, que se ha convertido en *Il quartiere del Raval* (el barrio del Raval) y no simplemente *Il Raval*.

Es interesante mencionar el caso de “el Ateneo”, término con el que los personajes se refieren al Ateneo Barcelonés, una asociación cultural de promoción y difusión de la cultura catalana muy importante. En este caso, dejar la palabra “Ateneo” en el texto de llegada habría podido desviar el lector italiano, para el cual la misma palabra denota un instituto de instrucción, generalmente una universidad. Por esta razón se ha preferido poner el nombre completo de la institución en el texto italiano cada vez que en el original aparece simplemente como “Ateneo”, para evitar imprecisiones.

### **3.3.2 Nombres propios de persona**

Por lo que concierne los nombres propios de persona, tanto en el caso de los personajes ficticios de la obra como en el caso de las referencias a personas realmente existidas, se ha elegido mantener los nombres iguales, transcritos

literalmente en su forma original. En el caso de los personajes de la novela (Daniel, Tomás, Fermín, Julián, etc) y en el caso de personajes históricos muy conocidos también en la cultura italiana, como por ejemplo Francisco Franco, se han dejado sus nombres sin ninguna otra aportación. Al contrario, cuando el autor cita nombres de personas realmente existidas en el pasado o en el presente de la sociedad española de aquellos años, pero no suficientemente conocidas en la cultura italiana, se ha decidido añadir una nota a pié de página con una breve explicación sobre la referencia, para que el lector pueda acercarse más a la razón de determinada comparación hecha con esa referencia.

Esto pasa por ejemplo en el caso de “Era un tipo atildado, un niñato que pese a dársele de Mozart, a mí, rezumando brillantina, me recordaba más a Carlos Gardel”. Este trozo se ha traducido por *Era un tipo elegante, un presuntuoso che si credeva Mozart, ma che ricordava piú Carlos Gardel, imbrillantinato com'era*. A pié de página se ha puesto una nota que dice “Cantante, attore e compositore argentino, attivo nella prima metà del '900, famoso soprattutto nell'ambito del tango.” El mismo proceso se ha llevado a cabo en el caso de Estrellita Castro (actriz, cantante y bailarina de flamenco española), Frederic Mompou (compositor y pianista barcelonés), Manuel Azaña (político, escritor y periodista español), Lluís Companys y Francesc Maciá (ambos políticos y presidentes de la Generalitat de Catalunya).

Cabe mencionar el caso de doña Carmen Polo de Franco, la esposa de Francisco Franco. Para los lectores españoles de la novela el nombre probablemente resulta familiar y hasta muy conocido, pero al oído del lector italiano no, puesto que no suele tener un papel de relevancia en el estudio del régimen dictatorial de Franco. El lector extranjero puede intuir con cierta facilidad que la persona citada tiene que ser relacionada de alguna forma con Francisco Franco, pero para evitar confundir el lector (para el cual el nombre hubiera podido referirse tanto a la esposa como a una hermana o otra pariente) se ha elegido quitar el nombre propio y sustituirlo con la perífrasis *la moglie di Franco* (la esposa de Franco).

### 3.3.3 Platos típicos y comida

El ámbito gastronómico es otro de muy complicada traducción. No solo en lo que concierne a los ingredientes en sí, que a veces pueden diferir según la zona, sino sobre todo en los nombres de platos completos o comidas típicas de un país, ya que no existen en todas las partes del mundo las mismas técnicas culinarias, ni los mismos tipos de platos. No hay forma fácil de solucionar el problema de las terminologías gastronómicas: se puede mantener el término original (con la presencia o menos de una nota de explicación), explicarlo brevemente en el cuerpo del texto a través de una o dos palabras (a riesgo de incidir en el ritmo de la oración) o adaptarlo, buscando un sinónimo, un equivalente o un plato que, por diferente que sea, se parezca lo más posible al plato original (aceptando la pérdida de las connotaciones originales). *La Sombra del Viento*, al no ser un libro de recetas ni de técnicas culinarias, no necesita de una traducción especializada y, en principio, sustituir las comidas mencionadas por platos diferentes – pero parecidos – de otra cultura no conllevaría la pérdida de informaciones esenciales para entender y disfrutar de la novela. Sin embargo, a lo largo de todo el libro se citan varias veces algunas comidas, postres o bebidas típicas españolas o catalanas, por lo cual, otra vez, se ha considerado importante mantener estas referencias en el texto de llegada, también para mantener la coherencia con las decisiones tomadas en casos parecidos (aunque en ciertos casos la adaptación italiana resultara satisfactoria y más fluida). Un ejemplo es el caso de la leche merengada que Daniel bebe en el café Els Quatre Gats: ésta es una bebida típica española a base de leche y claras de huevo batidas a nieve, con azúcar y canela. Una especie de batido con una textura parecida a un helado. Al principio se consideró la posibilidad de traducir el término literalmente como *latte meringato*, pero a éste se prefirió la perífrasis *frullato di cannella*, que mantenía las dos características principales de la leche merengada, o sea la semejanza con un batido y el hecho de que sepa a canela. No obstante, al final se ha optado por dejar el término “leche merengada” y añadir una nota de explicación, de acuerdo con la estrategia de difusión y promoción de la cultura española ya adoptada en los casos precedentemente comentados.

Lo mismo ha pasado con los *panellets*, unos pequeños pasteles típicos catalanes que se comen en el día de Todos los Santos, hechos de almendra, azúcar y huevo. En italiano se podrían definir una especie de *dolcetti di marzapane*, pero otra vez, se ha preferido dejar el término original y añadir una explicación a pié de página. De igual forma, la fabada se ha explicado en una nota como un “piatto tipico asturiano simile a una zuppa a base di fagioli bianchi e vari tipi di carne, come salsiccia, prosciutto, lardo e pancetta”.

Por otra parte, en un caso como el de la morcilla, existe un equivalente italiano que es el *sanguinaccio*, por lo tanto se ha elegido traducirlo de esta forma, ya que la comida en sí y la técnica culinaria utilizada para crearla resultaban iguales. También se puede comentar lo mismo del “suizo con melindros”, que se refiere a un chocolate caliente con nata acompañado de unas galletas italianas, los *savoirdi*. La traducción resultó así *una cioccolata calda con savoirdi*. En el caso de los “bizcochos de canela”, finalmente, no se han considerado una comida típica, sino simplemente un tipo de postre común a muchos países, por lo tanto se ha traducido con un término más general, *tortini di cannella*.

### ***3.3.4 Referencias literarias e intertextualidad***

Un aspecto que es imprescindible mencionar es que el libro de Zafón establece una relación intertextual con una variedad de títulos literarios: la novela está tan repleta de referencias, guiños y homenajes a libros y autores, utilizados en muchos casos para crear comparaciones, que se puede definir casi un “libro sobre libros”. La razón de este diálogo intertextual se puede deducir de las palabras del propio Zafón que, en varias entrevistas, comentó su intención y también el motivo de su rechazo a dejar que su libro fuera convertido en una película cinematográfica: «Llevar esta obra al cine sería una traición a su naturaleza porque estos libros son un homenaje a la palabra escrita»<sup>21</sup>.

*La Sombra del Viento*, por lo tanto, representa un homenaje a la literatura, y ésto no se deduce exclusivamente por la variedad de referencias literarias presentes, sino

---

21 Véase por ejemplo aquella publicada por Porto (2016).



también por el contexto entero de la novela. La base sobre la cual se funda la historia es la existencia de un enorme “cementerio de libros olvidados”, lo que también se puede entender como una crítica a la sociedad moderna y a la pérdida del hábito de la lectura por parte de muchas personas. El padre de Daniel es un librero, Daniel sueña con ser escritor y toda la novela gira alrededor del camino que Daniel emprende a la búsqueda de la verdad sobre el escritor Julián Carax, cuyas obras son mencionadas y contadas a lo largo del texto. Por fin, ya solo en el pasaje traducido para esta tesis, se puede notar como varias escenas se desarrollan entre librerías, bibliotecas públicas (el Ateneo Barcelonés), bibliotecas privadas (la biblioteca personal en casa de Gustavo Barceló) y el celeberrimo café Els Quatre Gats, histórico punto de referencia cultural para artistas y escritores de finales de 1800.

Con todo esto, resultan evidentes la importancia y el propósito de las referencias literarias contenidas en el texto, que viene a ser tanto un homenaje a la literatura como un deseo de celebrar y difundir títulos literarios entre los lectores del libro. Por esta razón, desde un punto de vista traductológico, se ha elegido mantener las referencias literarias sin cambio alguno, a pesar de que éstas fueran referencias comprensibles por todos o solo por un grupo reducido de lectores.

Veáse por ejemplo el pasaje sobre Monsieur Roquefort, en el que se comenta que éste adobaba con baños romanos de colonia y perfume “su pantagruélica persona”: aquí se encuentra una clara referencia al personaje Pantagruel, un gigante enorme y de apetito voraz protagonista de las novelas de François Rabelais de mediados de 1500. Lia Sezzi, en la traducción italiana de *La Sombra del Viento*, decidió traducir “pantagruélico” por *massiccio*, haciendo más explícita para los lectores italianos la comparación entre el cuerpo del gigante y el de Monsieur Roquefort. El término elegido por Sezzi demuestra claramente que había entendido la referencia literaria, por lo cual la decisión de sustituirla por un término más común y explicativo fue voluntaria y no debida a una falta de comprensión. Sin embargo, por todo lo que se ha comentado hasta ahora, en esta propuesta de traducción se ha considerado esencial mantener la referencia literaria en su forma original, ya que el mismo término *pantagruelico* aparece también en el diccionario italiano con las mismas

connotaciones<sup>22</sup>. En éste y en otros casos, se ha considerado fundamental conservar las referencias literarias porque sustituirlas con vocablos más comunes o con equivalentes culturales italianos, por más fluida que pueda hacer la lectura, conllevaría un gran empobrecimiento del texto de partida, que representa un manifiesto del estilo y de la creatividad del autor que merecen ser conservados.

A continuación, algunos ejemplos de otros textos y autores citados en los capítulos traducidos: Madame Bovary, las fábulas de Esopo, la Eneida, el Don Quijote, Fuenteovejuna, Curial e Güelfa, Alexandre Dumas, Gustave Flaubert, Dante Alighieri, Hemingway, Lope de Vega, Victor Hugo, George Bernard Shaw, Jules Verne, el tratado teológico-político de Spinoza. También hay que mencionar una gran cantidad de referencias a personajes de la tradición oral y literaria como Caronte, Cerbero, el Minotauro y el Diablo Cojuelo, así como numerosas referencias a géneros y épocas literarios, como el folletín, el melodrama, el Siglo de Oro, etc.

### 3.4 Catalanismos

Como se ha comentado anteriormente, la obra presenta muchas referencias a la cultura catalana, entre las cuales recordamos los barcos llamados *golondrinas*, el agua Vichy Catalan o los pasteles llamados *panellets*. Sin embargo, no es todo: a pesar de estar escrito en castellano, en el texto también se pueden individuar ciertas estructuras y locuciones que están vinculadas a los orígenes catalanes de Zafón, es decir que son pertenecientes a un uso específicamente catalán. Se trata de locuciones catalanas traducidas literalmente al español por el mismo autor (lo que resultó claro por su ausencia en los diccionarios castellanos), pero también hay casos en los que la influencia del catalán se aprecia sin que resulte evidente o explícita. Véase a continuación un ejemplo de cada caso.

En el caso de “la Bernarda”, la criada en casa de Clara, se puede notar una influencia catalana no explicitada. En un principio, se había opinado que la anteposición del artículo ante el nombre personal denotara el uso por parte del protagonista Daniel de un habla popular<sup>23</sup>. Sin embargo, un análisis sucesivo reveló que el uso del artículo

22 Véase por ejemplo el *Dizionario Treccani*.

23 Como explicado en el *Diccionario Panhispánico de Dudas*.

delante de nombre de persona es común en Cataluña y no tiene nada que ver con la distinción entre una lengua culta y una popular. La norma castellana considera este uso incorrecto y lo restringe a un ámbito informal, rural y familiar, pero en la lengua catalana este mismo uso forma parte de la norma y no se considera en absoluto vulgar, sino estándar: todos los nombres propios de persona llevan el artículo en catalán. No resulta del todo claro si en el texto castellano Zafón haya elegido usar el artículo por alguna razón específica (lo usa para “la Bernarda” y también para “la Merceditas” pero no para Clara ni para otros personajes) o si solo se debe a que el entorno catalán en que el autor creció afecta directamente a su manera de escribir, pero es evidente que este uso tiene sus consecuencias en las decisiones relativas a la traducción: en un principio se había dejado el artículo antepuesto, con la intención de subrayar el uso coloquial y popular del protagonista, que cabe recordar, es un niño de diez años. Sin embargo, una vez entendido el uso estándar catalán del artículo antepuesto, se ha elegido en un primer momento de quitarlo, hablando simplemente de *Bernarda*, y en un segundo momento, de sustituirlo por *la signora Bernarda*, una decisión tomada tras notar que el niño trata de Usted tanto a Gustavo Barceló como a su sobrina Clara, a pesar de que ésta no lo supere mucho en edad y le comente de tratarla de tú.

Otro ejemplo, más evidente, de la influencia del entorno catalano es la locución “tener la mano rota” en el siguiente fragmento:

Esa misma teoría me había expuesto en el colegio el padre Vicente, un jesuita veterano que tenía la mano rota para explicar todos los misterios del universo —desde el gramófono hasta el dolor de muelas— citando el Evangelio según San Mateo.

Esta locución verbal no aparece en el DRAE y sería una traducción literal de la expresión catalana *tenir la mà trencada*, que en catalán significa “tener una especial habilidad o mucha experiencia para hacer algo”, referido a alguien al que se le da bien hacer alguna cosa. Nótese que también puede emplearse para referirse a una persona generosa y gastadora, incapaz de administrar su dinero. En este caso, en italiano existe una expresión idiomática cuyo significado corresponde al de tener

una predisposición o habilidad natural para hacer algo: *avere il bernoccolo* para algo. Sin embargo, la expresión italiana se suele utilizar seguida de sustantivos como *avere il bernoccolo della matematica, del commercio*, mientras que en la oración española la expresión se emplea seguida por un verbo, lo que dificultaba el proceso de traducción. Por esta razón, al final se ha elegido sustituir la locución original por una expresión italiana más común, *essere esperto a*, cuyo empleo denota una habilidad para hacer algo al mismo tiempo que mantiene cierto grado de ironía que se detecta también en el fragmento español. El resultado final es el siguiente:

Quella stessa teoria mi era stata esposta a scuola da padre Vicente, un veterano gesuita che era esperto a spiegare tutti i misteri dell'universo citando il Vangelo secondo Matteo, dall'invenzione del grammofono al dolore ai denti.

Otro ejemplo de influencia catalana se detecta, por ejemplo, en la oración “El resto de ejemplares habían sido devueltos”, donde la estructura gramaticalmente correcta en castellano sería “El resto de los ejemplares”. Este error se debe probablemente al influjo del catalán, en el que la estructura correcta sería “La resta d'exemplars”, sin el artículo.

Para concluir, también cabe comentar otro término que se refiere a una realidad típicamente catalana, la de las *granjas*. Este término, además de referirse a las fincas dedicadas a la cría de animales en el campo, indica unos establecimientos en Cataluña designados principalmente para desayunos y meriendas. Éstos tienen su origen en las antiguas lecherías donde se adquirían productos frescos del día, especialmente leche y sus derivados como yogures, nata, etc. En el tiempo, las granjas se fueron convirtiendo y hoy en día son unas especies de cafeterías donde lo típico es comer leche, café, chocolate, helados y productos de bollería y repostería. Este término también, como otros ya comentados, ha sido dejado inalterado en el texto de llegada y se ha acompañado por una nota de explicación, puesto que el término *latteria*, que más habría conservado ese matiz de antigüedad, resultaba potencialmente desorientador para el lector italiano.

### 3.5 Expresiones idiomáticas

Las expresiones idiomáticas representan uno de los retos más grandes para cualquier traductor, pero al mismo tiempo hacen que el proceso de traducción resulte estimulante y satisfactorio. Se pueden definir como unas secuencias de varias palabras que no pueden traducirse de forma literal, puesto que el significado de la expresión no se deriva de la suma de sus singulos componentes, sino de todos los términos que la componen considerados en su conjunto: el significado de la expresión suele ser completamente diferente del significado de cada uno de los componentes que la forman, por lo cual al traducirlas literalmente se obtendría un significado absurdo y confuso. Además, forman parte de la cultura particular de cada lengua, ya que en muchos casos surgen de la historia, de la cultura, de las leyendas, de las costumbres y de la forma de pensar y de vivir de los hablantes de una lengua. De ahí la gran dificultad que conlleva traducirlas a otra lengua y a otro contexto cultural en el que las referencias pueden ser totalmente diferentes. En ciertos casos, se pueden encontrar expresiones totalmente equivalentes en la lengua de llegada (lo que es más habitual en el caso de culturas parecidas) o, más frecuentemente, se pueden encontrar expresiones que usan palabras, estructuras o imágenes diferentes pero evocan significados parecidos o equivalentes (también se da el caso de expresiones que se parecen en la forma pero difieren mucho en el significado). Otras veces, por fin, no existen expresiones parecidas y en estos casos se suele recurrir a notas explicativas o a perífrasis que sustituyan a la expresión original, por ejemplo.

Como ya se ha comentado, *La Sombra del Viento* presenta una multitud de expresiones idiomáticas de vario tipo. Por un lado, se han encontrado muchas que tenían una correspondencia equivalente en italiano – en la forma, en el significado o en ambos – y por el otro lado también se han encontrados algunas que no tenían un equivalente, y que han sido de más complicada traducción. Sin embargo, hay que subrayar que también se ha dado otro caso, el de las expresiones originales de Zafón. Generalmente, uno de los rasgos característicos de las expresiones idiomáticas es que no solo están formadas por una combinación de palabras, sino que esta combinación tiene que ser estable y fija. No suele haber movilidad en los elementos

que componen la expresión idiomática, puesto que son expresiones *estereotipadas* por el uso frecuente en el habla y, por esto, no admiten cambios en su estructura, de ningún tipo (salvo pocas excepciones): esto significa que no pueden sustituirse los componentes por sinónimos, ni por términos diferentes; no se pueden modificar el número, género o orden de los componentes; no se pueden añadir u omitir componentes. Sin embargo, además de utilizar expresiones idiomáticas reconocidas y lexicalizadas, Zafón también juega con éstas de varias formas. Destacan, en particular: la alteración del orden y de la estructura de algunas expresiones lexicalizadas; la manipulación y fusión de expresiones idiomáticas; un interesante estrategia de interacción entre sentido literal y sentido figurado a través de “estructuras dobles”, características del estilo de Zafón y recurrentes a lo largo de toda la novela. A continuación se van a analizar algunos ejemplos de todos los casos citados.

### ***3.5.1 Expresiones con equivalentes***

Un caso ejemplar de frase idiomática estrictamente vinculada con la cultura española es la expresión “De Pascua a Ramos”, una locución adverbial cuyo significado es “de vez en cuando”, usada por Zafón para referirse con cierta ironía al hecho de que la criada Bernarda conseguía un novio muy raramente, con un largo transcurso de tiempo entre una y otra vez. El origen de esta expresión está en la religión: el Domingo de Ramos y la Pascua son dos momentos cumbres de la Semana Santa, el día del comienzo de las celebraciones y el del fin de las mismas. Por esta razón, metafóricamente la expresión viene a expresar un largo intervalo de tiempo, puesto que entre el día de Pascua y el Domingo de Ramos sucesivo pasa alrededor de un año entero. En italiano se hubiera podido utilizar una perífrasis explicativa como *di tanto in tanto, in rare occasioni*. Sin embargo, al final se ha elegido utilizar otra frase idiomática italiana que evoca la misma idea de infrecuencia y que, al mismo tiempo, resultaba adecuada porque lograba mantener una referencia religiosa en el texto, aunque fuera diferente: *a ogni morte di papa*.

Otro ejemplo es la expresión “creer a pies juntillas”. En italiano existe la expresión *a piè pari*, que sería la traducción literal de “a pies juntillas”. Sin embargo, es una expresión poco utilizada y cuyo empleo suele estar relacionado con el verbo “saltar” en la expresión *saltare qualcosa a piè pari*, con el significado de *tralasciare completamente* algo. Por esta razón, se ha elegido traducirlo por *credere a occhi chiusi*, cuyo significado es “con total confianza, sin discusión”, como la expresión original.

Para otros ejemplos de expresiones parecidas o equivalentes encontradas para la traducción italiana véase, entre otros: *Essere buono come il pane* (ser más bueno que el pan); *Essere duro di comprendonio* (ser duro de entenderas); *da cima a fondo* (de cabo a rabo); *prendere le redini* (tomar las riendas); *essere un toccasana* (ser mano de santo); *piangere come una fontana* (llorar a moco tendido); *vedere di buon occhio* (ver con buenos ojos); *essere dell'altra sponda* (ser de la acera de enfrente); *mandare a quel paese* (enviar a paseo); *essere in fasce* (estar en pañales); *essere nel fiore degli anni* (estar en la flor de la vida); *avere i giorni contati* (tener los días contados); *perdere la testa* (perder el sentido común); *fare effetto* (hacer mella); *essere tutta un'altra storia* (ser harina de otro costal); *dirne di tutti i colori* (despacharse a gusto); *Avere la testa piena di grilli* (tener pájaros en la cabeza); *Non scommettere un soldo su qualcuno* (No dar ni un duro por alguien).

### ***3.5.2 Expresiones y juegos traducidos con perífrasis***

Un pasaje que se ha revelado muy complicado ha sido el siguiente:

¿Y si a don Federico *no se le da lo de la pluma?* –inquirí con divina inocencia.

Mi padre enarcó una ceja, quizá temiendo que aquellos rumores maledicentes me hubiesen maleado la inocencia.

Aquí, el niño narrador está hablando de una pluma Montblanc, un bolígrafo que él desea pero que su padre no puede permitirse, razón por la cual propone al hijo de pedirle a don Federico que les haga una copia. El niño, con su frase, quiere manifestar su duda sobre la habilidad de don Federico, pero el lector español reconoce aquí un juego de palabras: Zafón juega con la ambigüedad que deriva de la

existencia de la expresión española “tener pluma”, usada con matiz despectivo para referirse a un hombre homosexual o de aspecto afeminado (como es Don Federico). En este caso, la traducción al italiano resultó extremadamente difícil, ya que en la cultura italiana no existe una expresión parecida para referirse a un hombre homosexual, y aún menos una que también haga referencia a un bolígrafo o a una pluma. Una opción habría sido la de ignorar el doble sentido del término pluma y optar por el uso de una perífrasis que solo hiciera referencia al talento del personaje en los trabajos manuales. De esta forma, sin embargo, el fragmento sucesivo hubiera quedado fuera de contexto, por lo que la consecuencia inmediatamente sucesiva hubiera sido la de quitar totalmente ese fragmento. Al final, la solución que se ha encontrado ha sido la utilización de una perífrasis que en italiano resultara suficientemente ambigua como para poder justificar la preocupación del padre por la inocencia del hijo: *E se Don Federico ha troppe cose per la testa per potersi dedicare alla mia penna?*

Otro ejemplo de sustitución por una perífrasis se puede encontrar en la traducción de “Hacer la rosca a alguien”, locución verbal de uso coloquial que se refiere al hecho de adular alguien con el propósito de ganarse su confianza o alcanzar algún objetivo. La expresión deriva en realidad de “Hacer la rosca como los pavos”, que aludía a la costumbre de los pavos reales de desplegar su plumaje y enroscarse entorno a él para hacerse más bellos y atraer más fácilmente a las hembras. En italiano existen las expresiones *fare la ruota* y *fare la ruota a qualcuno*, ambas referidas al hecho de halagar, cortejar y lucirse con alguien, pero a diferencia de su equivalente español, éstas no resultan de uso común y difundido hoy en día. Por esta razón se ha elegido utilizar una perífrasis que incluyera tanto la idea de halagar como la imagen del pavón, de modo que la oración “Le hacía la rosca a don Gustavo sin dignidad ni decoro” quedó traducida, con cierta ampliación de la frase original, de la forma siguiente: *Si pavoneggiava con don Gustavo adulandolo senza ritegno.*

Por fin, véase también la siguiente oración: “Si el mundo se empeñaba en enterrar a Carax en el olvido, a él no le daba la gana de pasar por el aro”. La expresión “pasar por el aro” significa “aceptar algo que no gusta o que en principio se rechazaba” y por lo tanto, a falta de una expresión idiomática equivalente, es posible sustituirlo con



formas muy diferentes entre sí, puesto que su significado depende de la oración que lo precede. En este caso, se ha sustituido por *Se il mondo aveva deciso di seppellire Carax nel dimenticatoio, lui non aveva nessuna intenzione di farlo*.

Otros ejemplos de expresiones lexicalizadas traducidas por medio de perífrasis son:  
*Quando aleggia la guerra nell'aria* (cuando tiene una guerra entre las cejas);  
*Portare* (poner a tiro);  
*Rifilare una fregatura* (pegar el cambiazo);  
*Casa editrice insignificante* (editorial de tres al cuarto);  
*La letteratura non era la sua strada* (en literatura no iba a dar la nota);  
*Era musica per le mie orecchie* (sonaba a gloria);  
*Mentire spudoratamente* (mentir por los codos);  
*Quando comincia a parlare non lo ferma più nessuno* (se enrolla como una persiana).

### **3.5.3 Expresiones alteradas y manipuladas**

Un ejemplo evidente de la manipulación de expresiones idiomáticas que Zafón hace con cierta frecuencia a lo largo de todo el texto se encuentra en el siguiente fragmento: “Parafraseando, significa que no hay duros a cuatro pesetas, pero que me has caído bien y te voy a hacer un favor”. La expresión “no hay duros a cuatro pesetas” proviene en realidad de “Nadie da duros a cuatro pesetas”, lo cual significa que “nadie te regala un duro a cambio de cuatro pesetas”, con el sentido de “nada se regala” (el “duro” es la antigua moneda de cinco pesetas usada en España antes de la llegada del euro). Zafón aquí cambia ligeramente la estructura de la expresión, pero esto no impide la comprensión de la referencia. Cabe decir que en italiano no existe una expresión idiomática para transmitir este concepto. Por lo tanto, la primera opción de traducción había sido *Nessuno ti regala niente*, una perífrasis que por un lado, traducía correctamente el significado de la expresión original pero por el otro, no encajaba bien en la estructura de la oración. Al final, se ha elegido transmitir el mismo concepto presentándolo desde la perspectiva opuesta: *Tutto ha un prezzo*.

Otro caso de cambio estructural, pero de más complicada traducción, ha sido:

Le calculé unos veinte años a lo sumo, pero algo en su porte y en el modo en que el alma parecía caerle a los pies, como las ramas de un sauce, me hizo pensar que no tenía edad.

Aquí Zafón juega, otra vez, con las frases idiomáticas, pero su juego conlleva muchos más problemas a la hora de traducir. La expresión idiomática original al que se refiere, y que la mente recupera instintivamente al leer, es “Caerle a alguien el alma a los pies”, cuyo significado es “abatirse, desanimarse por no corresponder la realidad a lo que se esperaba o creía”. Como ya se ha dicho, las expresiones idiomáticas no admiten cambios en su estructura, porque el significado que expresan no se deriva de la suma de sus componentes literales, sino exclusivamente de la metáfora que éstos, considerados como conjunto y en un cierto orden, producen. Al modificar la estructura de esta forma, sin embargo, Zafón obliga lector y traductor a interpretar literalmente sus componentes, puesto que presenta una personificación del alma que cae a los pies de la mujer, y lo hace *como las ramas de un sauce*: atribuye materialidad al alma. De esta forma, el autor crea una interacción entre lo figurado y lo real, y consigue hablar de algo concreto y evocar al mismo tiempo en la mente del lector la sensación de tristeza y desánimo de la metáfora original. Ésto, a la hora de traducir, implica cierta complejidad puesto que la correspondencia establecida entre sentido literal y sentido figurado en la lengua de partida muy difícilmente puede establecerse de la misma forma también en la lengua de llegada. En este caso, de hecho, se ha aceptado la imposibilidad de mantener completamente el juego del autor, y se ha sustituido el alma con un “aire de tristeza”, perdiendo la referencia a una expresión idiomática lexicalizada, pero consiguiendo conservar la sensación de abatimiento y la correspondencia con la imagen del sauce: *Non sembrava avere piú di vent'anni, ma qualcosa nel suo portamento e in quell'aria triste, come i rami di un salice, mi faceva pensare che non avesse età.*

El tema de la mezcla entre lo literal y lo figurado se propone con más detenimiento en el apartado sucesivo. Para concluir este apartado, se va a analizar otro caso de manipulación de expresiones idiomáticas, ligeramente diferente de los que se acaban

de comentar. En éste, la manipulación no concierne el orden de los componentes de la expresión, sino que presenta un verdadero cambio de éstos:

“Menuda potra has tenido, chaval. A eso le llamo yo encontrar una aguja en un campo de azucenas.”

Esta frase aparece en el diálogo entre Barceló y el protagonista Daniel, cuando todavía es un niño de diez años y se refiere al libro de Julián Carax, que Daniel acaba de encontrar entre los libros olvidados. “Encontrar una aguja en un campo de azucenas” no es una expresión lexicalizada ni difundida: es una creación del autor, hecha a partir de la famosa expresión “encontrar/buscar una aguja en un pajar”. Sin embargo, por el contexto se puede entender que la valoración que Barceló hace del libro es totalmente positiva, de ahí que la expresión inventada viene a corresponder con la expresión lexicalizada. En un principio, se había elegido sustituirla por el equivalente italiano *trovare un ago in un pagliaio*, ya que le correspondía totalmente en el significado. No obstante, al final se ha preferido optar por una traducción literal de la misma, por un lado por la voluntad de mantener el juego creativo del autor (que propone una metáfora original, y no lexicalizada); por el otro porque se ha opinado que de esta forma se mantenía cierta fidelidad también con el carácter propio del personaje. De hecho, Barceló es presentado como un *dandy* que viste de forma muy excéntrica, colecciona objetos y libros raros y se expresa en esdrújulas, latinismos y términos insólitos. De un personaje como él, resultaba creíble una respuesta como: *Hai avuto un bel colpo di fortuna, ragazzo. Quello che io chiamo “trovare un ago in un campo di gigli”* (además, esta elección resulta justificada por la presencia de “A eso le llamo yo”, que señala la posibilidad de que esta frase sea exclusiva del personaje en cuestión).

#### ***3.5.4 Interacción entre real y figurado: estructuras dobles***

Este recurso representa uno de los aspectos más interesantes del estilo de Zafón. Ante todo hay que mencionar que el autor utiliza frecuentemente a lo largo de toda la obra una “estructura doble” formada por dos sustantivos o dos adjetivos unidos por la conjunción “y”. Véase los siguientes ejemplos:

“sonrisa tímida y temblorosa”; “firme y militante convicción”; “inspector famoso y condecorado”; “amante infiel y caprichosa”; “anochecer oscuro y traicionero”; “prometido y ansioso estirón”; “tarde de brumas y llovizna”; “cuna y pináculo de la civilización”; “años de secreto y sombra”; “intrigas de crimen y alcoba”; “de tono asmático y disposición virulenta”; “pieza de artesanía y precisión”; “cara de derrota y anhelo”; “corazón envenenado de envidia y asombro”. Para todos estos ejemplos, así como otros que no se han incluido por razones de espacio, se ha conservado, en todos casos en que resultaba posible, la doble estructura propuesta por el autor.

Sin embargo, lo interesante es que esta estructura doble, tan recurrente en todo el texto, no está limitada a la coordinación de sustantivos y adjetivos, sino que Zafón la emplea también para modificar expresiones idiomáticas y establecer, otra vez, correspondencias entre sentido literal y sentido figurado. Para hacerlo, por lo tanto, une expresiones idiomáticas y términos concretos a través del nexo coordinante “y”. Véase a continuación algunos ejemplos:

El camarero asintió y partió, arrastrando los pies y el alma.

En este ejemplo se hace evidente el juego de Zafón: por un lado, “arrastrando los pies” describe el modo de caminar del camarero y sugiere que el significado de la oración tiene que ser interpretado en sentido literal. Por el otro lado, “arrastrando el alma” nos sugiere de forma inmediata un sentido figurado, una imagen metafórica que quiere evocar sensaciones de cansancio, malestar o pereza, por ejemplo. Es cierto que éstas son sensaciones que también podrían interpretarse por la acción de arrastrar los pies, pero asociadas al alma, parecen referirse más a una actitud negativa hacia la vida, de malestar y abatimiento general, propia de la persona y de su personalidad. Como comentado anteriormente, este es un ejemplo de conflicto entre metáfora y realidad<sup>24</sup> y, como en el caso precedente, es de complicada traducción. La única solución encontrada para mantener el sentido literal y el metafórico ha sido de renunciar a la estructura doble y sustituirla por una expresión idiomática italiana, quedando la traducción de la siguiente forma: *Il cameriere annuí e si allontanó, trascinando i piedi come un'anima in pena.*

---

24 Para un análisis más profundizado sobre este aspecto véase Calle Rosingana (2013: 91-106).

Esta gente que ve pecado en todas partes está enferma del alma y, si me apuras, de los intestinos.

Éste es otro ejemplo en el que ha sido imposible conservar totalmente la estructura original. Para solucionar este problema se ha recurrido a una perífrasis que mantiene la comparación, aunque quite innegablemente fuerza a la estructura doble, que casi pasa desapercibida (aunque hay que mencionar que la introducción del sintagma “si me apuras” entre los dos términos coordinados interrumpía la fluidez de la coordinación de por sí): *Queste persone che vedono il peccato dappertutto sono malate nell'anima e, se vuoi il mio parere, hanno anche qualche problema intestinale.*

Con todo, hay que subrayar que se ha intentado mantener la estructura doble tan característica del autor en todos los casos en los que la estructura creada lo hizo posible, tanto traduciéndola literalmente (éste es el caso en que la expresión idiomática española tenía un equivalente total en la lengua italiana y un mismo uso) como añadiendo un verbo al segundo término en casos en que el mismo verbo no funcionaba con ambos términos en la lengua italiana. A continuación unos ejemplos de estructura doble conservada:

En el forcejeo Neri me había desgarrado la chaqueta y el orgullo.

En este caso la traducción correcta de “desgarrar” habría sido *strappare, fare a pezzi*. Sin embargo, el verbo *distruggere* en italiano se encuentra asociado con cierta frecuencia al término “orgullo”, por lo cual, vista su cercanía semántica a “desgarrar”, se ha elegido en su lugar: *Nello scontro Neri mi aveva distrutto la giacca e l'orgoglio.*

Monsieur Roquefort, a quien se le ablandaba el corazón y el bolsillo ante las causas perdidas, [...].

Éste es un caso en que se ha conseguido conservar la estructura doble a través de la incorporación de un verbo, ya que resultaba imposible encontrar un verbo que pudiera sostener los términos “corazón” y “cartera” de la misma forma. Sin embargo, como puede observarse, la incorporación no incide excesivamente en el

ritmo de la oración: *Il Signor Roquefort, a cui le cause perse facevano sciogliere il cuore e alleggerire il portafoglio [...]*.

Me temblaban las manos y las ideas.

Este caso ha sido particularmente complicado por la dificultad de interpretar lo que Zafón quiso decir con “temblar las ideas”. Dado el contexto, se ha entendido como un momento de gran miedo (el protagonista acaba de ser amenazado por un individuo inquietante), enfatizado a través de un temblor tanto físico y literal – el de las manos – como metafórico – el de las ideas –. “Ideas” aquí incluye pensamientos, dudas y preocupaciones que se suceden frenéticamente en la cabeza del protagonista, tomando el control de su mente y de su cuerpo. Para este fragmento se ha decidido hacer una traducción casi literal, sustituyendo el término “ideas”, demasiado impreciso y abstracto, con un más concreto “pensamientos”: *Mi tremavano le mani e i pensieri*.

Otros ejemplos de estructura doble conservada se pueden apreciar en:

El calor del alcohol me calmó el estómago y los nervios.

Aquí la traducción es literal, sólo se han invertido los dos términos para mantener la colocación italiana *calmare i nervi* y hacerla más explícita. La traducción resulta: *Il calore dell'alcol mi calmò i nervi e lo stomaco*.

Mi padre se quejaba de que no ponía la cabeza ni el corazón en el trabajo.

Aquí la coordinación es hecha a través del nexo “ni” en lugar de “y”, pero da lugar al mismo tipo de estructura. En realidad aquí se aprecia una conexión de sentidos figurados y no aparece un sentido literal. Sin embargo, se ha agrupado en este apartado como ejemplo de estructura doble con expresiones idiomáticas. La traducción ha quedado de la siguiente forma: *Mio padre si lamentava dicendo che non ci stavo mettendo il cuore, né la testa, nel lavoro*.

### 3.6 Otros problemas de traducción

Para concluir el trabajo, se dedica este apartado a otros términos o expresiones que se han revelado particularmente complicados y, por lo tanto, interesantes, a la hora de traducir, aunque cabe subrayar que por cuestiones de espacio solo se analizarán algunos ejemplos. Véase el primero:

Amaba los libros sin reserva y, aunque él lo negaba rotundamente, si alguien entraba en su librería y se enamoraba de un ejemplar cuyo precio no podía costearse [...] lo regalaba si estimaba que el comprador era un lector de casta y no un diletante mariposón.

Según el DRAE, el vocablo “mariposón” puede denotar a un hombre homosexual (lo cual ha sido descartado por el contexto) o a un “hombre inconstante y caprichoso en su dedicación a algo, y especialmente en el galanteo con las mujeres”, lo que podría equivaler en italiano a *farfallone* o, según el contexto, a *donnaiolo*. Sin embargo, el término está referido a libros y no a mujeres, y por tanto era necesario encontrar algún término que se contrapusiera semánticamente al “lector de casta”, entendido como un lector verdadero, un amante de la lectura. Para solucionar el problema se ha jugado con las ideas de superficialidad e discontinuidad vinculadas al concepto de “mariposón”, y se ha elegido traducirlo por *lettore occasionale*.

Exhibiendo su sonrisa florentina, Barceló localizó la página de edición y la inspeccionó con intensidad policial por espacio de un minuto.

Por lo que concierne la expresión “sonrisa florentina”, hay que comentar que no se ha encontrado ningún diccionario que aporte un significado diferente del simple “perteneciente o relativo a Florencia o a los florentinos”, por lo cual no ha quedado claro la intención del autor al usar este adjetivo. Se ha hipotetizado que la sonrisa a la que hace referencia Zafón sea la celeberrima sonrisa de La Mona Lisa, cuadro del famoso pintor florentino Leonardo da Vinci, puesto que la sonrisa de Mona Lisa siempre ha alimentado un gran debate internacional por su indescifrabilidad. En éste sentido, se había considerado la idea de traducir la expresión por un sorriso *enigmatico*, *misterioso* o *indecifrabile*. Sin embargo, al final se ha preferido

mantener la ambigüedad del autor y traducirlo de forma literal, con *sorriso fiorentino*.

“Oiga, y dicen que Cary Grant es de la acera de enfrente. ¿Será posible?”

“Sandeces. El cazurro y el zoquete viven en un estado de perenne envidia”

Aquí la dificultad se basaba en el hecho de que tanto “cazurro” como “zoquete” resultaban denotar a una persona “lenta en comprender”. Además, el primero también podía tener la connotación de “malicioso” mientras que el segundo la de “persona fea y de mala traza”. Sin embargo, los tres significados parecían ajustarse bien al contexto: tontos, feos y maliciosos hubieran podido ser fuentes de envidia y malas lenguas, en este fragmento. Al final se ha elegido mantener la conotación de “torpe, lento en comprender” y la de “persona fea” y se han traducido con *i brutti e gli ottusi*.

“Es por la ropa mojada, y el frío que hace aquí dentro.”

“Otro día me avisa y enciendo la calefacción central para recibirle en volandas, capullito de alelí.”

Este fragmento forma parte de un diálogo entre el protagonista Daniel y el guardián del Cementerio de los Libros Olvidados, un personaje con sonrisa “de pillo redomado” que se muestra muy irritado por la visita, hecha a altas horas de la mañana. Por lo que concierne la expresión “capullito de alelí”, ningún diccionario ha proporcionado una explicación que resultara válida para la comprensión. El alelí es una flor muy pequeña, por lo que el significado de “capullo” que más parecería ajustarse a la expresión sería el de “botón de las flores”. Sin embargo, ésto no tendría sentido en el contexto más amplio. Por otra parte, “capullito” podría ser una forma más atenuada del insulto “capullo”. Visto el contexto – en el que Daniel acaba de hacer un comentario sobre lo frío que está el lugar – se ha deducido que la respuesta es dicha por el guardián con cierta ironía e irritación y que “capullito de alelí” representa un mote cariñoso y tierno (algo así como el *sweetheart* inglés), usado en este caso para burlarse abiertamente del protagonista. Por lo tanto, se ha traducido con *povero fiorellino fragile!*, manteniendo así una referencia floreal a la vez que un matiz fuertemente sarcástico.



## La sombra del viento

### El cementerio de los libros olvidados

Todavía recuerdo aquel amanecer en que mi padre me llevó por primera vez a visitar el Cementerio de los Libros Olvidados. Desgranaban los primeros días del verano de 1945 y caminábamos por las calles de una Barcelona atrapada bajo cielos de ceniza y un sol de vapor que se derramaba sobre la Rambla de Santa Mónica en una guirnalda de cobre líquido.

—Daniel, lo que vas a ver hoy no se lo puedes contar a nadie —advirtió mi padre—. Ni a tu amigo Tomás. A nadie.

—¿Ni siquiera a mamá? —inquirí yo, a media voz.

Mi padre suspiró, amparado en aquella sonrisa triste que le perseguía como una sombra por la vida.

—Claro que sí —respondió cabizbajo—. Con ella no tenemos secretos. A ella puedes contárselo todo.

Poco después de la guerra civil, un brote de cólera se había llevado a mi madre.

La enterramos en Montjuïc el día de mi cuarto cumpleaños. Sólo recuerdo que llovió todo el día y toda la noche, y que cuando le pregunté a mi padre si el cielo

lloraba le faltó la voz para responderme. Seis años después, la ausencia de mi madre era para mí todavía un espejismo, un silencio a gritos que aún no había aprendido a acallar con palabras. Mi padre y yo vivíamos en un pequeño piso de

la calle Santa Ana, junto a la plaza de la iglesia. El piso estaba situado justo encima de la librería especializada en ediciones de coleccionista y libros usados heredada de mi abuelo, un bazar encantado que mi padre confiaba en que algún

día pasaría a mis manos. Me crié entre libros, haciendo amigos invisibles en páginas que se deshacían en polvo y cuyo olor aún conservo en las manos. De

niño aprendí a conciliar el sueño mientras le explicaba a mi madre en la penumbra de mi habitación las incidencias de la jornada, mis andanzas en el colegio, lo que había aprendido aquel día... No podía oír su voz o sentir su tacto,

## **L'ombra del vento**

### **Il cimitero dei libri dimenticati**

Ricordo ancora quel mattino in cui mio padre mi portò a visitare il Cimitero dei Libri Dimenticati per la prima volta. Erano i primi giorni dell'estate del 1945 e camminavamo per le strade di una Barcellona imprigionata sotto cieli di cenere e un sole vaporoso che si riversava sulla Rambla di Santa Monica come una ghirlanda di rame liquido.

–Daniel, quello che vedrai oggi non lo devi raccontare a nessuno –disse mio padre–. Nemmeno al tuo amico Tomàs. A nessuno.

–Nemmeno alla mamma? –chiesi io sottovoce.

Mio padre sospirò, rifugiandosi in quel sorriso triste che lo seguiva come un'ombra nella vita.

–Ma certo –rispose malinconico–. Non abbiamo segreti per lei. A lei puoi raccontare tutto.

Poco dopo la guerra civile, un'epidemia di colera si era portata via mia madre. L'avevamo sepolta a Montjuïc il giorno del mio quarto compleanno. Ricordo solamente che piovve tutto il giorno e tutta la notte, e che quando chiesi a mio padre se il cielo stesse piangendo, gli mancò la voce. Sei anni dopo, l'assenza di mia madre era per me ancora qualcosa di incomprensibile, un silenzio assordante che non ero ancora riuscito a mettere a tacere. Io e mio padre vivevamo in un piccolo appartamento in via Santa Ana, a due passi dalla piazza della chiesa. L'appartamento si trovava al secondo piano della libreria che un tempo apparteneva a mio nonno, un bazar magico specializzato in edizioni per collezionisti e libri usati che un giorno sarebbe diventato mio, diceva mio padre. Ero cresciuto tra i libri, facendo amicizia con personaggi immaginari provenienti da pagine consumate dal tempo e il cui odore non ha mai lasciato le mie mani. Da piccolo, prima di addormentarmi, nella penombra della mia stanza raccontavo a mia madre della mia giornata, delle mie avventure a scuola e di ciò che avevo imparato quel giorno. Non potevo sentire la sua voce, né percepire il suo tocco,

pero su luz y su calor ardían en cada rincón de aquella casa y yo, con la fe de los que todavía pueden contar sus años con los dedos de las manos, creía que si cerraba los ojos y le hablaba, ella podría oírme desde donde estuviese. A veces, mi padre me escuchaba desde el comedor y lloraba a escondidas.

Recuerdo que aquel alba de junio me desperté gritando. El corazón me batía en el pecho como si el alma quisiera abrirse camino y echar a correr escaleras abajo. Mi padre acudió azorado a mi habitación y me sostuvo en sus brazos, intentando calmarme.

–No puedo acordarme de su cara. No puedo acordarme de la cara de mamá – murmuré sin aliento.

Mi padre me abrazó con fuerza.

–No te preocupes, Daniel. Yo me acordaré por los dos.

Nos miramos en la penumbra, buscando palabras que no existían. Aquélla fue la primera vez en que me di cuenta de que mi padre envejecía y de que sus ojos, ojos de niebla y de pérdida, siempre miraban atrás. Se incorporó y descorrió las cortinas para dejar entrar la tibia luz del alba.

–Anda, Daniel, vístete. Quiero enseñarte algo –dijo.

–¿Ahora? ¿A las cinco de la mañana?

–Hay cosas que sólo pueden verse entre tinieblas –insinuó mi padre blandiendo una sonrisa enigmática que probablemente había tomado prestada de algún tomo de Alejandro Dumas.

Las calles aún languidecían entre neblinas y serenos cuando salimos al portal. Las farolas de las Ramblas dibujaban una avenida de vapor, parpadeando al tiempo que la ciudad se desperezaba y se desprendía de su disfraz de acuarela. Al llegar a la calle Arco del Teatro nos aventuramos camino del Raval bajo la arcada que prometía una bóveda de bruma azul. Seguí a mi padre a través de aquel camino angosto, más cicatriz que calle, hasta que el reluz de la Rambla se perdió a nuestras espaldas. La claridad del amanecer se filtraba desde balcones y cornisas en soplos de luz sesgada que no llegaban a rozar el suelo.

ma la sua luce e il suo calore riscaldavano ogni angolo di quella casa ed io, con la fiducia cieca di chi conta ancora gli anni sulle dita della mano, ero convinto che se chiudevo gli occhi e le parlavo, lei potesse sentirmi, ovunque si trovasse. A volte, mio padre mi ascoltava dal salotto e piangeva di nascosto.

Ricordo che quel mattino di giugno mi svegliai urlando. Il cuore mi martellava nel petto come se la mia anima volesse aprirsi un varco per uscire dal mio corpo. Mio padre corse preoccupato in camera mia e mi strinse a sé, cercando di calmarmi.

–Non riesco a ricordarmi il suo viso. Non ricordo più il viso della mamma – mormorai con un filo di voce.

Mio padre mi abbracciò forte.

–Non ti preoccupare, Daniel. Lo ricorderò io anche per te.

Ci guardammo nella penombra, cercando di trovare parole che non esistevano. Quella fu la prima volta in cui mi resi conto che mio padre stava invecchiando e che i suoi occhi, occhi colmi di nebbia e di perdita, guardavano sempre al passato. Si alzò e scostò le tende per far entrare la tiepida luce dell'alba.

–Forza Daniel, vestiti. Voglio farti vedere una cosa –disse.

–Adesso? Alle cinque del mattino?

–Ci sono cose che si possono vedere solo al buio –insistette mio padre, sfoderando un sorriso enigmatico che probabilmente aveva preso in prestito da un qualche libro di Alexandre Dumas.

Quando uscimmo, le strade erano ancora intorpidite nella nebbia e si udivano solo i passi di qualche guardia notturna.

I lampioni delle Ramblas delineavano il profilo indistinto di un viale annesso, palpitando mano a mano che la città si stiracchiava e si spogliava del suo mantello di colori sbiaditi. Quando raggiungemmo la via Arco del Teatro ci avventurammo verso il quartiere del Raval, attraverso il portico avvolto in una foschia bluastra. Seguì mio padre lungo quel vicolo, più cicatrice che strada, finché il bagliore delle Ramblas scomparve dietro di noi. Il chiarore dell'alba s'insinuava tra i balconi e i cornicioni delle case creando scorci di luce che restavano sospesi nell'aria.

Finalmente, mi padre se detuvo frente a un portón de madera labrada ennegrecido por el tiempo y la humedad. Frente a nosotros se alzaba lo que me pareció el cadáver abandonado de un palacio, o un museo de ecos y sombras.

–Daniel, lo que vas a ver hoy no se lo puedes contar a nadie. Ni a tu amigo Tomás. A nadie.

Un hombrecillo con rasgos de ave rapaz y cabellera plateada nos abrió la puerta. Su mirada aguileña se posó en mí, impenetrable.

–Buenos días, Isaac. Este es mi hijo Daniel –anunció mi padre–. Pronto cumplirá once años, y algún día él se hará cargo de la tienda. Ya tiene edad de conocer este lugar.

El tal Isaac nos invitó a pasar con un leve asentimiento. Una penumbra azulada lo cubría todo, insinuando apenas trazos de una escalinata de mármol y una galería de frescos poblados con figuras de ángeles y criaturas fabulosas. Seguimos al guardián a través de aquel corredor palaciego y llegamos a una gran sala circular donde una auténtica basílica de tinieblas yacía bajo una cúpula acuchillada por haces de luz que pendían desde lo alto. Un laberinto de corredores y estanterías repletas de libros ascendía desde la base hasta la cúspide, dibujando una colmena tramada de túneles, escalinatas, plataformas y puentes que dejaban adivinar una gigantesca biblioteca de geometría imposible. Miré a mi padre, boquiabierto. El me sonrió, guiñándome el ojo.

–Daniel, bienvenido al Cementerio de los Libros Olvidados.

Salpicando los pasillos y plataformas de la biblioteca se perfilaban una docena de figuras. Algunas de ellas se volvieron a saludar desde lejos, y reconocí los rostros de diversos colegas de mi padre en el gremio de libreros de viejo. A mis ojos de diez años, aquellos individuos aparecían como una cofradía secreta de alquimistas conspirando a espaldas del mundo. Mi padre se arrodilló junto a mí y, sosteniéndome la mirada, me habló con esa voz leve de las promesas y las confidencias.

–Este lugar es un misterio, Daniel, un santuario. Cada libro, cada tomo que ves, tiene alma. El alma de quien lo escribió, y el alma de quienes lo leyeron y

Mio padre si fermò davanti a un portone di legno intagliato annerito dal tempo e dall'umidità. Di fronte a noi si ergeva quello che mi sembrava essere il cadavere abbandonato di un palazzo, o un museo di echi ed ombre.

–Daniel, quello che vedrai oggi non lo devi raccontare a nessuno. Nemmeno al tuo amico Tomàs. A nessuno.

Un ometto con capelli grigi e lineamenti da rapace ci aprì la porta. Il suo sguardo predatore si posò su di me, impenetrabile.

–Buongiorno, Isaac. Questo è mio figlio Daniel –disse mio padre–. Presto compirà undici anni, e un giorno toccherà a lui mandare avanti il negozio. Ormai ha l'età giusta per conoscere questo posto.

Questo Isaac fece un debole cenno di assenso e ci lasciò passare.

Nella penombra azzurrognola si riusciva a malapena a intravedere pezzi di una scalinata di marmo e una galleria di affreschi popolati da figure angeliche e creature fantastiche. Seguimmo il guardiano attraverso quel passaggio sontuoso e arrivammo a una grande sala circolare dove una vera e propria basilica di tenebre giaceva al di sotto di una cupola trafitta da fasci di luce che scendevano dall'alto. Un labirinto di corridoi e scaffali pieni di libri s'innalzava fino alla cuspide, formando un alveare di tunnel, scalinate, piattaforme e ponti che, intrecciandosi tra loro, lasciavano intuire una gigantesca biblioteca dalla geometria impossibile. Fissai mio padre a bocca aperta. Lui sorrise e mi fece l'occholino.

–Daniel, benvenuto al Cimitero dei Libri Dimenticati.

Disseminate tra i corridoi e i pianerottoli si potevano intravedere una dozzina di figure. Alcune di loro si voltarono a salutarmi da lontano, e tra queste riconobbi i volti di diversi colleghi di mio padre, librai antiquari come lui. Ai miei occhi da bambino di dieci anni, quelle persone sembravano i membri di una confraternita segreta di alchimisti che cospiravano alle spalle del mondo. Mio padre s'inginocchiò vicino a me e, fissandomi negli occhi, mi parlò con quel tono lieve delle promesse e delle confidenze.

–Questo luogo è un mistero, Daniel, un santuario. Ogni libro, ogni volume che vedi, possiede un'anima. L'anima di chi lo ha scritto, e l'anima di coloro che lo

vivieron y soñaron con él. Cada vez que un libro cambia de manos, cada vez que alguien desliza la mirada por sus páginas, su espíritu crece y se hace fuerte. Hace ya muchos años, cuando mi padre me trajo por primera vez aquí, este lugar ya era viejo. Quizá tan viejo como la misma ciudad. Nadie sabe a ciencia cierta desde cuándo existe, o quiénes lo crearon. Te diré lo que mi padre me dijo a mí. Cuando una biblioteca desaparece, cuando una librería cierra sus puertas, cuando un libro se pierde en el olvido, los que conocemos este lugar, los guardianes, nos aseguramos de que llegue aquí. En este lugar, los libros que ya nadie recuerda, los libros que se han perdido en el tiempo, viven para siempre, esperando llegar algún día a las manos de un nuevo lector, de un nuevo espíritu. En la tienda nosotros los vendemos y los compramos, pero en realidad los libros no tienen dueño. Cada libro que ves aquí ha sido el mejor amigo de alguien. Ahora sólo nos tienen a nosotros, Daniel. ¿Crees que vas a poder guardar este secreto?

Mi mirada se perdió en la inmensidad de aquel lugar, en su luz encantada. Asentí y mi padre sonrió.

—¿Y sabes lo mejor? —preguntó.

Negué en silencio.

—La costumbre es que la primera vez que alguien visita este lugar tiene que escoger un libro, el que prefiera, y adoptarlo, asegurándose de que nunca desaparezca, de que siempre permanezca vivo. Es una promesa muy importante. De por vida —explicó mi padre—. Hoy es tu turno.

Por espacio de casi media hora deambulé entre los entresijos de aquel laberinto que olía a papel viejo, a polvo y a magia. Dejé que mi mano rozase las avenidas de lomos expuestos, tentando mi elección. Atisé, entre los títulos desdibujados por el tiempo, palabras en lenguas que reconocía y decenas de otras que era incapaz de catalogar. Recorrí pasillos y galerías en espiral pobladas por cientos, miles de tomos que parecían saber más acerca de mí que yo de ellos. Al poco, me asaltó la idea de que tras la cubierta de cada uno de aquellos libros se abría

hanno letto e che hanno vissuto e sognato grazie ad esso. Ogni volta che un libro cambia di mano, ogni volta che qualcuno scorre le sue pagine con lo sguardo, il suo spirito cresce e si rafforza. Tanti anni fa, quando mio padre mi portò qui per la prima volta, questo luogo era già vecchio, quasi quanto la città stessa. Nessuno sa con certezza da quanto tempo esista o chi l'abbia creato. Ti dirò ciò che mio padre disse a me: quando una biblioteca scompare, quando una libreria chiude le sue porte, quando un libro viene dimenticato, noi, i custodi di questo luogo, ci assicuriamo che arrivi qui. In questo posto, i libri che nessuno ricorda più, i libri che sono stati dimenticati nel tempo, continuano a vivere per sempre, sperando di finire, un giorno, nelle mani di un nuovo lettore, di un nuovo spirito. Tutti noi compriamo e vendiamo libri nelle librerie, ma in realtà non appartengono a nessuno. Ogni libro che vedi qui è stato il miglior amico di qualcuno in passato. Adesso gli siamo rimasti solo noi, Daniel. Pensi di poter mantenere questo segreto?

Il mio sguardo si perse nell'immensità di quel luogo, nella sua luce magica. Annui e mio padre sorrise.

–E sai qual è la cosa più bella? –chiese.

Scossi la testa in silenzio.

–La tradizione vuole che chi visita questo luogo per la prima volta debba scegliere un libro, quello che preferisce, e adottarlo. Deve mantenerlo sempre in vita, assicurandosi che non sparisca mai più. È una promessa molto importante. Per tutta la vita –spiegò mio padre–. Oggi tocca a te.

Vagai per quasi mezz'ora tra i segreti di quel labirinto che profumava di carta vecchia, polvere e magia. Lasciai che la mia mano sfiorasse le file interminabili di libri, affidando la mia scelta al tatto. Scorsi, tra tutti quei titoli sbiaditi dal tempo, parole in lingue che riconoscevo e decine di altre che ero incapace di inquadrare. Percorsi corridoi e gallerie serpentine popolate da centinaia, migliaia di volumi che davano l'impressione di sapere di me molto più di quanto io sapessi di loro. Mi assalì il pensiero che, dietro alla copertina di ciascuno di quei



un universo infinito por explorar y de que, más allá de aquellos muros, el mundo dejaba pasar la vida en tardes de fútbol y seriales de radio, satisfecho con ver hasta allí donde alcanza su ombligo y poco más. Quizá fue aquel pensamiento, quizá el azar o su pariente de gala, el destino, pero en aquel mismo instante supe que ya había elegido el libro que iba a adoptar. O quizá debiera decir el libro que me iba a adoptar a mí. Se asomaba tímidamente en el extremo de una estantería, encuadernado en piel de color vino y susurrando su título en letras doradas que ardían a la luz que destilaba la cúpula desde lo alto. Me acerqué hasta él y acaricié las palabras con la yema de los dedos, leyendo en silencio.

*La Sombra del Viento*

JULIÁN CARAX

Jamás había oído mencionar aquel título o a su autor, pero no me importó. La decisión estaba tomada. Por ambas partes. Tomé el libro con sumo cuidado y lo hojeé, dejando aletear sus páginas. Liberado de su celda en el estante, el libro exhaló una nube de polvo dorado. Satisfecho con mi elección, rehice mis pasos en el laberinto portando mi libro bajo el brazo con una sonrisa impresa en los labios. Tal vez la atmósfera hechicera de aquel lugar había podido conmigo, pero tuve la seguridad de que aquel libro había estado allí esperándome durante años, probablemente desde antes de que yo naciese.

Aquella tarde, de vuelta en el piso de la calle Santa Ana, me refugié en mi habitación y decidí leer las primeras líneas de mi nuevo amigo. Antes de darme cuenta, me había caído dentro sin remedio. La novela relatava la historia de un hombre en busca de su verdadero padre, al que nunca había llegado a conocer y cuya existencia sólo descubriría merced a las últimas palabras que pronunciaba su madre en su lecho de muerte. La historia de aquella búsqueda se transformaba en una odisea fantasmagórica en la que el protagonista luchaba por recuperar una infancia y una juventud perdidas, y en la que, lentamente, descubríamos la

libri, si aprisse un universo infinito tutto da esplorare e che, allo stesso tempo, al di fuori di quelle mura, la gente sprecasse la vita tra pomeriggi di calcio e sceneggiati alla radio, incapace di vedere oltre il proprio naso. Forse fu quel pensiero, o forse il caso, o il suo parente più nobile, il destino, ma proprio in quel momento capii che avevo preso la mia decisione: avevo scelto quale libro adottare, o forse dovrei dire quale libro avrebbe adottato me. Si affacciava timidamente dal fondo di una libreria. Era rilegato in pelle color vinaccia e sussurrava il suo titolo in caratteri dorati, che ardevano colpiti dalla luce che penetrava dalla cupola. Mi avvicinai al volume e ne accarezzai le parole con la punta delle dita, leggendo in silenzio.

*L'ombra del Vento*

JULIÁN CARAX

Non avevo mai sentito nominare quel titolo, né il suo autore, ma non m'importava. La decisione era stata presa, da entrambe le parti. Presi il libro tra le mani con estrema cura e lo sfogliai, lasciando che le sue pagine svolazzassero nell'aria, liberandole dalla loro prigionia sullo scaffale. Il libro mi ripagò con una nuvola di polvere dorata. Soddisfatto della mia scelta, mi misi il libro sotto il braccio e tornai sui miei passi con un sorriso stampato sulle labbra. Forse era stata l'atmosfera magica di quel luogo a influenzare la mia scelta, eppure ero convinto che quel libro fosse lì ad aspettarmi da anni, probabilmente da ancora prima che io nascessi.

Quel pomeriggio, tornato nell'appartamento di via Santa Ana, mi rifugiai in camera mia per leggere le prime righe del mio nuovo amico. Prima di rendermene conto, mi ci ero perso dentro irrimediabilmente. Il romanzo raccontava la storia di un uomo alla ricerca del suo vero padre, che non aveva mai conosciuto: aveva scoperto la sua esistenza solo grazie alle ultime parole della madre pronunciate sul letto di morte. La storia di quella ricerca si trasformava in un'odissea fantasmagorica in cui il protagonista lottava per recuperare l'infanzia e la gioventù perdute, dalle quali, poco a poco, emergeva

sombra de un amor maldito cuya memoria le habría de perseguir hasta el fin de sus días. A medida que avanzaba, la estructura del relato empezó a recordarme a una de esas muñecas rusas que contienen innumerables miniaturas de sí mismas en su interior. Paso a paso, la narración se descomponía en mil historias, como si el relato hubiese penetrado en una galería de espejos y su identidad se escindiera en docenas de reflejos diferentes y al tiempo uno solo. Los minutos y las horas se deslizaron como un espejismo. Horas más tarde, atrapado en el relato, apenas advertí las campanadas de medianoche en la catedral repiqueteando a lo lejos. Enterrado en la luz de cobre que proyectaba el flexo, me sumergí en un mundo de imágenes y sensaciones como jamás las había conocido. Personajes que se me antojaron tan reales como el aire que respiraba me arrastraron en un túnel de aventura y misterio del que no quería escapar. Página a página, me dejé envolver por el sortilegio de la historia y su mundo hasta que el aliento del amanecer acarició mi ventana y mis ojos cansados se deslizaron por la última página. Me tendí en la penumbra azulada del alba con el libro sobre el pecho y escuché el rumor de la ciudad dormida goteando sobre los tejados salpicados de púrpura. El sueño y la fatiga llamaban a mi puerta, pero me resistí a rendirme. No quería perder el hechizo de la historia ni todavía decir adiós a sus personajes.

En una ocasión oí comentar a un cliente habitual en la librería de mi padre que pocas cosas marcan tanto a un lector como el primer libro que realmente se abre camino hasta su corazón. Aquellas primeras imágenes, el eco de esas palabras que creemos haber dejado atrás, nos acompañan toda la vida y esculpen un palacio en nuestra memoria al que, tarde o temprano –no importa cuántos libros leamos, cuántos mundos descubramos, cuánto aprendamos u olvidemos–, vamos a regresar. Para mí, esas páginas embrujadas siempre serán las que encontré entre los pasillos del Cementerio de los Libros Olvidados.

l'ombra di un amore maledetto il cui ricordo lo avrebbe perseguitato per il resto dei suoi giorni. Mano a mano che proseguivo nella lettura, la struttura del racconto cominciava a ricordarmi una di quelle bambole russe che contengono al loro interno innumerevoli altre miniature di sé stesse. Poco a poco, la narrazione si scomponesse in mille storie, come se il racconto si fosse introdotto in una galleria di specchi e la sua identità en fosse uscita frammentata in dozzine di riflessi diversi ma uguali allo stesso tempo. I minuti e le ore scivolarono via come in un sogno. Quando, molte ore più tardi, le campane della cattedrale rintoccarono la mezzanotte, preso com'ero dal racconto, quasi non me ne accorsi. Nella luce color rame della lampada, mi immersi in un mondo di immagini e sensazioni che non avevo mai provato fino ad allora. Un mondo popolato da personaggi così appassionanti e reali che mi trascinarono in un tunnel di avventure e mistero che non volevo più lasciare. Pagina dopo pagina, mi lasciai avvolgere dalla magia della storia e del suo mondo fino a che il respiro dell'alba accarezzò la mia finestra, e i miei occhi stanchi scivolarono sull'ultima pagina. Mi sdraiai nella penombra azzurrognola dell'alba con il libro appoggiato sul petto e ascoltai i suoni della città addormentata che gocciolavano sui tetti cosparsi di porpora. Il sonno e la stanchezza bussavano alla mia porta, ma non volevo cedere. Non volevo rinunciare alla magia di quella storia e non ero ancora pronto per dire addio ai suoi personaggi.

Un giorno, nella libreria di mio padre, sentii un cliente abituale dire che ci sono poche cose che segnano la vita di un lettore come il primo libro che riesce davvero a farsi strada verso il suo cuore. Quelle prime immagini, l'eco di quelle parole che pensiamo di esserci messi alle spalle, ci accompagnano tutta la vita. Scolpiscono un palazzo nei nostri ricordi al quale prima o poi faremo ritorno – non importa quanti altri libri leggiamo, quanti mondi scopriamo, quanto impariamo o quanto dimentichiamo. Per me, quelle pagine incantate saranno sempre le pagine che avevo trovato tra i corridoi del Cimitero dei Libri Dimenticati.

## Días de ceniza

1945 – 1949

1

Un secreto vale lo que aquellos de quienes tenemos que guardarlo. Al despertar, mi primer impulso fue hacer partícipe de la existencia del Cementerio de los Libros Olvidados a mi mejor amigo. Tomás Aguilar era un compañero de estudios que dedicaba su tiempo libre y su talento a la invención de artilugios ingeniosísimos pero de escasa aplicación práctica, como el dardo aerostático o la peonza dinamo. Nadie mejor que Tomás para compartir aquel secreto. Soñando despierto me imaginaba a mi amigo Tomás y a mí pertrechados ambos de linternas y brújula prestos a desvelar los secretos de aquella catacumba bibliográfica. Luego, recordando mi promesa, decidí que las circunstancias aconsejaban lo que en las novelas de intriga policial se denominaba otro *modus operandi*. Al mediodía abordé a mi padre para cuestionarle acerca de aquel libro y de Julián Carax, que en mi entusiasmo había imaginado célebres en todo el mundo. Mi plan era hacerme con todas sus obras y leérmelas de cabo a rabo en menos de una semana. Cuál fue mi sorpresa al descubrir que mi padre, librero de casta y buen conocedor de los catálogos editoriales, jamás había oído hablar de *La Sombra del Viento* o de Julián Carax. Intrigado, mi padre inspeccionó la página con los datos de la edición.

–Según esto, este ejemplar forma parte de una edición de dos mil quinientos ejemplares impresa en Barcelona, por Cabestany Editores, en diciembre de 1935.

–¿Conoces esa editorial?

–Cerró hace años. Pero la edición original no es ésta, sino otra de noviembre del mismo año, pero impresa en París... La editorial es Galliano & Neval. No me suena.

–Entonces, ¿el libro es una traducción? –pregunté, desconcertado.

–No menciona que lo sea. Por lo que aquí se ve, el texto es original.

## Giorni di cenere

1945 – 1949

1

L'importanza di un segreto dipende dalle persone a cui bisogna tenerlo nascosto. Quando mi svegliai, il mio primo impulso fu quello di raccontare al mio migliore amico dell'esistenza del Cimitero dei Libri Dimenticati. Tomàs Aguilar era un compagno di classe che dedicava il suo tempo libero e il suo talento all'invenzione di marchingegni ingegnosi ma di scarsa utilità, come il dardo aerostatico o la trottola-dinamo. Chi meglio di lui poteva condividere il mio segreto? Sognando a occhi aperti, già m'immaginavo io e il mio amico Tomàs entrambi armati fino ai denti di torce e bussole, pronti per scoprire i segreti di quella catacomba bibliografica. Ma poi ricordai la promessa fatta, e decisi che le circostanze richiedevano quello che nei romanzi polizieschi si definiva un altro *modus operandi*. A mezzogiorno andai da mio padre per chiedergli informazioni sul libro e su Julián Carax, che immaginavo essere famosi in tutto il mondo. Il mio piano era di procurarmi tutte le sue opere e leggermele da cima a fondo in meno di una settimana. La sorpresa fu enorme: mio padre, libraio rinomato ed esperto di cataloghi editoriali, non aveva mai sentito parlare di *L'Ombra del Vento*, e nemmeno di Julián Carax. Incuriosito, mio padre esaminò la pagina con i dati di pubblicazione.

–Stando a quanto dice qui, questo volume fa parte di una tiratura di duemila cinquecento copie stampate a Barcellona nel dicembre del 1935 dalla casa editrice Cabestany.

–Conosci questa casa editrice?

–È chiusa da anni. Ma questa non è l'edizione originale. La prima edizione è stata stampata nel novembre dello stesso anno, a Parigi però... dalla casa editrice Galliano & Neuval. Mai sentita.

–Quindi il libro è una traduzione? –chiesi sorpreso.

–Non lo dice. Stando a quel che è scritto qui, il testo è l'originale.

–¿Un libro en castellano, editado primero en Francia?

–No será la primera vez, con los tiempos que corren –adujo mi padre–. A lo mejor Barceló nos puede ayudar...

Gustavo Barceló era un viejo colega de mi padre, dueño de una librería cavernosa en la calle Fernando que capitaneaba la flor y nata del gremio de libreros de viejo. Vivía perpetuamente adherido a una pipa apagada que desprendía efluvios de mercado persa y se describía a sí mismo como el último romántico. Barceló sostenía que en su linaje había un lejano parentesco con lord Byron, pese a que él era natural de la localidad de Caldas de Montbuy. Quizá con ánimo de evidenciar esta conexión, Barceló vestía invariablemente al uso de un dandi decimonónico, luciendo fular, zapatos de charol blanco y un monóculo sin graduación que según las malas lenguas no se quitaba ni en la intimidad del retrete. En realidad, el parentesco más significativo en su haber era el de su progenitor, un industrial que se había enriquecido por medios más o menos turbios a finales del siglo XIX. Según me explicó mi padre, Gustavo Barceló estaba, técnicamente, forrado, y lo de la librería era más pasión que negocio. Amaba los libros sin reserva y, aunque él lo negaba rotundamente, si alguien entraba en su librería y se enamoraba de un ejemplar cuyo precio no podía costearse, lo rebajaba hasta donde fuese necesario, o incluso lo regalaba si estimaba que el comprador era un lector de casta y no un diletante mariposón. Al margen de estas peculiaridades, Barceló poseía una memoria de elefante y una pedantería que no desmerecía en porte o sonoridad, pero si alguien sabía de libros extraños, era él. Aquella tarde, después de cerrar la tienda, mi padre sugirió que nos acercásemos hasta el café de Els Quatre Gats en la calle Montsió, donde Barceló y sus compinches mantenían una tertulia bibliófila sobre poetas malditos, lenguas muertas y obras maestras abandonadas a merced de la polilla.

Els Quatre Gats quedaba a tiro de piedra de casa y era uno de mis rincones predilectos de toda Barcelona. Allí se habían conocido mis padres en el año 32, y yo atribuía en parte mi billete de ida por la vida al encanto de aquel viejo café.

–Un libro scritto in spagnolo ma pubblicato prima in Francia?

–Non sarebbe la prima volta, di questi tempi –affermò mio padre–. Magari Barceló ci può dare una mano...

Gustavo Barceló era un vecchio collega di mio padre. Era proprietario di una libreria cavernosa in via Fernando e capeggiava la *crème de la crème* del circolo dei librai antiquari. In bocca teneva sempre una pipa spenta che emanava nell'aria un'aroma da mercato persiano e gli piaceva definirsi l'ultimo dei romantici. Barceló sosteneva di avere nella sua famiglia un lontano legame di parentela con Lord Byron, nonostante fosse originario della località di Caldas de Montbuy. Forse con l'intenzione di rendere evidente questo legame, Barceló si vestiva sempre come un dandy del diciannovesimo secolo, sfoggiando foulard, scarpe di vernice bianca e un finto monocolo che, stando alle malelingue, non si toglieva nemmeno quando andava al gabinetto. In realtà, il parente più famoso della sua famiglia era suo padre, un industriale che si era arricchito con mezzi più o meno leciti alla fine del diciannovesimo secolo. Stando a quanto diceva mio padre, Gustavo Barceló era ricco sfondato e la libreria per lui era più una passione che un lavoro. Amava veramente i libri e, nonostante lo negasse categoricamente, se qualcuno entrava nella sua libreria e s'innamorava di un libro che non si poteva permettere, ne abbassava il prezzo quanto necessario, o addirittura decideva di regalarlo se considerava che il cliente fosse un vero appassionato e non un lettore occasionale. A parte questo, Barceló aveva una memoria di ferro e una pedanteria di modi e parole altrettanto importante, ma se c'era qualcuno che ne sapeva di libri strani, quello era lui. Quel pomeriggio, dopo aver chiuso la libreria, mio padre mi propose di andare al bar Els Quatre Gats in via Montsiò, dove Barceló e i suoi comparì si riunivano per discorrere di poeti maledetti, lingue morte e capolavori sprecati in mano alla gente comune.

Els Quatre Gats era a due passi da casa mia ed era uno dei miei angoli preferiti di tutta Barcellona. I miei genitori si erano conosciuti lì nel 1932, ed io attribuivo in parte il mio biglietto di andata per questo mondo al fascino di quell'antico bar.



Dragones de piedra custodiaban la fachada enclavada en un cruce de sombras y sus farolas de gas congelaban el tiempo y los recuerdos. En el interior, las gentes se fundían con los ecos de otras épocas. Contables, soñadores y aprendices de genio compartían mesa con el espejismo de Pablo Picasso, Isaac Albéniz, Federico García Lorca o Salvador Dalí. Allí, cualquier pelagatos podía sentirse por unos instantes figura histórica por el precio de un cortado.

–Hombre, Sempere –proclamó Barceló al ver entrar a mi padre–, el hijo pródigo. ¿A qué se debe el honor?

–El honor se lo debe usted a mi hijo Daniel, don Gustavo, que acaba de hacer un descubrimiento.

–Pues vengan a sentarse con nosotros, que esta efemérides hay que celebrarla –proclamó Barceló.

–¿Efemérides? –le susurré a mi padre.

–Barceló se expresa sólo en esdrújulas –respondió mi padre a media voz–. Tú no digas nada, que se envalentona.

Los contertulios nos hicieron sitio en su círculo y Barceló, que gustaba de mostrarse espléndido en público, insistió en invitarnos.

–¿Qué edad tiene el mozalbete? –inquirió Barceló, mirándome de reojo.

–Casi once años –declaré. Barceló me sonrió, socarrón.

–O sea, diez. No te pongas años de más, sabandijilla, que ya te los pondrá la vida.

Varios de los contertulios murmuraron su asentimiento. Barceló hizo señas a un camarero con aspecto inminente de ser declarado monumento histórico para que se acercase a tomar nota.

–Un coñac para mi amigo Sempere, del bueno, y para el retoño una leche merengada, que tiene que crecer. Ah, y traiga unos taquitos de jamón, pero que no sean como los de antes, ¿eh?, que para caucho ya está la casa Pirelli –rugió el librero.

Draghi di pietra sorvegliavano l'entrata avvolta in un intreccio di ombre, e le loro lanterne congelavano il tempo e i ricordi. All'interno del bar, le persone si fondevano con gli echi di altre epoche. Contabili, sognatori e apprendisti geni si sedevano a tavola con i fantasmi di Pablo Picasso, Isaac Albéniz, Federico García Lorca o Salvador Dalí. In quel luogo, anche un povero diavolo poteva sentirsi qualcuno per il prezzo di un caffè macchiato.

–Guarda chi si vede! Sempere, il figliol prodigo– esclamò Barceló vedendo entrare mio padre. A cosa dobbiamo l'onore?

–L'onore si deve a mio figlio Daniel, don Gustavo, che ha appena fatto una scoperta.

–Venite a sedervi con noi allora, che bisogna festeggiare quest'effemeride – dichiarò Barceló.

–Effemeride? – bisbigliai a mio padre.

–Barceló usa solo parole sdruciole –mi sussurrò mio padre in risposta. Tu non farci caso, che sennò poi si monta la testa.

Gli altri membri del gruppo ci fecero spazio al loro tavolo e Barceló, che amava mettersi in mostra in pubblico, insistette nell'offerirci qualcosa.

–Quanti anni ha il giovanotto? chiese Barceló, guardandomi di sottocchi.

–Quasi undici –affermai io.

Barceló mi sorrise con fare saccente.

–Dieci, quindi. Non darti più anni di quelli che hai, piccolo furfante, che ci penserà già la vita a farlo.

Diversi dei suoi colleghi mormorarono il loro assenso. Barceló fece un cenno a un cameriere che aveva l'aspetto di chi sta per essere dichiarato monumento nazionale.

–Un cognac per il mio amico Sempere, quello buono, e una *leche merengada*<sup>25</sup> per il piccoletto, che ha bisogno di crescere. Ah, e già che ci siamo, ci porti anche dei cubetti di prosciutto, ma che non siano come quelli di prima, la prego, che la gomma ci pensa già la Pirelli a farla –sbraitò il libraio.

---

25 Bibita spagnola tipicamente estiva simile a un frullato, a base di latte e uova montate a neve e al sapore di cannella.

El camarero asintió y partió, arrastrando los pies y el alma.

–Lo que yo digo –comentó el librero–. Cómo va a haber trabajo? Si en este país no se jubila la gente ni después de muerta. Mire usted al Cid. Si es que no hay remedio.

Barceló saboreó su pipa apagada, su mirada aguileña escrutando con interés el libro que yo sostenía en las manos. Pese a su fachada farandulera y a tanta palabrería, Barceló podía oler una buena presa como un lobo huele la sangre.

–A ver –dijo Barceló, fingiendo desinterés–. ¿Qué me traen ustedes?

Le dirigí una mirada a mi padre. Él asintió. Sin más preámbulo, le tendí el libro a Barceló. El librero lo tomó con mano experta. Sus dedos de pianista rápidamente exploraron textura, consistencia y estado. Exhibiendo su sonrisa florentina, Barceló localizó la página de edición y la inspeccionó con intensidad policial por espacio de un minuto. Los demás le observaban en silencio, como si esperasen un milagro o permiso para respirar de nuevo.

–Carax. Interesante –murmuró con tono impenetrable.

Tendí de nuevo mi mano para recuperar el libro. Barceló arqueó las cejas, pero me lo devolvió con una sonrisa glacial.

–¿Dónde lo has encontrado, chavalín?

–Es un secreto –repliqué, sabiendo que mi padre debía de estar sonriendo por dentro.

Barceló frunció el ceño y desvió la mirada hacia mi padre.

–Amigo Sempere, porque es usted y por todo el aprecio que le tengo y en honor a la larga y profunda amistad que nos une como a hermanos, dejémoslo en cuarenta duros y no se hable más.

–Eso lo va a tener que discutir con mi hijo –adujo mi padre–. El libro es suyo.

Barceló me ofreció una sonrisa lobuna.

–¿Qué me dices, muchachete? Cuarenta duros no está mal para una primera venta... Sempere, este chico suyo hará carrera en este negocio.

Los contertulios le rieron la gracia. Barceló me miró complacido, sacando su billetero de piel. Contó los cuarenta duros, que para aquel entonces eran toda una

Il cameriere annuì e si allontanò, trascinando i piedi come un'anima in pena.

–Proprio quello che intendevo –commentò il libraio– Come si fa a trovare lavoro se in questo paese la gente non va in pensione nemmeno da morta? Basti vedere El Cid. Così non ne usciamo.

Barceló assaporò la sua pipa spenta, osservando con sguardo da predatore il libro che tenevo tra le mani. Malgrado il suo fare teatrale e tutta la sua parlantina, Barceló era capace di fiutare una buona preda come un lupo fiuta il sangue.

–Vediamo un po' –disse Barceló, fingendosi disinteressato–. Che cosa mi avete portato?

Lanciai uno sguardo verso mio padre. Lui annuì. Senza tanti preamboli, consegnai il libro a Barceló. Il libraio lo prese tra le mani con fare esperto. Le sue dita da pianista ne esplorarono rapidamente superficie, stato e consistenza. Sfoggiando il suo sorriso fiorentino, Barceló individuò la pagina con i dati di pubblicazione e la esaminò con la serietà di un poliziotto per la durata di un minuto. Gli altri lo osservavano in silenzio, come se stessero aspettando un miracolo o il permesso di riprendere a respirare.

–Carax. Interessante –mormorò con tono indecifrabile.

Allungai nuovamente la mano per recuperare il libro. Barceló inarcò le sopracciglia, ma mi restituì il libro con un sorriso glaciale.

–Dove lo hai trovato, ragazzino?

–È un segreto –risposi, immaginando che mio padre stesse sorridendo tra sé e sé.

Barceló aggrottò le sopracciglia e spostò lo sguardo verso mio padre.

–Sempere, amico mio, in nome del rispetto che ho per lei e della nostra lunga e profonda amicizia fraterna, facciamo duecento *pesetas* e non ne parliamo più.

–Dovrai discuterne con mio figlio, il libro è suo –rispose mio padre.

Barceló mi rivolse un sorriso lupesco.

–Cosa ne dici, ragazzino? Duecento *pesetas* non è male per essere la tua prima vendita... Sempere, suo figlio ne farà di strada.

Il resto del gruppo rise a quel commento. Barceló mi guardò compiaciuto mentre estraeva il suo portafoglio di pelle. Contò le duecento *pesetas*, che a quel tempo

fortuna, y me los tendió. Yo me limité a negar en silencio. Barceló frunció el ceño.

–Mira que la codicia es pecado mortal de necesidad, ¿eh? –adujo–. Venga, sesenta duros y te abres una cartilla de ahorro, que a tu edad ya hay que pensar en el futuro.

Negué de nuevo. Barceló le lanzó una mirada airada a mi padre a través de su monóculo.

–A mí no me mire –dijo mi padre–. Yo aquí sólo vengo de acompañante.

Barceló suspiró y me observó detenidamente. A ver, niño, pero ¿tú qué es lo que quieres?

–Lo que quiero es saber quién es Julián Carax, y dónde puedo encontrar otros libros que haya escrito.

Barceló rió por lo bajo y enfundó de nuevo su billetera, reconsiderando a su adversario.

–Vaya, un académico. Sempere, pero ¿qué le da usted de comer a este crío? –bromeó.

El librero se inclinó hacia mí con tono confidencial y, por un instante, me pareció entrever en su mirada un cierto respeto que no había estado allí momentos atrás.

–Haremos un trato –me dijo–. Mañana domingo, por la tarde, te pasas por la biblioteca del Ateneo y preguntas por mí. Tú te traes tu libro para que lo pueda examinar bien, y yo te cuento lo que sé de Julián Carax. Quid pro quo.

–¿Quid pro qué?

–Latín, chaval. No hay lenguas muertas, sino cerebros aletargados. Parafraseando, significa que no hay duros a cuatro pesetas, pero que me has caído bien y te voy a hacer un favor.

Aquel hombre destilaba una oratoria capaz de aniquilar las moscas al vuelo, pero sospeché que si quería averiguar algo sobre Julián Carax, más me valdría quedar en buenos términos con él. Le sonreí beatíficamente, mostrando mi deleite con los latinajos y su verbo fácil.

erano una fortuna, e li tese verso di me. Io mi limitai a scuotere la testa in silenzio. Barceló aggrottò le sopracciglia.

–Guarda che l'avidità è un peccato mortale eh? –disse. –Dai, facciamo trecento *pesetas* e ti apri un libretto di risparmio, che alla tua età bisogna cominciare a pensare al futuro.

Rifiutai nuovamente. Barceló lanciò un'occhiata adirata a mio padre attraverso il suo monocolo.

–Non guardare me –disse mio padre–. Io sono qui solo in veste di accompagnatore.

Barceló sospirò e mi osservò a lungo.

–Ma allora, ragazzo, tu cos'è che vuoi da me?

–Voglio sapere chi è Julián Carax e dove posso trovare altri libri scritti da lui.

Barceló fece una risata sommessa e rimise in tasca il suo portafoglio, riconsiderando il suo avversario.

–Ma pensa te, un intellettuale. Sempere, ma cosa gli dai da mangiare a questo bambino? –scherzò.

Il libraio si piegò verso di me e, per un istante, mi sembrò di vedere nel suo sguardo un certo rispetto che prima non c'era.

–Facciamo un patto –mi disse in tono confidenziale–. Domenica pomeriggio, domani, fai un salto alla biblioteca dell'Ateneo Barcelonés e chiedi di me. Tu ti porti il libro, così lo posso esaminare per bene, e io ti racconto tutto quello che so su Julián Carax. *Quid pro quo*.

–Quid pro che?

–Latino, ragazzo. Non esistono lingue morte, solo cervelli in letargo. In parole povere, significa che tutto ha un prezzo, ma mi stai simpatico e voglio farti un favore.

Quell'uomo trasudava un'abilità oratoria capace di abbattere le mosche in volo, ma sospettavo che se volevo sapere qualcosa su Julián Carax era meglio restare in buoni rapporti con lui. Perciò, offrii un sorriso angelico di apprezzamento al suo pessimo latino e alla sua prolissità.

–Recuerda, mañana, en el Ateneo –sentenció el librero. Pero trae el libro, o no hay trato.

–De acuerdo.

La conversación se desvaneció lentamente en el murmullo de los demás contertulios, derivando hacia la discusión de unos documentos encontrados en los sótanos de El Escorial que sugerían la posibilidad de que don Miguel de Cervantes no había sido sino el seudónimo literario de una velluda mujerona toledana. Barceló, ausente, no participó en el debate bizantino y se limitó a observarme desde su monóculo con una sonrisa velada. O quizá tan sólo miraba el libro que yo sostenía en las manos.

## 2

Aquel domingo, las nubes habían resbalado del cielo y las calles yacían sumergidas bajo una laguna de neblina ardiente que hacía sudar los termómetros en las paredes. A media tarde, rondando ya los treinta grados, partí rumbo a la calle Canuda para mi cita con Barceló en el Ateneo con mi libro bajo el brazo y un lienzo de sudor en la frente. El Ateneo era –y aún es– uno de los muchos rincones de Barcelona donde el siglo XIX todavía no ha recibido noticias de su jubilación. La escalinata de piedra ascendía desde un patio palaciego hasta una retícula fantasmal de galerías y salones de lectura donde invenciones como el teléfono, la prisa o el reloj de muñeca resultaban anacronismos futuristas. El portero, o quizá tan sólo fuera una estatua de uniforme, apenas pestañeó a mi llegada. Me deslicé hasta el primer piso, bendiciendo las aspas de un ventilador que susurraba entre lectores adormecidos derritiéndose como cubitos de hielo sobre sus libros y diarios.

La silueta de don Gustavo Barceló se recortaba junto a las cristaleras de una galería que daba al jardín interior del edificio. Pese a la atmósfera casi tropical, el librero vestía sus habituales galas de figurín y su monóculo brillaba en la penumbra como una moneda en el fondo de un pozo. Junto a él distinguí una

–Ricorda, domani all'Ateneo Barcelonés –concluse il libraio–. E porta il libro, o niente accordo.

–Va bene.

La conversazione si dissolse lentamente nel mormorio degli altri membri del gruppo, andando a finire su certi documenti trovati nei sotterranei del palazzo di El Escorial che sembravano suggerire la possibilità che Don Miguel de Cervantes non fosse altro che lo pseudonimo letterario di una donna pelosa di Toledo. Barceló, assente, non prese parte al dibattito bizantino e si limitò ad osservarmi da dietro il suo monocolo con un sorriso velato. O forse stava osservando solamente il libro che tenevo tra le mani.

## 2

Quella domenica, le nuvole erano scese dal cielo e le strade giacevano sommerse in una laguna di foschia torrida che faceva sudare i termometri sulle pareti. Nel pomeriggio, con la temperatura che sfiorava ormai i trenta gradi, mi avviai verso via Canuda per il mio appuntamento con Barceló all' Ateneo Barcelonés, con il libro sotto il braccio e una tela di sudore sulla fronte. L'Ateneo Barcelonés era – ed è tutt'ora– uno dei molti angoli di Barcellona in cui il diciannovesimo secolo non era ancora andato in pensione. Una grande scalinata di pietra collegava un patio sontuoso a uno spettrale intreccio di gallerie e sale di lettura in cui invenzioni come il telefono, la fretta o l'orologio da polso sembravano anacronismi futuristici. Il custode non batté ciglio nel vedermi arrivare –forse era solo una statua in uniforme. Mi spostai rapidamente al primo piano, ringraziando il cielo per le pale del ventilatore che sussurrava tra i lettori insonnoliti, impegnati a sciogliersi come cubetti di ghiaccio sui loro libri e quaderni.

La sagoma di don Gustavo Barceló si delineava contro le vetrate di una galleria che dava al cortile interno dell'edificio. Malgrado il clima quasi tropicale, il libraio indossava i suoi soliti vestiti da damerino e il suo monocolo brillava nella penombra come una monetina sul fondo di un pozzo. Di fianco a lui scorsi una



figura enfundada en un vestido de alpaca blanca que se me antojó un ángel esculpido en brumas. Al eco de mis pasos, Barceló entornó la mirada y me hizo un ademán para que me aproximase.

–Daniel, ¿verdad? –preguntó el librero–. ¿Has traído el libro?

Asentí por duplicado y acepté la silla que Barceló me brindaba junto a él y a su misteriosa acompañante. Durante varios minutos, el librero se limitó a sonreír plácidamente, ajeno a mi presencia. Al poco abandoné toda esperanza de que me presentase a quien fuera que fuese la dama de blanco. Barceló se comportaba como si ella no estuviese allí y ninguno de los dos pudiese verla. La observé de reojo, temeroso de encontrar su mirada, que seguía perdida en ninguna parte. Su rostro y sus brazos vestían una piel pálida, casi translúcida. Tenía los rasgos afilados, dibujados a trazo firme bajo una cabellera negra que brillaba como piedra humedecida. Le calculé unos veinte años a lo sumo, pero algo en su porte y en el modo en que el alma parecía caerle a los pies, como las ramas de un sauce, me hizo pensar que no tenía edad. Parecía atrapada en ese estado de perpetua juventud reservado a los maniqués en los escaparates de postín. Estaba intentando leerle el pulso bajo aquella garganta de cisne cuando advertí que Barceló me observaba fijamente.

–Entonces, ¿vas a decirme dónde encontraste ese libro? –preguntó.

–Lo haría, pero prometí a mi padre guardar el secreto –aduje.

–Ya veo. Sempere y sus misterios –dijo Barceló–. Ya me figuro yo dónde. Menuda potra has tenido, chaval. A eso le llamo yo encontrar una aguja en un campo de azucenas. A ver, ¿me lo dejas ver?

Le tendí el libro, y Barceló lo tomó en sus manos con infinita delicadeza.

–Lo has leído, supongo.

–Sí, señor.

–Te envidio. Siempre me ha parecido que el momento para leer a Carax es cuando todavía se tiene el corazón joven y la mente limpia. ¿Sabías que ésta fue la última novela que escribió?

figura avvolta in un abito di alpaca bianca che mi sembrava un angelo scolpito nella nebbia. Quando Barceló udì l'eco dei miei passi, socchiuse gli occhi e mi fece segno di avvicinarmi.

–Daniel, giusto? –chiese il libraio–. Hai portato il libro?

Annuii due volte e accettai la sedia che Barceló mi offrì di fianco a lui e alla sua misteriosa accompagnatrice. Per vari minuti il libraio si limitò a sorridere tranquillamente, ignorando la mia presenza. Dopo un po' di tempo persi ogni speranza di scoprire chi fosse la donna vestita di bianco: Barceló non sembrava intenzionato a presentarmela, anzi, si comportava come se lei non fosse lì e nessuno dei due la potesse vedere. La osservai con la coda dell'occhio, temendo di incrociare il suo sguardo, ma lei continuava a fissare il vuoto. La pelle del suo viso e delle sue braccia era pallida, quasi traslucida. Aveva lineamenti taglienti, tracciati a pennellate decise sotto una chioma scura che brillava come pietra inumidita. Non sembrava avere più di vent'anni, ma qualcosa nel suo portamento e in quell'aria triste, come i rami di un salice, mi faceva pensare che non avesse età. Sembrava prigioniera di quello stato di eterna giovinezza riservato ai manichini delle vetrine di alta classe. Stavo verificando la presenza di pulsazioni al di sotto di quel collo da cigno quando mi resi conto che Barceló mi stava fissando intensamente.

–Hai intenzione di dirmi dove hai trovato questo libro, sì o no? –chiese.

–Lo farei, ma ho promesso a mio padre che avrei mantenuto il segreto –risposi.

–Capisco. Sempere e i suoi misteri –disse Barceló–. Posso solo immaginare dove l'hai trovato! Hai avuto un bel colpo di fortuna, ragazzo. Quello che io chiamo “trovare un ago in un campo di gigli”. Me lo lasci vedere?

Gli porsi il libro e lui lo prese in mano con infinita delicatezza.

–Immagino tu l'abbia letto.

–Sì, signore.

–Ti invidio. Ho sempre pensato che il momento giusto per leggere un libro di Carax è quando si ha ancora il cuore giovane e la mente pulita. Sapevi che questo è l'ultimo romanzo che ha scritto?

Negué en silencio.

–¿Sabes cuántos ejemplares como éste hay en el mercado, Daniel?

–Miles, supongo.

–Ninguno –precisó Barceló–. Excepto el tuyo. El resto fueron quemados.

–¿Quemados?

Barceló se limitó a ofrecer su sonrisa hermética, pasando hojas del libro y acariciando el papel como si fuese una seda única en el universo. La dama de blanco se volvió lentamente. Sus labios esbozaron una sonrisa tímida y temblorosa. Sus ojos palpaban el vacío, pupilas blancas como el mármol. Tragó saliva. Estaba ciega.

–Tú no conoces a mi sobrina Clara, ¿verdad? –preguntó Barceló.

Me limité a negar, incapaz de quitar la mirada de aquella criatura con tez de muñeca de porcelana y ojos blancos, los ojos más tristes que he visto jamás.

–En realidad, la experta en Julián Carax es Clara, por eso la he traído –dijo Barceló.

–Es más, pensándolo bien, creo que con vuestro permiso yo me voy a retirar a otra sala a inspeccionar este volumen mientras vosotros habláis de vuestras cosas. ¿Os parece?

Le miré, atónito. El librero, pirata hasta la sepultura y ajeno a mis reservas, se limitó a darme una palmadita en la espalda y partió con mi libro bajo el brazo.

–Le has impresionado, ¿sabes? –dijo la voz a mi espalda.

Me volví para descubrir la sonrisa leve de la sobrina del librero, tanteando en el vacío. Tenía la voz de cristal, transparente y tan frágil que me pareció que sus palabras se quebrarían si la interrumpía a media frase.

–Mi tío me ha dicho que te ofreció una buena suma por el libro de Carax, pero que tú la rechazaste –añadió Clara–. Te has ganado su respeto.

–Cualquiera lo diría –suspiré.

Observé que Clara ladeaba la cabeza al sonreír y que sus dedos jugueteaban con

Scossi la testa.

–Sai quante copie come questa ci sono sul mercato attualmente, Daniel?

–Migliaia, immagino.

–Nessuna –precisò Barceló. Tranne la tua. Tutte le altre sono state bruciate.

–Bruciate?

Barceló si limitò ad offrirmi un sorriso ermetico, sfogliando le pagine del libro e accarezzandone la carta come se si trattasse di una seta unica nell'universo. La donna in bianco si girò lentamente. Le sue labbra abbozzarono un sorriso timido e tremolante. I suoi occhi scrutavano il vuoto, le pupille bianche come il marmo. Trasalii. Era cieca.

–Tu non conosci mia nipote Clara, non è vero? –chiese Barceló.

Mi limitai a scuotere la testa, incapace di togliere gli occhi di dosso da quella creatura con la pelle da bambola di porcellana e gli occhi bianchi, i più tristi che avessi mai visto.

–A dire il vero, l'esperta di Julián Carax è Clara, per questo l'ho fatta venire qui – disse Barceló.

–Oltretutto, a pensarci bene, con il vostro permesso credo sarebbe ancora meglio se io me ne andassi in un'altra sala ad esaminare il libro e vi lasciassi qui a parlare delle vostre cose. Che ne dite?

Lo guardai, sbalordito. Il libraio, canaglia fino in fondo, ignorando la mia titubanza, mi diede semplicemente una pacca sulla spalla e se ne andò con il mio libro sotto il braccio.

–Gli piaci, sai? –disse la voce alle mie spalle.

Mi girai e vidi il lieve sorriso della nipote del libraio che mi cercava nel vuoto. Aveva una voce cristallina, trasparente e così fragile che le sue parole sarebbero potute andare in mille pezzi se l'avessi interrotta.

–Mio zio mi ha detto di averti offerto una buona somma per il libro di Carax, e che tu hai rifiutato –aggiunse Clara–. Ti sei guadagnato il suo rispetto.

–Se lo dici tu –dissi, sospirando.

Notai che Clara piegava la testa da un lato quando sorrideva e che le sue dita

un anillo que parecía una guirnalda de zafiros.

—¿Qué edad tienes? —preguntó.

—Casi once años —respondí—. ¿Y usted?

Clara rió ante mi insolente inocencia.

—Casi el doble, pero tampoco es como para que me trates de usted.

—Parece usted más joven —apunté, intuyendo que aquello podía ser una buena salida a mi indiscreción.

—Me fiaré de ti entonces, porque yo no sé qué aspecto tengo —repuso, sin abandonar su sonrisa a media vela—. Pero si te parezco más joven, razón de más para que me trates de tú.

—Lo que usted diga, señorita Clara.

Observé detenidamente sus manos abiertas como alas sobre su regazo, su talle frágil insinuándose bajo los pliegues de alpaca, el dibujo de sus hombros, la extrema palidez de su garganta y el cierre de sus labios, que hubiera querido acariciar con la yema de los dedos. Nunca antes había tenido la oportunidad de examinar a una mujer tan de cerca y con tanta precisión sin temor a encontrarme con su mirada.

—¿Qué miras? —preguntó Clara, no sin cierta malicia.

—Su tío dice que es usted una experta en Julián Carax —improvisé, con la boca seca.

—Mi tío sería capaz de decir cualquier cosa con tal de pasar un rato a solas con un libro que le fascine —adujo Clara—. Pero tú debes preguntarte cómo alguien que está ciego puede ser experto en libros si no los puede leer.

—No se me había ocurrido, la verdad.

—Para tener casi once años no mientes mal. Vigila, o acabarás como mi tío.

Temiendo meter la pata por enésima vez, me limité a permanecer sentado en silencio, contemplándola embobado.

—Anda, acércate —dijo ella.

—¿Perdón?

—Acércate sin miedo. No te voy a comer.

giocherellavano con un anello che ricordava una corona di zaffiri.

–Quanti anni hai? –mi chiese.

–Quasi undici –risposi–. E lei?

Clara rise della mia insolente innocenza.

–Quasi il doppio, ma non c'è bisogno che tu mi dia del lei.

–Però lei sembra più giovane –aggiunsi, sperando che quello fosse un buon modo di giustificare la mia indiscrezione.

–Mi fido di te allora, perché io non so quale sia il mio aspetto –rispose, senza perdere il suo sorriso velato–. Ma se ti sembra più giovane, a maggior ragione, dammi del tu.

–Come vuole, signorina Clara.

Osservai con attenzione le sue mani aperte come ali sul grembo, la sua vita sottile che s'insinuava tra le pieghe della lana di alpaca, la forma delle sue spalle, la gola estremamente pallida e le linee delle sue labbra, che avrei voluto accarezzare con la punta delle dita. Non avevo mai avuto l'occasione di esaminare una donna così a fondo e così da vicino prima d'ora, senza dovermi preoccupare di incrociare il suo sguardo.

–Cosa stai guardando? –chiese Clara, non senza una certa malizia.

–Suo zio dice che è un'esperta di Julián Carax –improvvisai, con la bocca secca.

–Mio zio sarebbe capace di dire qualsiasi cosa pur di ottenere un po' di tempo da solo con un libro che lo affascina –disse Clara–. Tu, invece, dovresti chiederti come può una persona cieca essere esperta di libri, se non li può leggere.

–Non ci avevo pensato, effettivamente.

–Non sei male come bugiardo, per avere quasi undici anni. Stai attento, o farai la fine di mio zio.

Temendo di fare l'ennesima brutta figura, decisi di rimanere seduto in silenzio, osservandola imbambolato.

–Su, avvicinati –disse lei.

–Come, scusi?

–Avvicinati, non avere paura. Non ti mangio.

Me incorporé de la silla y me aproximé hasta donde Clara estaba sentada. La sobrina del librero alzó la mano derecha, buscándome a tientas. Sin saber bien cómo debía proceder, hice otro tanto y le ofrecí mi mano. La tomó en su mano izquierda, y Clara me ofreció en silencio su derecha. Comprendí intuitivamente lo que me pedía, y la guié hasta mi rostro. Su tacto era firme y delicado a un tiempo. Sus dedos me recorrieron las mejillas y los pómulos. Permanecí inmóvil, casi sin atreverme a respirar, mientras Clara leía mis facciones con sus manos. Mientras lo hacía, sonreía para sí y pude advertir que sus labios se entrecerraban, como murmurando en silencio. Sentí el roce de sus manos en la frente, en el pelo y en los párpados. Se detuvo sobre mis labios, dibujándolos en silencio con el índice y el anular. Los dedos le olían a canela. Tragué saliva, notando que el pulso se me lanzaba a la brava y agradeciendo a la divina providencia que no hubiera testigos oculares para presenciar mi sonrojo, que hubiera bastado para prender un habano a un palmo de distancia.

### 3

Aquella tarde de brumas y llovizna, Clara Barceló me robó el corazón, la respiración y el sueño. Al amparo de la luz embrujada del Ateneo, sus manos escribieron en mi piel una maldición que habría de perseguirme durante años. Mientras yo la contemplaba embelesado, la sobrina del librero me explicó su historia y cómo ella había tropezado, también por casualidad, con las páginas de Julián Carax. El accidente había tenido lugar en un pueblo de la Provenza. Su padre, abogado de prestigio vinculado al gabinete del presidente Companys, había tenido la clarividencia de enviar a su hija y a su esposa a vivir con su hermana al otro lado de la frontera al inicio de la guerra civil. No faltó quien opinase que aquello era una exageración, que en Barcelona no iba a pasar nada y que en España, cuna y pináculo de la civilización cristiana, la barbarie era cosa de los anarquistas, y éstos, en bicicleta y con parches en los calcetines, no podían llegar muy lejos. Los pueblos no se miran nunca en el espejo, decía siempre el

Mi alzai dalla sedia e mi avvicinai a lei. La nipote del libraio alzò la mano destra, cercandomi a tentoni. Senza sapere bene come procedere, feci la stessa cosa e le porsi la mia mano. La prese con la sua mano sinistra, e mi porse in silenzio la sua mano destra. Intuii quello che mi stava chiedendo, così la guidai verso il mio viso. Il suo tocco era deciso e delicato allo stesso tempo. Le sue dita esploravano le mie guance e i miei zigomi. Rimasi immobile, quasi senza il coraggio di respirare, mentre Clara leggeva i tratti del mio viso con le sue mani. Mentre lo faceva, sorrideva tra sé e sé, e potevo sentire le sue labbra aprirsi e chiudersi lentamente, come se stessero mormorando in silenzio. Sentii le sue mani sfiorarmi la fronte, i capelli e le palpebre. Si soffermò sulle mie labbra, tracciandone il contorno con l'indice e l'anulare, in silenzio. Le sue dita profumavano di cannella. Deglutii, sentendo il cuore che cominciava a battermi all'impazzata, e ringraziando il cielo che non ci fossero testimoni oculari di quel momento: le mie guance infiammate avrebbero potuto accendere un sigaro anche a un palmo di distanza.

### 3

Quel pomeriggio di nebbia e pioviggine, Clara Barceló mi rubò il cuore, il respiro e il sonno. Nella penombra magica dell'Ateneo Barcelonés, le sue mani tracciarono sulla mia pelle una maledizione che mi avrebbe perseguitato per anni. Mentre io la osservavo rapito, la nipote del libraio mi raccontò la sua storia, e di come anche lei si era imbattuta per caso nelle pagine di Julián Carax in un paesino della Provenza. All'inizio della guerra civile, suo padre –un prestigioso avvocato legato al governo del presidente Companys<sup>26</sup>– aveva avuto la lungimiranza di mandare la figlia e la moglie a vivere con la sorella dall'altra parte del confine. Qualcuno sostenne che fosse un'esagerazione, che non sarebbe successo nulla a Barcellona. In Spagna, culla della civiltà cristiana, la barbarie era una cosa da anarchici, e questi, con le loro bici e le loro pezze sui calzini, non sarebbero andati lontano. Il padre di Clara diceva che gli stati non si guardano

---

26 Presidente della Generalitat de Catalunya dal 1933 al 1940.



padre de Clara, y menos con una guerra entre las cejas. El abogado era un buen lector de la historia y sabía que el futuro se leía en las calles, las factorías y los cuarteles con más claridad que en la prensa de la mañana. Durante meses le escribió todas las semanas. Al principio lo hacía desde el bufete de la calle Diputación, luego sin remite y, finalmente, a escondidas, desde una celda en el castillo de Montjuïc donde, como a tantos, nadie le vio entrar y de donde nunca volvió a salir.

La madre de Clara leía las cartas en voz alta, disimulando mal el llanto y saltándose los párrafos que su hija intuía sin necesidad de leerlos. Más tarde, a medianoche, Clara convencía a su prima Claudette para que le leyese de nuevo las cartas de su padre en su integridad. Así era cómo Clara leía, con ojos de prestado. Nadie la vio nunca derramar una lágrima, ni cuando dejaron de recibir correspondencia del abogado ni cuando las noticias de la guerra hicieron suponer lo peor.

—Mi padre sabía desde el principio lo que iba a pasar —explicó Clara—. Permaneció al lado de sus amigos porque pensaba que ésa era su obligación. Le mató la lealtad a gentes que, cuando les llegó la hora, le traicionaron. Nunca te fíes de nadie, Daniel, especialmente de la gente a la que admiras. Ésos son los que te pegarán las peores puñaladas.

Clara pronunciaba estas palabras con una dureza que parecía forjada en años de secreto y sombra. Me perdí en su mirada de porcelana, ojos sin lágrimas ni engaños, escuchándola hablar de cosas que por entonces yo no entendía. Clara describía personas, escenarios y objetos que nunca había visto con sus propios ojos con un detalle y una precisión de maestro de la escuela flamenca. Su idioma eran las texturas y los ecos, el color de las voces, el ritmo de los pasos. Me explicó cómo, durante los años del exilio en Francia, ella y su prima Claudette habían compartido un tutor y maestro particular, un cincuentón borrachín con

mai allo specchio, e ancora meno quando nell'aria aleggia la guerra. L'avvocato conosceva bene la storia e sapeva che il futuro si poteva leggere molto più chiaramente nelle strade, nelle fabbriche e nelle caserme che non nel giornale del mattino. Per mesi, scrisse lettere alla figlia e alla moglie tutte le settimane. All'inizio lo faceva dallo studio in via Diputaciòn, poi cominciò a inviarle senza l'indicazione del mittente e, alla fine, dovette scriverle di nascosto, da una cella del castello di Montjuïc dove, come molti altri prima e dopo di lui, nessuno lo vide fare ingresso né ritorno.

La madre di Clara leggeva le lettere ad alta voce, nascondendo a stento l'impulso di piangere e saltando i paragrafi che la figlia intuiva senza bisogno di leggerli. Ore dopo, a mezzanotte, Clara convinceva sua cugina Claudette a leggerle nuovamente le lettere del padre, questa volta per intero. È così che Clara leggeva, attraverso occhi prestati. Nessuno la vide mai versare una lacrima, né quando smisero di arrivare lettere dall'avvocato, né quando le notizie della guerra fecero sospettare il peggio.

–Mio padre aveva capito fin dall'inizio come sarebbe andata a finire –spiegò Clara–. Rimase a fianco dei suoi amici perché pensava che fosse suo dovere farlo. A ucciderlo fu la sua lealtà verso persone che, quando arrivò la loro ora, lo tradirono. Non fidarti mai di nessuno, Daniel, specialmente delle persone che guardi con ammirazione. Sono quelle che ti daranno le peggiori pugnalate alle spalle.

Clara pronunciava queste parole con una durezza che sembrava forgiata da anni e anni di segreti e ombre. Mi persi nel suo sguardo di porcellana, occhi senza lacrime né inganni, ascoltandola parlare di cose che allora non potevo capire. Clara descriveva persone, ambienti e oggetti che non aveva mai visto con una precisione di dettagli degna di un artista della scuola fiamminga, usando una lingua fatta di trame ed echi, del colore delle voci, del ritmo dei passi. Mi spiegò che durante gli anni del suo esilio in Francia, lei e sua cugina Claudette avevano avuto un insegnante privato, un ubriaccone sulla cinquantina con l'aria da

ínfulas de literato que alardeaba de poder recitar la *Eneida* de Virgilio en latín sin acento y al que habían apodado como Monsieur Roquefort en virtud del peculiar aroma que su persona destilaba pese a los baños romanos de colonia y perfume con que adobaba su pantagruélica persona. Monsieur Roquefort, pese a sus notables peculiaridades (entre las que destacaba una firme y militante convicción de que el embutido y en particular las morcillas que Clara y su madre recibían de los parientes de España eran mano de santo para la circulación y el mal de gota), era hombre de gustos refinados. Desde joven viajaba a París una vez al mes para enriquecer su acervo cultural con las últimas novedades literarias, visitar museos y, se rumoreaba, pasar una noche de asueto en brazos de una nínfula a la que había bautizado como madame Bovary pese a que se llamaba Hortense y tenía cierta propensión al vello facial. En sus excursiones culturales, Monsieur Roquefort solía frecuentar un puesto de libros usados apostado frente a Notre-Dame y fue allí donde, por casualidad, se tropezó una tarde de 1929 con una novela de un autor desconocido, un tal Julián Carax. Siempre abierto a las novedades, Monsieur Roquefort adquirió el libro más que nada porque el título le resultaba sugerente y él siempre acostumbraba a leer algo ligero en el tren de vuelta. La novela llevaba por título *La casa roja*, y en la contraportada aparecía una imagen borrosa del autor, quizá una fotografía o un apunte al carbón. Según el texto biográfico, Julián Carax era un joven de veintisiete años que había nacido con el siglo en la ciudad de Barcelona y ahora vivía en París, escribía en francés y ejercía profesionalmente como pianista nocturno en un local de alterne. El texto de la sobrecubierta, pomposo y apolillado al gusto de la época, proclamaba en prosa prusiana que aquélla era la primera obra de un valor deslumbrante, un talento proteico e insigne, promesa de futuro para las letras europeas sin parangón en el mundo de los vivos. Con todo, la sinopsis referida a continuación daba a entender que la historia contenía elementos vagamente siniestros y de tono folletinesco, lo cual a ojos de Monsieur Roquefort siempre era un punto a favor, porque a él, después de los clásicos, lo que más le gustaba eran las intrigas de crimen y alcoba.

letterato che si vantava di saper recitare l'Eneide di Virgilio in latino senza un accento straniero. Lo avevano soprannominato Signor Roquefort, in virtù del particolare aroma che emanava nonostante i numerosi bagni di colonia e profumo con cui ricopriva la sua figura pantagruelica. Malgrado le sue notevoli stranezze (tra le quali spiccava una ferma e incrollabile convinzione che gli insaccati, e in particolare il sanguinaccio che Clara e sua madre ricevevano dai parenti in Spagna, erano un vero e proprio toccasana per la circolazione e la gotta) il Signor Roquefort era un uomo dai gusti raffinati. Fin da quando era giovane, andava a Parigi una volta al mese per arricchire il suo bagaglio culturale con le ultime novità letterarie, visitare musei e, così si diceva, passare una notte di tregua tra le braccia di una giovane amante che aveva battezzato Madame Bovary, sebbene si chiamasse Hortense e avesse una faccia piuttosto pelosa. Durante le sue escursioni culturali, il Signor Roquefort visitava spesso una bancarella di libri usati situata di fronte alla chiesa di Notre-Dame. Fu lì che, un pomeriggio del 1929, per caso, s'imbatté in un romanzo di un autore sconosciuto, un tale Julián Carax. Il Signor Roquefort, sempre aperto alle novità, decise di comprarlo, più per il titolo suggestivo che per altro, e perché era solito leggersi sempre qualcosa di leggero sul treno del ritorno. Il titolo del romanzo era *La casa rossa* e nella quarta di copertina compariva un ritratto confuso dell'autore, forse una fotografia o uno schizzo a carboncino. Stando a quanto era scritto sulla biografia, Julián Carax era un giovane di ventisette anni, nato all'inizio del secolo nella città di Barcellona e trasferitosi poi a Parigi, dove viveva da allora. Scriveva in francese e lavorava come pianista notturno in una casa di piacere. Il testo della sovraccoperta, scritto nel pomposo e antiquato stile dell'epoca, proclamava con tono autorevole che quell'opera era un debutto eccezionale, frutto di un talento versatile e raffinato, promessa di un futuro per le letterature europee senza eguali. Nonostante ciò, la breve sinossi nelle righe successive dava ad intendere che la storia presentava elementi vagamente inquietanti e una buona dose di melodramma, che per il Signor Roquefort era un punto a favore, perché dopo i classici, ciò che più gli piaceva erano gli intrighi criminali e scandalistici.

*La casa roja* relataba la atormentada vida de un misterioso individuo que asaltaba jugueterías y museos para robar muñecos y títeres, a los que posteriormente arrancaba los ojos y llevaba a su vivienda, un fantasmal invernadero abandonado a orillas del Sena. Al irrumpir una noche en una mansión suntuosa de la avenue Foix para diezmar la colección privada de muñecos de un magnate enriquecido a través de turbias artimañas durante la revolución industrial, su hija, una señorita de la buena sociedad parisina, muy leída y fina ella, se enamoraba del ladrón. A medida que avanzaba el tortuoso romance, plagado de incidencias escabrosas y episodios a media luz, la heroína desentrañaba el misterio que llevaba al enigmático protagonista, que nunca revelaba su nombre, a cegar a los muñecos, descubría un horrible secreto sobre su propio padre y su colección de figuras de porcelana y se hundía inevitablemente en un final de tragedia gótica sin cuento.

Monsieur Roquefort, que era un corredor de fondo en las lides literarias y que se enorgullecía de poseer una amplia colección de cartas firmadas por todos los editores de París rechazando los tomos de verso y prosa que él les enviaba sin tregua, identificó la editorial que había publicado la novela como una casa del tres al cuarto, conocida, si acaso, por sus tomos de cocina, costura y otras artes del hogar. El dueño del puesto de libros usados le contó que la novela había salido apenas y que había conseguido arrancar un par de reseñas en dos diarios de provincias, junto a las notas necrológicas. En pocas líneas, los críticos se habían despachado a gusto y habían recomendado al novel Carax que no dejase su empleo de pianista, porque en la literatura estaba claro que no iba a dar la nota. Monsieur Roquefort, a quien se le ablandaba el corazón y el bolsillo ante las causas perdidas, decidió invertir medio franco y se llevó la novela del tal Carax junto con una edición exquisita del gran maestro, de quien se sentía heredero por reconocer, Gustave Flaubert.

*La casa rossa* raccontava la vita tormentata di un individuo che rapinava negozi di giocattoli e musei per rubare bambole e burattini: ne staccava poi gli occhi e li portava nella sua tana, un'inquietante serra abbandonata sulle rive della Senna. Una notte, il ladro decise di fare irruzione in una sontuosa villa del viale Foix per saccheggiare la collezione di bambole privata di un magnate arricchitosi grazie a una serie di stratagemmi illeciti durante la rivoluzione industriale. Quella notte, tuttavia, la figlia del magnate, una signorina molto colta e raffinata della buona società parigina, s'innamorò del ladro. Mano a mano che l'intricata storia si sviluppava, tra eventi scabrosi e incontri al buio, la ragazza scopriva le ragioni che portavano il protagonista misterioso – che non rivelava mai il suo nome – ad accecare le bambole e, allo stesso tempo, un orribile segreto sul padre e sulla sua collezione di bambole di porcellana. Il tutto sprofondava irrimediabilmente verso un finale da tragedia gotica senza eguali.

Il Signor Roquefort era anche un maratoneta in campo letterario e si vantava di possedere una vasta collezione di lettere firmate da tutti gli editori di Parigi che avevano rifiutato i volumi di prosa e poesie che aveva inviato loro incessantemente. Riconobbe facilmente, perciò, il nome della casa editrice che aveva pubblicato il romanzo: era una casa editrice insignificante, conosciuta, semmai, per i suoi libri di cucina, cucito e altri passatempi manuali. Il proprietario della bancarella di libri usati gli raccontò che il romanzo era stato pubblicato da poco e che era riuscito ad apparire giusto in un paio di recensioni su due giornali della provincia, vicino ai necrologi. In poche righe, i critici ne avevano dette di tutti i colori e avevano raccomandato al giovane Carax di non lasciare il suo lavoro da pianista, perché era evidente che la letteratura non fosse la sua strada. Il Signor Roquefort, a cui le cause perse facevano sciogliere il cuore e alleggerire il portafoglio, decise di investire mezzo franco e si portò a casa il romanzo del tale Carax, insieme ad una squisita edizione del gran maestro Gustave Flaubert, del quale si sentiva l'erede non ancora riconosciuto.

El tren a Lyon iba repleto hasta los topes y Monsieur Roquefort no tuvo más remedio que compartir su cabina de segunda clase con un par de religiosas que, tan pronto dejaron atrás la estación de Austerlitz, no cesaron de lanzarle miradas de reprobación, murmurando por lo bajo. Ante semejante escrutinio, el maestro optó por rescatar aquella novela de su cartera y parapetarse tras sus páginas. Cuál fue su sorpresa cuando, cientos de kilómetros más tarde, descubrió que había olvidado a las hermanas, el vaivén del tren y el paisaje que se deslizaba como un mal sueño de los hermanos Lumière tras las ventanas del tren. Leyó toda la noche, ajeno a los ronquidos de las religiosas y a las estaciones fugaces en la niebla. Girando la última página al despuntar el alba, Monsieur Roquefort descubrió que tenía lágrimas en los ojos y el corazón envenenado de envidia y asombro.

Aquel mismo lunes, Monsieur Roquefort llamó a la editorial de París para solicitar información sobre el tal Julián Carax. Tras mucha insistencia, una telefonista de tono asmático y disposición virulenta le respondió que el señor Carax no tenía dirección conocida, que de todos modos ya no estaba en tratos con la editorial en cuestión y que la novela *La casa roja* había vendido exactamente setenta y siete ejemplares desde el día de su publicación, presumiblemente adquiridos en su mayoría por las señoritas de virtud fácil y otros habituales del local donde el autor desgranaba nocturnos y polonesas por unas monedas. El resto de ejemplares habían sido devueltos y transformados en pasta de papel para imprimir misales, multas y billetes de lotería. La mísera fortuna del misterioso autor acabó por conquistar las simpatías de Monsieur Roquefort. Durante los siguientes diez años, en cada una de sus visitas a París, recorrería librerías de viejo en busca de más obras de Julián Carax. Nunca encontró ninguna. Casi nadie había oído hablar del autor, y a los que les sonaba, poco sabían. Había quien afirmaba que había publicado algunos libros más, siempre en editoriales de poca monta y con tirajes irrisorios. Esos libros, si realmente existían, eran imposibles de encontrar.

Il treno per Lione era pieno zeppo e il Signor Roquefort non ebbe altra scelta che condividere la sua cabina di seconda classe con un paio di suore che non avevano smesso di mormorare e lanciargli occhiate di disapprovazione fin da quando si erano lasciati la stazione di Austerlitz alle spalle. Non volendo fare i conti con quegli sguardi indagatori, il maestro decise di tirare fuori quel romanzo dalla sua valigetta e rifugiarsi tra le sue pagine. Con sua grande sorpresa, centinaia di chilometri più tardi si rese conto di aver dimenticato le suore, il viavai del treno e il paesaggio che scorreva al di là dei finestrini come un brutto sogno dei fratelli Lumière. Continuò a leggere per tutta la notte, ignorando il russare delle suore e le stazioni fugaci nella nebbia. Girando l'ultima pagina del libro allo spuntare dell'alba, il Signor Roquefort si scoprì con le lacrime agli occhi e il cuore avvelenato dall'invidia e dallo stupore.

Quel lunedì stesso, il Signor Roquefort chiamò la casa editrice parigina per avere ulteriori informazioni su Julián Carax. Dopo aver insistito a lungo, un'operatrice telefonica dal tono asmatico e predisposizione aggressiva gli rispose che l'indirizzo del signor Carax non era noto, e che in ogni caso egli non era più legato alla casa editrice in questione e che il romanzo *La casa rossa* aveva venduto esattamente settantasette copie dal giorno della sua pubblicazione, probabilmente acquistate per la maggior parte da signorine di facili costumi e altri clienti abituali del locale in cui l'autore dispensava notturni e *polonaise* per pochi spiccioli. Le copie invendute erano state restituite e macerate per farne messali, multe e biglietti della lotteria. La triste sorte dell'autore misterioso finì per conquistarsi la simpatia del Signor Roquefort. Nei dieci anni successivi, ogni volta che il Signor Roquefort si recava a Parigi, andava di libreria in libreria alla ricerca di altre opere di Julián Carax. Non ne trovò mai nessuna. Quasi nessuno aveva mai sentito parlare dell'autore, e quelli a cui il nome diceva qualcosa, sapevano comunque poco o niente. C'era chi sosteneva che aveva pubblicato qualche altro libro, sempre con case editrici di poco conto e in tirature irrisorie. Questi libri, se davvero esistevano, erano impossibili da trovare.



Un librero afirmó una vez haber tenido en sus manos un ejemplar de una novela de Julián Carax llamada *El ladrón de catedrales* pero de eso hacía ya tiempo y no estaba del todo seguro. A finales de 1935 le llegaron noticias de que una nueva novela de Julián Carax, *La Sombra del Viento*, había sido publicada por una pequeña editorial de París. Escribió a la editorial para adquirir varios ejemplares. Nunca recibió contestación. Al año siguiente, en la primavera del 36, su antiguo amigo en el puesto de libros en la orilla sur del Sena le preguntó si seguía interesado en Carax. Monsieur Roquefort afirmó que él nunca se rendía. Era ya cuestión de tozudez: si el mundo se empeñaba en enterrar a Carax en el olvido, a él no le daba la gana de pasar por el aro. Su amigo le explicó que semanas atrás había circulado un rumor acerca de Carax. Parecía que por fin su suerte había cambiado. Iba a contraer matrimonio con una dama de buena posición y había publicado una nueva novela después de varios años de silencio que, por primera vez, había recibido una reseña favorable en *Le Monde*. Pero justo cuando parecía que los vientos iban a cambiar de rumbo, explicó el librero, Carax se había visto complicado en un duelo en el cementerio de Père Lachaise. Las circunstancias que rodearon este suceso no estaban claras. Cuanto se sabía era que el duelo había tenido lugar al alba del día en que Carax tenía que contraer matrimonio, y que el novio nunca se presentó en la iglesia.

Había opiniones para todos los gustos: unos le hacían muerto en aquel duelo y su cadáver abandonado en una tumba anónima; otros, más optimistas, preferían creer que Carax, complicado en algún asunto turbio, había tenido que abandonar a su prometida en el altar y huir de París para regresar a Barcelona. La tumba sin nombre nunca fue encontrada y poco después había circulado otra versión: Julián Carax, perseguido por la desgracia, había muerto en su ciudad natal en la más absoluta de las miserias. Las chicas del burdel donde tocaba el piano habían hecho una colecta para pagarle un entierro decente. Cuando llegó el giro, el cadáver ya había sido enterrado en una fosa común, junto con los cuerpos de

Una volta un libraio affermò di aver avuto tra le mani una copia di un romanzo di Julián Carax intitolato *Il ladro di cattedrali*, ma era stato tanti anni prima e non ne era nemmeno più sicuro. Verso la fine del 1935 gli giunse voce che una piccola casa editrice di Parigi aveva pubblicato un romanzo di Julián Carax, *L'Ombra del Vento*. Scrisse alla casa editrice per acquistarne varie copie. Non ricevette mai alcuna risposta. L'anno successivo, nella primavera del 1936, il suo vecchio amico della bancarella dei libri sulla riva della Senna gli chiese se fosse ancora interessato a Carax. Il Signor Roquefort rispose che lui non si arrendeva mai. Ormai era una questione di testardaggine: se il mondo aveva deciso di seppellire Carax nel dimenticatoio, lui non aveva nessuna intenzione di farlo. Il suo amico gli spiegò che alcune settimane prima aveva cominciato a girare una voce su Carax. Sembrava che la sua sorte fosse finalmente cambiata per il meglio: stava per sposare una signorina di buona posizione sociale e, dopo svariati anni di silenzio, aveva pubblicato un nuovo romanzo che, per la prima volta, aveva ottenuto una recensione positiva sul *Le Monde*. Ma proprio quando sembrava che il vento girasse finalmente a suo favore, spiegò il libraio, Carax era stato coinvolto in un duello nel cimitero di Père Lachaise. Le circostanze di questo episodio non erano chiare. Tutto ciò che si sapeva era che il duello aveva avuto luogo all'alba del giorno in cui Carax si doveva sposare, e che lo sposo non si era presentato in chiesa.

C'erano opinioni per tutti i gusti: alcuni lo immaginavano morto in quel duello, e il suo cadavere abbandonato in una tomba anonima; altri, più ottimisti, preferivano credere che Carax, immischiato in qualche affare losco, aveva dovuto abbandonare la sua promessa sposa sull'altare e fuggire da Parigi per fare ritorno a Barcellona. La tomba senza nome non fu mai trovata e in seguito aveva cominciato a diffondersi una nuova voce: Julián Carax, perseguitato dalla sfortuna, era morto nella sua città natale nella miseria più assoluta. Le ragazze del bordello in cui suonava il pianoforte avevano fatto una colletta per pagargli una sepoltura decente. Tuttavia, quando la somma di denaro raccolto era arrivata

mendigos y gente sin nombre que aparecían flotando en el puerto o que morían de frío en la escalera del metro.

Aunque sólo fuese por llevar la contraria, Monsieur Roquefort no olvidó a Carax. Once años después de haber descubierto *La casa roja*, decidió prestar la novela a sus dos alumnas con la esperanza de que tal vez aquel extraño libro las animase a adquirir el hábito de la lectura. Clara y Claudette eran por entonces dos quinceañeras con las venas ardiendo de hormonas y con el mundo guiñándoles el ojo desde las ventanas de la sala de estudio. Pese a los esfuerzos de su tutor, hasta el momento habían demostrado ser inmunes al encanto de los clásicos, las fábulas de Esopo o el verso inmortal de Dante Alighieri. Monsieur Roquefort, temiendo que su contrato fuese rescindido al descubrir la madre de Clara que sus labores docentes estaban formando dos analfabetas con la cabeza llena de pájaros, optó por pasarles la novela de Carax con el pretexto de que era una historia de amor de las que hacían llorar a moco tendido, lo cual era una verdad a medias.

4

–Jamás me había sentido atrapada, seducida y envuelta por una historia como la que narraba aquel libro –explicó Clara–. Hasta entonces para mí las lecturas eran una obligación, una especie de multa a pagar a maestros y tutores sin saber muy bien para qué. No conocía el placer de leer, de explorar puertas que se te abren en el alma, de abandonarse a la imaginación, a la belleza y al misterio de la ficción y del lenguaje. Todo eso para mí nació con aquella novela. ¿Has besado alguna vez a una chica, Daniel?

Se me atragantó el cerebelo y la saliva se me transformó en serrín.

–Bueno, eres muy joven todavía. Pero es esa misma sensación, esa chispa de la primera vez que no se olvida. Éste es un mundo de sombras, Daniel, y la magia es un bien escaso. Aquel libro me enseñó que leer podía hacerme vivir más y

a Barcellona, il cadavere di Carax era già stato sepolto in una fossa comune assieme ai corpi di mendicanti e sconosciuti trovati galleggiando nel porto o morti di freddo sulle scale della metro.

Fosse stato anche solo per andare controcorrente, il Signor Roquefort non dimenticò Carax. Undici anni dopo aver scoperto *La casa rossa*, decise di prestare il romanzo alle sue due studentesse con la speranza che, magari, quello strano libro potesse stimolare in loro il piacere della lettura. A quei tempi, Clara e Claudette erano due quindicenni con gli ormoni in subbuglio, facili prede del mondo che si affacciava alle finestre della loro sala da studio. Nonostante gli sforzi del loro tutore, fino a quel momento si erano rivelate immuni al fascino dei classici come le favole di Esopo o il verso immortale di Dante Alighieri. Il Signor Roquefort, temendo che la madre di Clara annullasse il suo contratto una volta scoperto che stava formando due analfabete con la testa piena di grilli, decise di dare loro il romanzo di Carax con la scusa che era una storia d'amore di quelle che facevano piangere come una fontana, che era poi una mezza verità.

4

–Non mi ero mai sentita così presa, sedotta e affascinata da una storia come da quella di quel libro –spiegò Clara. Fino ad allora, per me leggere era sempre stato un obbligo, una specie di multa da pagare a maestri e tutori senza capirne bene il motivo. Non conoscevo il piacere della lettura, di attraversare porte che si aprono nell'anima, di abbandonarsi all'immaginazione, alla bellezza e al mistero della finzione e del linguaggio. Tutto questo, per me, nacque grazie a quel romanzo. Hai mai baciato una ragazza, Daniel?

Il mio cervello s'incepì e la saliva mi si trasformò in segatura.

–Beh, sei ancora molto giovane. Ma è quella stessa sensazione, quella scintilla della prima volta che non si dimentica mai. Questo è un mondo di ombre, Daniel, e la magia è un bene raro. Quel libro m'insegnò che leggere poteva permettermi

más intensamente, que podía devolverme la vista que había perdido. Sólo por eso, aquel libro que a nadie importaba cambió mi vida.

Llegado a este punto, yo había quedado reducido a pasmarote, a merced de aquella criatura cuyas palabras y cuyos encantos no tenía yo modo, ni ganas, de resistir. Deseé que nunca dejase de hablar, que su voz me envolviese para siempre y que su tío no regresara jamás a quebrar aquel instante que me pertenecía sólo a mí.

–Durante años busqué otros libros de Julián Carax –continuó Clara–. Preguntaba en bibliotecas, en librerías, en escuelas... siempre en vano. Nadie había oído hablar de él o de sus libros. No podía entenderlo. Más adelante llegó a oídos de Monsieur Roquefort una extraña historia acerca de un individuo que se dedicaba a recorrer librerías y bibliotecas en busca de obras de Julián Carax y que, si las encontraba, las compraba, robaba o conseguía por cualquier medio; acto seguido les prendía fuego. Nadie sabía quién era, ni por qué lo hacía. Un misterio más que sumar al propio enigma de Carax. Con el tiempo, mi madre decidió que quería regresar a España. Estaba enferma y su hogar y su mundo siempre habían sido Barcelona. Secretamente, yo albergaba la esperanza de poder averiguar algo sobre Carax aquí, puesto que al fin y al cabo Barcelona había sido la ciudad donde había nacido y donde había desaparecido para siempre al principio de la guerra. Lo único que encontré fueron vías muertas, y eso contando con la ayuda de mi tío. A mi madre, en su propia búsqueda, le ocurrió otro tanto. La Barcelona que encontró a su regreso ya no era la que había dejado atrás. Se encontró con una ciudad de tinieblas, en la que mi padre ya no vivía, pero que seguía embrujada por su recuerdo y su memoria en cada rincón. Como si no le bastase con aquella desolación, se empeñó en contratar a un individuo para que averiguase qué había sido exactamente de mi padre. Tras meses de investigaciones, todo lo que el investigador consiguió recuperar fue un reloj de pulsera roto y el nombre del hombre que había matado a mi padre en los fosos del castillo de Montjuïc. Se llamaba Fumero, Javier Fumero. Nos dijeron que

di vivere davvero, e più intensamente, che poteva restituirmi la vista che avevo perso. Anche solo per questo, quel libro che non interessava a nessuno cambiò la mia vita.

Arrivati a questo punto, io ormai ero rimasto completamente imbambolato, in balia di quella creatura, del suo fascino e delle sue parole a cui non potevo, e non volevo, resistere. Desideravo che non smettesse mai di parlare, che la sua voce mi avvolgesse per sempre e che suo zio non tornasse mai, per non rovinare quell'istante che apparteneva solo a me.

–Per anni cercai altri libri di Julián Carax –continuò Clara–. Chiedevo nelle biblioteche, nelle librerie, nelle scuole... sempre in vano. Nessuno aveva mai sentito parlare di lui o dei suoi libri. Non me lo spiegavo. In seguito, al Signor Roquefort giunse una strana voce secondo cui c'era un individuo che girava per librerie e biblioteche alla ricerca di libri di Julián Carax e che, una volta trovati, li comprava, rubava o otteneva con qualsiasi mezzo necessario; successivamente, dava loro fuoco. Nessuno sapeva chi fosse, né perché lo facesse. Un altro mistero si aggiungeva al mistero stesso di Carax. Col passare del tempo, mia madre decise che voleva fare ritorno in Spagna. Si era ammalata, e la sua casa e il suo mondo erano sempre state a Barcellona. Segretamente, speravo di riuscire a scoprire qualcosa su Carax qui, a Barcellona, visto che dopotutto era la città in cui era nato e quella in cui era sparito per sempre all'inizio della guerra. Anche potendo contare sull'aiuto di mio zio, però, non ho trovato altro che vicoli ciechi. Per quel che riguarda la ricerca di mia madre, non andò meglio della mia. La Barcellona che trovò al suo ritorno non era più quella che si era lasciata alle spalle. Trovò una città infestata di ombre in cui mio padre non esisteva più, ma il cui ricordo continuava a pervaderne ogni angolo. Come se tutta quella desolazione non bastasse, mia madre dedicò le sue energie ad assumere un individuo affinché scoprisse cos'era successo esattamente a mio padre. Dopo mesi di ricerche, tutto ciò che l'investigatore riuscì a recuperare era un orologio da polso rotto e il nome dell'uomo che aveva ucciso mio padre nel fossato del castello di Montjuïc. Si chiamava Fumero, Javier Fumero. Ci dissero che questo individuo, e non solo lui,

este individuo, y no era el único, había empezado como pistolero a sueldo de la FAI y había flirteado con anarquistas, comunistas y fascistas, engañándolos a todos, vendiendo sus servicios al mejor postor y que, tras la caída de Barcelona, se había pasado al bando vencedor e ingresado en el cuerpo de policía. Hoy es un inspector famoso y condecorado. A mi padre no le recuerda nadie. Como puedes imaginarte, mi madre se apagó en apenas unos meses. Los médicos dijeron que era el corazón, y yo creo que por una vez acertaron. A la muerte de mi madre me fui a vivir con mi tío Gustavo, que era el único pariente que le quedaba a mi madre en Barcelona. Yo le adoraba, porque siempre me traía libros de regalo cuando venía a visitarnos. Él ha sido mi única familia, y mi mejor amigo, todos estos años. Aunque le veas así, un poco arrogante, en realidad tiene el alma de pan bendito. Todas las noches sin falta, aunque se caiga de sueño, me lee un rato.

–Si quiere usted, yo podría leer para usted –apunté solícito, arrepintiéndome al instante de mi osadía, convencido de que para Clara mi compañía sólo podía suponer un engorro, cuando no un chiste.

–Gracias, Daniel –repuso ella–. Me encantaría.

–Cuando usted quiera.

Asintió lentamente, buscándome con su sonrisa.

–Lamentablemente, no conservo aquel ejemplar de *La casa roja* –dijo–. Monsieur Roquefort se negó a desprenderse de él. Podría intentar contarte el argumento, pero sería como describir una catedral diciendo que es un montón de piedras que acaban en punta.

–Estoy seguro de que usted lo contaría mucho mejor que eso –murmuré.

Las mujeres tienen un instinto infalible para saber cuándo un hombre se ha enamorado de ellas perdidamente, especialmente si el varón en cuestión es tonto de capirote y menor de edad. Yo cumplía todos los requisitos para que Clara Barceló me enviase a paseo, pero preferí creer que su condición de invidente me garantizaba cierto margen de seguridad y que mi crimen, mi total y patética

aveva iniziato come sicario per la Federazione Anarchica Iberica e si era avvicinato ad anarchici, comunisti e fascisti, prendendosi gioco di tutti e offrendo i suoi servizi al miglior offerente. Alla caduta di Barcellona, infine, era passato dalla parte del bando vincitore ed era entrato nelle forze dell'ordine. Oggi è un ispettore di polizia famoso e pluridecorato. Di mio padre non si ricorda nessuno. Come puoi immaginare, mia madre si spense pochi mesi dopo. I medici dissero che il problema era di cuore, e io credo che per una volta ci azzeccarono. Alla morte di mia madre, andai a vivere da mio zio Gustavo, che era l'unico parente che era rimasto a mia madre a Barcellona. Io lo adoravo, perché quando veniva a visitarci mi portava sempre libri in regalo. Lui è stato la mia unica famiglia e il mio migliore amico per tutti questi anni. Anche se lo vedi così, un po' arrogante, in realtà ha un cuore d'oro. Tutte le sere, sempre, anche se cade dal sonno, mi legge qualcosa per un po'.

–Se vuole, potrei leggere io per lei– le proposi entusiasta, pentendomi all'istante della mia sfacciataggine, convinto che per Clara la mia compagnia non poteva che essere una seccatura, se non una barzelletta.

–Ti ringrazio, Daniel –rispose lei–. Mi farebbe molto piacere.

–Quando vuole lei, allora.

Fece un cenno di assenso, cercandomi con il suo sorriso.

–Purtroppo, non ho più quella copia de *La casa rossa* –disse–. Il Signor Roquefort si rifiutò di separarsene. Potrei provare a raccontarti la storia, ma sarebbe come descrivere una cattedrale dicendo che è un ammasso di pietre che termina con una punta.

–Sono sicuro che lei lo saprebbe raccontare molto meglio di così –mormorai.

Le donne hanno un istinto infallibile per capire quando un uomo si è innamorato perdutamente di loro, specialmente se l'uomo in questione è un ragazzino e un sempliciotto. Io avevo tutti i requisiti necessari perché Clara Barceló mi mandasse a quel paese, ma preferivo credere che la sua condizione di non vedente mi garantisse un certo margine di sicurezza e che il mio crimine, la mia



devoción por una mujer que me doblaba en edad, inteligencia y estatura, permanecería en la sombra. Me preguntaba qué podía ella ver en mí como para ofrecerme su amistad, sino acaso un pálido reflejo de ella misma, un eco de soledad y pérdida. En mis sueños de colegial siempre seríamos dos fugitivos cabalgando a lomos de un libro, dispuestos a escaparse a través de mundos de ficción y sueños de segunda mano.

Cuando Barceló regresó arrastrando una sonrisa felina habían pasado dos horas que a mí me habían sabido a dos minutos. El librero me tendió el libro y me guiñó el ojo.

–Míralo bien, albondiguilla, que luego no quiero que me vengas con que te he pegado el cambiazo, ¿eh?

–Me fio de usted –apunté.

–Valiente bobada. Al último interfecto que me vino con eso (turista *yanqui* él, convencido de que la fabada la había inventado Hemingway en los San Fermín) le vendí un *Fuenteovejuna* firmado por Lope de Vega a bolígrafo, fíjate tú, así que ándate con ojo, que en este negocio de los libros no te puedes fiar ni del índice.

Anocheecía cuando salimos de nuevo a la calle Canuda. Una brisa fresca peinaba la ciudad, y Barceló se quitó el gabán para ponérselo sobre los hombros a Clara. No viendo oportunidad más idónea en ciernes, dejé caer como quien no quiere la cosa que si les parecía bien, podía pasarme al día siguiente por su domicilio a leer en voz alta algunos capítulos de *La Sombra del Viento* para Clara. Barceló me miró de reojo y soltó una carcajada seca a mi costa.

–Chaval, que te embalas –masculló, aunque su tono delataba su beneplácito.

patetica e totale devozione per una donna due volte più grande, più alta e più intelligente di me, sarebbe rimasto segreto. Mi chiedevo cosa potesse vedere in me al punto di offrirmi la sua amicizia, se non un pallido riflesso di sé stessa, un eco di solitudine e perdita. Nei miei sogni da ragazzino saremmo sempre stati due fuggitivi a cavallo di un libro, pronti a scappare attraverso mondi fantastici e sogni di seconda mano.

Quando Barceló fece ritorno sfoggiando un sorriso felino, erano passate due ore, che a me erano sembrate due minuti. Il libraio mi porse il libro strizzandomi l'occhio.

–Controllalo bene, ragazzino, che poi non te ne esci dicendo che ti ho rifilato una fregatura!

–Mi fido di lei –dissi.

–Bella cavolata! L'ultima volta che qualcuno me l'ha detto (un turista *yankee*, convinto che la *fabada*<sup>27</sup> l'avesse inventata Hemingway durante la festa di San Fermín<sup>28</sup>) gli ho rifilato una copia di *Fuenteovejuna*<sup>29</sup> firmata dallo stesso Lope de Vega con una penna a sfera, pensa un po'! Perciò stai attento, che in questo lavoro non ti puoi fidare nemmeno dell'indice.

Quando fummo di nuovo in strada, nella via Canuda, si stava facendo buio. Una brezza fresca pettinava la città e Barceló si sfilò il soprabito per appoggiarlo sopra le spalle di Clara. Non vedendo un'opportunità migliore all'orizzonte, buttai lì, come se niente fosse, che se per loro andava bene, avrei potuto fare un salto a casa loro il giorno seguente per leggere qualche capitolo de *L'Ombra del Vento* a Clara. Barceló mi guardò di sbieco e scoppiò in una secca risata di scherno.

–Ragazzo, non perdi un attimo, eh? –borbottò, anche se il suo tono tradiva il suo consenso.

---

27 Piatto tipico asturiano simile a una zuppa a base di fagioli bianchi e vari tipi di carne, come salsiccia, prosciutto, lardo e pancetta.

28 Festa celebrata ogni anno a Pamplona durante la quale vengono liberati tori per la città, incitati e inseguiti dal pubblico, per poi riversarsi nelle arene per dare il via alla Corrida.

29 Commedia teatrale in versi dello spagnolo Lope de Vega, pubblicata per la prima volta nel 1619. La battuta di Barceló si deve al fatto che la penna a sfera venne creata solo due secoli più tardi.

–Bueno, si no les va bien, quizá otro día o...

–Clara tiene la palabra –dijo el librero–. En el piso ya tenemos siete gatos y dos cacatúas. No vendrá de una alimaña más o menos.

–Te espero entonces mañana a eso de las siete –concluyó Clara–. ¿Sabes la dirección?

5

Hubo un tiempo, de niño, en que quizá por haber crecido rodeado de libros y librereros, decidí que quería ser novelista y llevar una vida de melodrama. La raíz de mi ensoñación literaria, además de esa maravillosa simplicidad con que todo se ve a los cinco años, era una prodigiosa pieza de artesanía y precisión que estaba expuesta en una tienda de plumas estilográficas en la calle de Anselmo Clavé, justo detrás del Gobierno Militar. El objeto de mi devoción, una suntuosa pluma negra ribeteada con sabía Dios cuántas exquisiteces y rúbricas, presidía el escaparate como si se tratase de una de las joyas de la corona. El plumín, un prodigio en sí mismo, era un delirio barroco de plata, oro y mil pliegues que relucía como el faro de Alejandría. Cuando mi padre me sacaba de paseo, yo no callaba hasta que me llevaba a ver la pluma. Mi padre decía que aquélla debía de ser, por lo menos, la pluma de un emperador. Yo, secretamente, estaba convencido de que con semejante maravilla se podía escribir cualquier cosa, desde novelas hasta enciclopedias, e incluso cartas cuyo poder tenía que estar por encima de cualquier limitación postal. En mi ingenuidad, creía que lo que yo pudiese escribir con aquella pluma llegaría a todas partes, incluido aquel sitio incomprensible al que mi padre decía que mi madre había ido y del que no volvía nunca.

Un día se nos ocurrió entrar en la tienda a preguntar por el dichoso artilugio. Resultó ser que aquélla era la reina de las estilográficas, una Montblanc Meisterstück de serie numerada, que había pertenecido, o eso aseguraba el encargado con solemnidad, nada menos que a Víctor Hugo. De aquel plumín de

–Beh, se non va bene, magari un altro giorno o...

–Sta a Clara decidere –disse il libraio–. Nell'appartamento abbiamo già sette gatti e due pappagalli cacatua. Un parassita in più non farebbe molta differenza.

–Allora ti aspetto domani verso le sette –concluse Clara–. Lo sai l'indirizzo?

## 5

C'è stato un periodo, quando ero piccolo, in cui, forse per essere cresciuto fra libri e librai, decisi che volevo diventare uno scrittore e vivere una vita melodrammatica. L'origine delle mie fantasticherie letterarie, oltre a quella meravigliosa semplicità con cui si concepisce il mondo a cinque anni, era un meraviglioso pezzo di artigianato e precisione esposto in un negozio di penne stilografiche in via Anselmo Clavé, proprio dietro all'edificio del Gobierno Militar. L'oggetto della mia venerazione, una sontuosa penna nera rifinita con Dio solo sa quante decorazioni e abbellimenti, spiccava nella vetrina del negozio come se fosse un gioiello della corona. Il pennino era una meraviglia barocca in sé, un tripudio di incisioni in oro e argento che risplendevano come il faro di Alessandria. Quando andavamo a passeggiare, io non lasciavo in pace mio padre finché non mi portava a guardare la penna. Diceva che quella, come minimo, doveva essere stata la penna di un imperatore. Io, segretamente, ero convinto che con una meraviglia simile si potesse scrivere qualsiasi cosa, da romanzi ad enciclopedie e, sicuramente, lettere con superpoteri capaci di superare qualsiasi limite postale. Nella mia ingenuità, pensavo che se avessi potuto scrivere qualcosa con quella penna, sarebbe potuto arrivare ovunque, persino in quel luogo incomprensibile in cui mio padre diceva che se ne era andata mia madre, e dal quale non era mai tornata.

Un giorno decidemmo di entrare nel negozio a chiedere di quella benedetta penna e scoprimmo che quella era la regina delle stilografiche, una Montblanc Meisterstück a serie limitata appartenuta nientemeno che a Victor Hugo, o almeno così assicurava il commesso con aria solenne. Da quel pennino dorato, ci

oro, fuimos informados, había brotado el manuscrito de *Los miserables*.

–Tal y como el Vichy Catalán brota del manantial de Caldas –atestiguó el encargado.

Según nos dijo, la había adquirido personalmente a un coleccionista venido de París y se había asegurado de la autenticidad de la pieza.

–¿Y qué precio tiene este caudal de prodigios, si no es mucho preguntar? –inquirió mi padre.

La sola mención de la cifra le quitó el color de la cara, pero yo estaba ya encandilado de remate. El encargado, tomándonos quizá por catedráticos de física, procedió a endosarnos un galimatías incomprensible sobre las aleaciones de metales preciosos, esmaltes del Lejano Oriente y una revolucionaria teoría sobre émbolos y vasos comunicantes, todo ello parte de la ignota ciencia teutona que sostenía el trazo glorioso de aquel adalid de la tecnología gráfica. En su favor tengo que decir que, pese a que debíamos tener pinta de pelagatos, el encargado nos dejó manosear la pluma cuanto quisimos, la llenó de tinta para nosotros y me ofreció un pergamino para que pudiese anotar mi nombre y así iniciar mi carrera literaria a la zaga de Víctor Hugo. Luego, tras darle con un paño para sacarle de nuevo el lustre, la devolvió a su trono de honor.

–Quizá otro día –musitó mi padre.

Una vez en la calle, me dijo con voz mansa que no nos podíamos permitir su precio. La librería daba lo justo para mantenernos y enviarme a un buen colegio. La pluma Montblanc del augusto Víctor Hugo tendría que esperar. Yo no dije nada, pero mi padre debió de leer la decepción en mi rostro.

–Haremos una cosa –propuso–. Cuando ya tengas edad de empezar a escribir, volvemos y la compramos.

–¿Y si se la llevan antes?

–Ésta no se la lleva nadie, créeme. Y si no, le pedimos a don Federico que nos haga una, que ese hombre tiene las manos de oro.

Don Federico era el relojero del barrio, cliente ocasional de la librería y

disse, erano sgorgate le parole del manoscritto de *I miserabili*.

–Proprio come l'acqua *Vichy Catalan* sgorga dalle sorgenti di Caldas –attestò il commesso.

Ci disse che l'aveva acquistata personalmente da un collezionista venuto da Parigi, dopo essersi accertato dell'autenticità del pezzo.

–E si potrebbe sapere il prezzo di questa fonte miracolosa? –chiese mio padre.

Non appena il commesso pronunciò la cifra vidi impallidire il viso di mio padre, ma quella penna ormai mi aveva completamente stregato. Scambiandoci probabilmente per esperti di fisica, il negoziante passò a rifilarci una miriade di dati incomprensibili su leghe di metalli preziosi, smalti dell'Estremo Oriente e una teoria rivoluzionaria su emboli e vasi comunicanti, tutti elementi essenziali della sconosciuta scienza teutonica che permetteva lo splendido tratto di quel pezzo leggendario di arte grafica. In sua difesa devo dire che, sebbene avessimo l'aspetto di due poveracci, il commesso ci lasciò armeggiare con la penna quanto volemmo, la caricò di inchiostro per noi e mi permise di provare a scrivere il mio nome su una pergamena, dando così inizio alla mia carriera letteraria sulle orme di Victor Hugo. Dopodiché, la pulì con un panno per lucidarla nuovamente e la ripose sul suo trono d'onore.

–Magari un'altra volta –borbottò mio padre.

Una volta tornati in strada, mi disse con dolcezza che non ce la potevamo permettere. La libreria bastava appena per mantenerci e per mandarmi a una buona scuola. La penna Montblanc dell'eccelso Victor Hugo avrebbe dovuto aspettare. Io non dissi nulla, ma mio padre poté sicuramente leggere la delusione nei miei occhi.

–Facciamo una cosa –propose–. Quando avrai l'età giusta per iniziare a scrivere, torneremo a comprarla.

–E se la compra qualcun'altro?

–Questa non se la compra nessuno, vedrai. E in caso, chiediamo a Don Federico di farcene una, che quell'uomo ha le mani d'oro.

Don Federico era l'orologiaio del quartiere, cliente occasionale della libreria e

probablemente el hombre más educado y cortés de todo el hemisferio occidental. Su reputación de manitas llegaba desde el barrio de la Ribera hasta el mercader del Ninot Otra reputación le acechaba, ésta de índole menos decorosa y relativa a su predilección erótica por efebos musculados del lumpen más viril y a cierta afición por vestirse de Estrellita Castro.

–¿Y si a don Federico no se le da lo de la pluma? –inquirí con divina inocencia.

Mi padre enarcó una ceja, quizá temiendo que aquellos rumores maledicentes me hubiesen maleado la inocencia.

–Don Federico de todo lo que sea alemán entiende un rato y es capaz de hacer un Volkswagen, si hace falta. Además, habría que ver si ya existían las estilográficas en tiempos de Víctor Hugo. Hay mucho vivo suelto.

A mí, el escepticismo historicista de mi padre me resbalaba. Yo creía la leyenda a pies juntillas, aunque no veía con malos ojos que don Federico me fabricase un sucedáneo. Tiempo habría para ponerse a la altura de Víctor Hugo. Para mi consuelo, y tal como había predicho mi padre, la pluma Montblanc permaneció durante años en aquel escaparate, que visitábamos religiosamente cada sábado por la mañana.

–Aún esta ahí –decía yo, maravillado.

–Te espera –decía mi padre–. Sabe que algún día será tuya y que escribirás una obra maestra con ella.

–Yo quiero escribir una carta. A mamá. Para que no se sienta sola. Mi padre me observó sin pestañear.

–Tu madre no está sola, Daniel. Está con Dios. Y con nosotros, aunque no podamos verla.

Esa misma teoría me había expuesto en el colegio el padre Vicente, un jesuita veterano que tenía la mano rota para explicar todos los misterios del universo – desde el gramófono hasta el dolor de muelas– citando el Evangelio según san Mateo, pero en boca de mi padre sonaba a que aquello no se lo creían ni las piedras.

probabilmente l'uomo più educato e gentile di tutto l'emisfero occidentale. La sua fama di abile artigiano si estendeva dal quartiere della Ribera fino al mercato del Ninot. Lo precedeva anche un'altra reputazione, di natura meno decorosa, relativa alla sua predilezione erotica per gli aitanti giovanotti delle file più virili del sottoproletariato, e una certa propensione a vestirsi come Estrellita Castro<sup>30</sup>.

–E se Don Federico ha troppe cose per la testa per potersi dedicare alla mia penna? –chiesi io.

Mio padre inarcò le sopracciglia, forse temendo che quelle maldicenze fossero arrivate anche alle mie orecchie innocenti.

–Don Federico conosce a malapena qualche parola di tedesco e sarebbe in grado di costruirti una Volkswagen, se necessario! Inoltre, bisognerebbe vedere se le penne stilografiche esistevano già ai tempi di Victor Hugo. Sai, il mondo è pieno di imbrogli.

Su di me, lo scetticismo storicistico di mio padre non aveva alcun effetto. Io credevo a occhi chiusi alla leggenda della penna, anche se non mi avrebbe dato fastidio se Don Federico me ne avesse fatta una uguale. C'era tutto il tempo per diventare il nuovo Victor Hugo. La mia unica consolazione fu che, come mio padre aveva previsto, negli anni successivi la penna Montblanc rimase nella vetrina di quel negozio, che visitavamo religiosamente ogni sabato mattina.

–È ancora lì –dicevo, stupito.

–Sta aspettando te –diceva mio padre–. Sa che un giorno sarà tua e che scriverai un capolavoro con lei.

–Io voglio scrivere una lettera. Alla mamma. Perché non si senta sola.

Mio padre mi osservò attentamente.

–Tua madre non è sola, Daniel. È vicino a Dio. E vicino a noi, anche se non possiamo vederla.

Quella stessa teoria mi era stata esposta a scuola da padre Vicente, un veterano gesuita che era esperto a spiegare tutti i misteri dell'universo citando il Vangelo secondo Matteo, dall'invenzione del grammofo al dolore ai denti. Dette da mio

---

<sup>30</sup> Attrice, cantante e ballerina di flamenco spagnola del '900.



–¿Y Dios para qué la quiere?

–No lo sé. Si algún día le vemos, se lo preguntaremos.

Con el tiempo deseché la idea de la carta y supuse que, ya puestos, sería más práctico empezar con la obra maestra. A falta de la pluma, mi padre me prestó un lápiz Staedtler del número dos con el que garabateaba en un cuaderno. Mi historia, casualmente, giraba en torno a una prodigiosa pluma estilográfica de pasmoso parecido con la de la tienda y que, además, estaba embrujada. Más concretamente, la pluma estaba poseída por el alma torturada de un novelista que había muerto de hambre y frío, y que había sido su dueño. Al caer en manos de un aprendiz, la pluma se empeñaba en plasmar en el papel la última obra que el autor no había podido terminar en vida. No recuerdo de dónde la copié o de dónde vino, pero lo cierto es que nunca volví a tener una idea semejante. Mis intentos de plasmarla en la página, sin embargo, resultaron desastrosos. Una anemia de invención plagaba mi sintaxis y mis vuelos metafóricos me recordaban a los de los anuncios de baños efervescentes para pies que acostumbraba a leer en las paradas de los tranvías. Yo culpaba al lápiz y ansiaba la pluma que habría de convertirme en un maestro. Mi padre seguía mis accidentados progresos con una mezcla de orgullo y preocupación.

–¿Qué tal tu historia, Daniel?

–No sé. Supongo que si tuviese la pluma todo sería distinto.

Según mi padre, aquél era un razonamiento que sólo se le podría haber ocurrido a un literato en ciernes.

–Tú sigue dándole, que antes de que termines tu opera prima, yo te la compro.

–¿Lo prometes?

Siempre respondía con una sonrisa. Para fortuna de mi padre, mis aspiraciones literarias pronto se desvanecieron y quedaron relegadas al terreno de la oratoria. A ello contribuyó el descubrimiento de los juguetes mecánicos y de todo tipo de artilugios de latón que se podían encontrar en el mercado de Los Encantes a precios más acordes con nuestra economía familiar. La devoción infantil es

padre, però, quelle parole non suonavano molto convincenti.

–E perché Dio la vuole lì con lui?

–Non lo so. Se un giorno lo vedremo, glielo chiederemo.

Col passare del tempo scartai l'idea della lettera alla mamma e decisi che, già che c'ero, tanto valeva iniziare direttamente con il capolavoro. Non avendo la penna, mio padre mi prestò una matita Staedtler numero due, con cui scribacchiavo sulle pagine di un quadernetto. La mia storia, guarda caso, parlava di una prodigiosa penna stilografica che somigliava incredibilmente a quella del negozio e che, oltretutto, era magica. Per essere più precisi, la penna era posseduta dallo spirito tormentato di uno scrittore morto di fame e di freddo, che ne era stato il proprietario. Finita nelle mani di un principiante, la penna si ostinava a ricreare sulla carta l'ultima opera dell'autore che non aveva avuto modo di concludere in vita. Non ricordo dove trovai l'ispirazione per quella storia, ma ciò che è certo è che non ebbi mai più un'idea come quella. I miei tentativi di metterla per iscritto, tuttavia, si rivelarono disastrosi. Ero stato colpito da un'anemia creativa: il mio stile mancava d'inventiva e i miei voli metaforici ricordavano quelli degli annunci pubblicitari di prodotti per pediluvi effervescenti che mi trovavo spesso a leggere alle fermate dei tram. Io davo la colpa alla matita e desideravo ardentemente la penna che mi avrebbe trasformato in un grande scrittore. Mio padre seguiva i miei maldestri progressi con un misto di orgoglio e preoccupazione.

–Come prosegue la tua storia, Daniel?

–Non lo so. Immagino che se avessi la penna sarebbe tutt'altra cosa.

Secondo mio padre, quello era un ragionamento che avrebbe potuto fare solo uno scrittore alle prime armi.

–Tu continua a provarci, vedrai che te la comprerò prima che tu abbia concluso il tuo romanzo d'esordio.

–Promesso?

Mi rispondeva sempre con un sorriso. Per sua fortuna, le mie aspirazioni letterarie scomparirono nel giro di poco tempo e si rivelarono nient'altro che mere parole, anche grazie alla scoperta dei giocattoli meccanici e di tutti i tipi di cianfrusaglie

amante infiel y caprichosa, y pronto sólo tuve ojos para los mecanos y los barcos de cuerda. No volví a pedirle a mi padre que me llevase a visitar la pluma de Víctor Hugo, y él no volvió a mencionarla. Aquel mundo parecía haberse esfumado para mí, pero durante mucho tiempo la imagen que tuve de mi padre, y que aún hoy conservo, fue la de aquel hombre flaco enfundado en un traje viejo que le venía grande y con un sombrero de segunda mano que había comprado en la calle Condal por siete pesetas, un hombre que no podía permitirse regalarle a su hijo una dichosa pluma que no servía para nada pero que parecía significarlo todo. Aquella noche, a mi regreso del Ateneo, le encontré esperándome en el comedor, luciendo aquella misma cara de derrota y anhelo.

–Ya pensaba que te habías perdido por ahí –dijo–. Llamó Tomás Aguilar. Dice que habíais quedado. ¿Te olvidaste?

–Barceló, que se enrolla como una persiana –dije yo, asintiendo–. Ya no sabía cómo quitármelo de encima.

–Es buen hombre, pero un poco plomo. Tendrás hambre. La Merceditas nos ha bajado algo de sopa que había hecho para su madre. Esa muchacha vale un montón.

Nos sentamos a la mesa a degustar la limosna de la Merceditas, la hija de la vecina del tercero, que según todos iba para monja y santa, pero a la que yo había visto más de un par de veces asfixiando a besos a un marinero de manos hábiles que a veces la acompañaba hasta el portal.

–Esta noche tienes aire meditabundo –dijo mi padre, buscando la conversación.

–Será la humedad, que dilata el cerebro. Eso dice Barceló.

–Será algo más. ¿Te preocupa algo, Daniel?

–No. Sólo pensaba.

–¿En qué?

–En la guerra.

Mi padre asintió con gesto sombrío y sorbió su sopa en silencio. Era un hombre

di ottone che si potevano trovare nel mercatino di Los Encantes, a prezzi molto più consoni per le nostre finanze. La devozione infantile è un'amante infedele e capricciosa, e ben presto ebbi occhi solo per le costruzioni e le barchette a molla. Non chiesi più a mio padre di portarmi a vedere la penna di Victor Hugo, e lui non la menzionò più. Quel mondo, per me, sembrava essere scomparso, ma per molti anni, e ancora oggi, l'immagine che avevo di mio padre era quella di quell'uomo magro, avvolto in un vecchio abito più grande di lui e con un cappello di seconda mano comprato in via Condal per sette *pesetas*, un uomo che non poteva permettersi di regalare al figlio quella benedetta penna che non serviva a nulla ma sembrava significare tutto. Quella sera, quando tornai a casa dall'Ateneo Barcelonés, trovai mio padre ad aspettarmi nella sala da pranzo, con quella stessa espressione impaziente e sconfitta.

–Pensavo che ti fossi perso –disse–. Ha chiamato Tomàs Aguilar, dice che vi eravate messi d'accordo per vedervi. Te n'eri dimenticato?

–Colpa di Barceló, quando comincia a parlare non lo ferma più nessuno –risposi io, annuendo–. Non sapevo più come togliermelo di torno.

–È una brava persona, ma sa essere un po' pesante. Avrai fame. Merceditas ci ha portato un po' di zuppa avanzata che aveva preparato per sua madre. Quella ragazza ha un cuore d'oro.

Ci sedemmo a tavola ad assaporare la zuppa offerta da Merceditas, la figlia della vicina del terzo piano. Tutti dicevano che sarebbe diventata suora e santa, anche se io l'avevo vista in più di un'occasione ricoprire di baci un marinaio dalle mani abili che a volte la accompagnava fino al portone d'ingresso.

–Stasera hai un'aria pensierosa –disse mio padre, cercando di fare conversazione.

–Sarà l'umidità che dilata il cervello. Così dice Barceló.

–Sarà che c'è dell'altro. C'è qualcosa che ti preoccupa, Daniel?

–No. Stavo solo pensando

–A cosa?

–Alla guerra.

Mio padre assentì con un triste cenno del capo e sorseggiò la sua zuppa in silenzio.

reservado y, aunque vivía en el pasado, casi nunca lo mencionaba. Yo había crecido en el convencimiento de que aquella lenta procesión de la posguerra, un mundo de quietud, miseria y rencores velados, era tan natural como el agua del grifo, y que aquella tristeza muda que sangraba por las paredes de la ciudad herida era el verdadero rostro de su alma. Una de las trampas de la infancia es que no hace falta comprender algo para sentirlo. Para cuando la razón es capaz de entender lo sucedido, las heridas en el corazón ya son demasiado profundas. Aquella noche primeriza de verano, caminando por ese anochecer oscuro y traicionero de Barcelona, no conseguía borrar de mi pensamiento el relato de Clara en torno a la desaparición de su padre. En mi mundo, la muerte era una mano anónima e incomprensible, un vendedor a domicilio que se llevaba madres, mendigos o vecinos nonagenarios como si se tratase de una lotería del infierno. La idea de que la muerte pudiera caminar a mi lado, con rostro humano y corazón envenenado de odio, luciendo uniforme o gabardina, que hiciese cola en el cine, riese en los bares o llevase a los niños de paseo al parque de la Ciudadela por la mañana y por la tarde hiciese desaparecer a alguien en las mazmorras del castillo de Montjuïc, o en una fosa común sin nombre ni ceremonial, no me cabía en la cabeza. Dándole vueltas, se me ocurrió que tal vez aquel universo de cartón piedra que yo daba por bueno no fuese más que un decorado. En aquellos años robados, el fin de la infancia, como la Renfe, llegaba cuando llegaba.

Compartimos aquella sopa de caldo de sobras con pan, rodeados por el murmullo pegajoso de los seriales de radio que se colaban a través de las ventanas abiertas a la plaza de la iglesia.

–Entonces, ¿qué tal todo hoy con don Gustavo?

–Conocí a su sobrina, Clara.

–¿La ciega? Dicen que es una belleza.

–No sé. Yo no me fijo.

–Más te vale.

Era un uomo riservato e, nonostante visse nel passato, di rado lo menzionava. Io ero cresciuto convinto che quel lento processo posteriore alla guerra, una realtà fatta di quiete, miseria e rancori velati, fosse la cosa più naturale del mondo, e che quella tristezza muta che fuoriusciva come sangue dalle mura della città ferita fosse il vero volto della sua anima. Una delle insidie dell'infanzia è che non serve comprendere qualcosa per percepirla. Quando la ragione è in grado di comprendere ciò che è successo, le ferite del cuore sono già troppo profonde. Quella prima sera estiva, mentre camminavo nel tramonto oscuro e inquietante di Barcellona, non riuscivo a togliermi dalla testa il racconto di Clara della scomparsa di suo padre. Nel mio mondo, la morte era una mano anonima e misteriosa, un venditore a domicilio che si portava via madri, mendicanti o vicini novantenni come se si trattasse di una lotteria dell'inferno. Non riuscivo ad accettare l'idea che la morte potesse camminare di fianco a me, con un viso umano e un cuore avvelenato dall'odio, sfoggiando un'uniforme o un soprabito; che potesse fare la coda al cinema o divertirsi nei bar; che al mattino potesse portare i bambini al parco della Cittadella e alla sera buttare qualcuno nei sotterranei del castello di Montjuïc, o in una fossa comune senza nome né cerimonie. Rimuginandoci sopra, arrivai a pensare che forse quell'universo di cartapesta che davo per scontato non fosse altro che una scenografia. In quegli anni rubati, la fine dell'infanzia, così come i treni della Renfe, arrivava quando arrivava.

Condividemmo quella zuppa, un brodo di avanzi e pezzi di pane, circondati dal brusio invadente degli sceneggiati alla radio che s'infiltravano nella stanza dalle finestre aperte che davano sulla piazza della chiesa.

–E quindi, com'è andata oggi con don Gustavo?

–Ho conosciuto sua nipote, Clara.

–La ragazza cieca? Ho sentito dire che è bellissima.

–Non saprei, non ci ho fatto caso.

–Sarà meglio.

–Les dije que a lo mejor me pasaba mañana por su casa, al salir del colegio, para leerle algo a la pobre, que está muy sola. Si tú me das permiso.

Mi padre me examinó de reojo, como si se preguntase si estaba él envejeciendo prematuramente o yo creciendo demasiado rápido. Decidí cambiar de tema, y el único que pude encontrar era el que me consumía las entrañas.

–En la guerra, ¿es verdad que se llevaban a la gente al castillo de Montjuïc y no se les volvía a ver?

Mi padre apuró la cucharada de sopa sin inmutarse y me miró detenidamente, la sonrisa breve resbalándole de los labios.

–¿Quién te ha dicho eso? ¿Barceló?

–No. Tomás Aguilar, que a veces cuenta historias en el colegio.

Mi padre asintió lentamente.

–En tiempos de guerra ocurren cosas que son muy difíciles de explicar, Daniel. Muchas veces, ni yo sé lo que significan de verdad. A veces es mejor dejar las cosas como están.

Suspiró y sorbió la sopa sin ganas. Yo le observaba, callado.

–Antes de morir, tu madre me hizo prometer que nunca te hablaría de la guerra, que no dejaría que recordases nada de lo que sucedió.

No supe qué contestar. Mi padre entornó la mirada, como si buscara algo en el aire. Miradas o silencios, o quizá a mi madre para que corroborase sus palabras.

–A veces pienso que me he equivocado al hacerle caso. No lo sé.

–Es igual, papá...

–No, no es igual, Daniel. Nada es igual después de una guerra. Y sí, es cierto que hubo mucha gente que entró en ese castillo y nunca salió.

Nuestras miradas se encontraron brevemente. Al poco, mi padre se levantó y se refugió en su habitación, herido de silencio. Retiré los platos y los deposité en la pequeña pila de mármol de la cocina para fregarlos. Al volver al salón, apagué la luz y me senté en el viejo butacón de mi padre.

–Gli ho detto che magari domani quando esco da scuola passo per casa loro per leggerle qualcosa, poverina, che si sente molto sola. Se me lo permetti.

Mio padre mi squadrò con la coda dell'occhio, come se si stesse chiedendo se era lui che stava invecchiando troppo presto o se ero io che stavo crescendo troppo in fretta. Decisi di cambiare argomento, e l'unico che riuscii a trovare era quello che mi stava consumando da dentro.

–È vero che durante la guerra si portavano via le persone al castello di Montjuïc e non le si vedeva mai più?

Mio padre terminò il suo cucchiaino di zuppa senza scomporsi e mi guardò attentamente, mentre il sorriso gli scompariva dalle labbra.

–Chi te l'ha detto? Barceló?

–No. Tomàs Aguilar. A volte racconta storie mentre siamo a scuola.

Mio padre annuì lentamente.

–In tempo di guerra succedono cose molto difficili da spiegare, Daniel. Spesso, nemmeno io riesco a dare loro un significato. A volte è meglio lasciare le cose come stanno.

Sospirò, e terminò il resto della zuppa controvoglia. Io lo osservavo in silenzio.

–Prima di morire, tua madre mi fece promettere di non parlarti mai della guerra, di non lasciarti ricordare nulla di tutto ciò che è successo.

Non seppi cosa rispondere. Mio padre abbassò lo sguardo, come se stesse cercando qualcosa nell'aria. Sguardi o silenzi, o forse mia madre, perché confermasse le sue parole.

–A volte penso che ho sbagliato a darle retta. Non so.

–Va tutto bene, papà...

–No, non va bene, Daniel. Niente è più lo stesso dopo una guerra. E sì, è vero, molta gente fu portata in quel castello e non ne uscì mai più.

I nostri sguardi si incrociarono per un attimo. Dopo un po', mio padre si alzò e andò a rifugiarsi in camera sua, schiacciato dal silenzio. Sparecchiai la tavola e portai i piatti nel piccolo lavello di marmo della cucina per lavarli. Quando tornai nella sala da pranzo, spensi la luce e mi sedetti nella vecchia poltrona di mio



El aliento de la calle aleteaba en las cortinas. No tenía sueño, ni ganas de tentarlo. Me acerqué al balcón y me asomé hasta ver el reluz vaporoso que vertían las farolas en la Puerta del Ángel. La figura se recortaba en un retazo de sombra tendido sobre el empedrado de la calle, inerte. El tenue parpadeo ámbar de la brasa de un cigarrillo se reflejaba en sus ojos. Vestía de oscuro, una mano enfundada en el bolsillo de la chaqueta, la otra acompañando al cigarro que tejía una telaraña de humo azul en torno a su perfil. Me observaba en silencio, el rostro velado al contraluz del alumbrado de la calle. Permaneció allí por espacio de casi un minuto fumando con abandono, la mirada fija en la mía. Luego, al escucharse las campanadas de medianoche en la catedral, la figura hizo un leve asentimiento con la cabeza, un saludo tras el cual intuí una sonrisa que no podía ver. Quise corresponder, pero me había quedado paralizado. La figura se volvió y le vi alejarse cojeando ligeramente. Cualquier otra noche apenas hubiese reparado en la presencia de aquel extraño, pero tan pronto le perdí de vista en la neblina sentí un sudor frío en la frente y me faltó el aliento. Había leído una descripción idéntica de aquella escena en *La Sombra del Viento*. En el relato, el protagonista se asomaba todas las noches al balcón a medianoche y descubría que un extraño le observaba desde las sombras, fumando con abandono. Su rostro siempre quedaba velado en la oscuridad y sólo sus ojos se insinuaban en la noche, ardiendo como brasas. El extraño permanecía allí, con la mano derecha enfundada en el bolsillo de una chaqueta negra, para luego alejarse, cojeando. En la escena que yo acababa de presenciar, aquel extraño hubiera podido ser cualquier trasnochador, una figura sin rostro ni identidad. En la novela de Carax, aquel extraño era el diablo.

padre. Il respiro della strada agitava le tende della finestra. Non avevo sonno, e nemmeno voglia di provare a dormire. Mi affacciai al balcone e vidi la strada illuminata dalla luce vaporosa che diffondevano i lampioni di Puerta del Ángel. La figura si stagliava su un rettangolo d'ombra sul pavimento di ciottoli, immobile. Il leggero luccichio ambrato della brace di una sigaretta si rifletteva nei suoi occhi. Indossava abiti scuri, una mano infilata nella tasca della giacca, l'altra sostenendo la sigaretta che tesseva una ragnatela di fumo azzurrognolo intorno alla sua sagoma. Mi osservava in silenzio, il volto protetto dall'oscurità creata dai lampioni alle sue spalle. Restò fermo lì, a fumare, per quasi un minuto, senza staccarmi gli occhi di dosso. Poi, quando le campane della cattedrale rintoccarono la mezzanotte, la figura mi fece un lieve cenno del capo, un saluto dietro cui intuivo un sorriso che non potevo vedere. Avrei voluto ricambiare il saluto, ma ero paralizzato. La figura si girò e lo vidi allontanarsi zoppicando leggermente. In una qualsiasi altra notte, non avrei nemmeno fatto caso alla presenza di quello sconosciuto, ma quella sera, non appena lo persi di vista nella foschia, sentii un sudore freddo sulla fronte e mi mancò il respiro. Avevo letto una descrizione identica di quella scena ne *L'Ombra del Vento*. Nel racconto, il protagonista si affacciava tutte le sere al balcone a mezzanotte e scopriva che uno sconosciuto lo osservava nell'ombra, fumando. Il suo viso rimaneva sempre nascosto nell'oscurità e si potevano intravedere solo i suoi occhi, ardendo come braci nella notte. Lo sconosciuto rimaneva lì, con la mano destra infilata nella tasca della giacca nera, per poi allontanarsi zoppicando. Nella scena a cui io avevo appena assistito, quello sconosciuto avrebbe potuto essere una persona qualsiasi, un passante notturno senza volto né identità. Nel libro di Carax, quello sconosciuto era il diavolo.

Un sueño espeso de olvido y la perspectiva de que aquella tarde volvería a ver a Clara me persuadieron de que la visión no había sido más que una casualidad. Quizá aquel inesperado brote de imaginación febril fuera sólo presagio del prometido y ansiado estirón que, según todas las vecinas de la escalera, iba a hacer de mí un hombre, si no de provecho, al menos de buena planta. A las siete en punto, vistiendo mis mejores galas y destilando vapores de colonia Varón Dandy que había tomado prestada de mi padre, me planté en la vivienda de don Gustavo Barceló dispuesto a estrenarme como lector a domicilio y moscón de salón. El librero y su sobrina compartían un piso palaciego en la plaza Real. Una criada de uniforme, cofia y una vaga expresión de legionario me abrió la puerta con reverencia teatral.

–Usted debe de ser el señorito Daniel –dijo–. Yo soy la Bernarda, para servirle a usted.

La Bernarda afectaba un tono ceremonioso que navegaba con acento cacereño cerrado a cal y canto. Con pompa y circunstancia, la Bernarda me guió a través de la residencia de los Barceló. El piso, un principal, rodeaba la finca y describía un círculo de galerías, salones y pasillos que a mí, acostumbrado a la modesta vivienda familiar en la calle Santa Ana, me semejaba una miniatura de El Escorial. A la vista estaba que don Gustavo, amén de libros, incunables y todo tipo de arcana bibliografía, coleccionaba estatuas, cuadros y retablos, por no decir abundante fauna y flora. Seguí a la Bernarda a través de una galería rebosante de follaje y especímenes del trópico que constituían un verdadero invernadero. El acristalado de la galería tamizaba una luz dorada de polvo y vapor. El aliento de un piano flotaba en el aire, lánguido y arrastrando las notas con desabrigo. La Bernarda se abría paso entre la espesura blandiendo sus brazos de descargador portuario a modo de machetes. Yo la seguía de cerca, estudiando el entorno y reparando en la presencia de media docena de felinos y un par de cacaúas de color rabioso y tamaño enciclopédico a las que, según me explicó la

Un sonno profondo e la prospettiva di rivedere Clara quel pomeriggio mi convinsero che ciò che avevo visto non era stato altro che una coincidenza. Forse quell'inaspettato sprazzo d'immaginazione febbrile era stato solo un segnale della tanto attesa e promessa crescita che, secondo tutte le vicine di casa, avrebbe fatto di me un uomo, se non di spessore, almeno di una certa altezza. Alle sette in punto, con i miei vestiti migliori e cosperso di colonia Varón Dandy presa in prestito da mio padre, mi presentai a casa di don Gustavo Barceló, pronto per offrirmi come lettore a domicilio e seccatura da salotto. Il libraio e sua nipote vivevano in un appartamento sontuoso in piazza Real. Una domestica in uniforme, cuffia e una vaga espressione da legionario sulla faccia mi aprì la porta con una riverenza teatrale.

–Lei dev'essere il signorino Daniel –disse–. Io sono Bernarda, al suo servizio.

La signora Bernarda si barcamenava tra un tono pomposo e un forte accento di Càceres. Con grande cerimoniosità, la signora Bernarda mi fece strada nella residenza dei Barceló. L'appartamento, che era al primo piano, si sviluppava in forma di anello in una serie di gallerie, saloni e corridoi che mi ricordavano il palazzo di El Escorial in miniatura, abituato com'ero al mio modesto appartamento in via Santa Ana. Era evidente che, oltre a libri, incunaboli e bibliografie misteriose di ogni tipo, don Gustavo collezionava anche statue, quadri e pale d'altare, per non parlare delle grandi quantità di flora e fauna. Seguì la signora Bernarda attraverso una galleria traboccante di fogliame e di specie tropicali, come una vera e propria serra, dalle cui vetrate filtrava una luce dorata di polvere e vapore. Le note languide di un pianoforte risuonavano nell'aria, trascinandosi una dopo l'altra con abbandono. La signora Bernarda si faceva strada nella giungla usando le sue braccia da scaricatore di porto come se fossero *machete*. Io la seguivo da vicino, studiando l'ambiente circostante e soffermandomi sulla presenza di mezza dozzina di felini e un paio di cacatua dai colori accesi e dimensioni enciclopediche che, mi disse la domestica, Barceló

criada, Barceló había bautizado como Ortega y Gasset, respectivamente. Clara me esperaba en un salón al otro lado de este bosque que miraba sobre la plaza. Enfundada en un vaporoso vestido de algodón azul turquesa, el objeto de mis turbios anhelos tocaba el piano al amparo de un soplo de luz que se prismaba desde el rosetón. Clara tocaba mal, a destiempo y equivocando la mitad de las notas, pero a mí su serenata me sonaba a gloria y ella erguida frente al teclado, con una media sonrisa y la cabeza ladeada, me inspiraba una visión celestial. Iba a carraspear para denotar mi presencia, pero los efluvios de Varón Dandy me delataron. Clara cesó su concierto de súbito y una sonrisa avergonzada le salpicó el rostro.

—Por un momento había pensado que eras mi tío —dijo—. Me tiene prohibido que toque a Mompou, porque dice que lo que hago con él es un sacrilegio.

El único Mompou que yo conocía era un cura macilento y de propensión flatulenta que nos daba clases de física y química, y la asociación de ideas se me apareció grotesca, cuando no improbable.

—Pues a mí me parece que tocas de maravilla —apunté.

—Qué va. Mi tío, que es un melómano de pro, hasta me ha puesto un maestro de música para enmendarme. Es un compositor joven que promete mucho. Se llama Adrián Neri y ha estudiado en París y en Viena. Tengo que presentártelo. Está componiendo una sinfonía que le va a estrenar la orquesta Ciudad de Barcelona, porque su tío está en la junta directiva. Es un genio.

—¿El tío o el sobrino?

—No seas malicioso, Daniel. Seguro que Adrián te cae divinamente.

Como un piano de cola desde un séptimo piso, pensé.

—¿Te apetece merendar algo? —ofreció Clara—. Bernarda hace unos bizcochos de canela que quitan el hipo.

Merendamos como la realeza, devorando cuanto la criada nos ponía a tiro. Yo ignoraba el protocolo de estas ocasiones y no sabía muy bien cómo proceder.

battezzato Ortega e Gasset<sup>31</sup>, rispettivamente. Clara mi aspettava in una sala dall'altro lato di quella giungla che dava sulla piazza. Avvolta in un vaporoso vestito di cotone turchese, l'oggetto del mio torbido desiderio suonava il pianoforte mentre la luce proveniente da una vetrata la illuminava in mille riflessi iridescenti. Clara non sapeva suonare: non andava a tempo e sbagliava metà delle note. La sua serenata, però, era musica per le mie orecchie, e vederla seduta davanti al piano, con la schiena dritta, mezzo sorriso sulle labbra e la testa leggermente inclinata, era per me una visione celestiale. Volevo schiarirmi la gola per annunciare la mia presenza, ma le zaffate di *Varòn Dandy* mi anticiparono. Clara interruppe il suo concerto bruscamente e un sorriso imbarazzato apparve sul suo volto.

–Per un attimo ho creduto che fossi mio zio –disse–. Mi ha proibito di suonare Mompou<sup>32</sup> perché dice che quando ci provo lo rovino.

L'unico Mompou che conoscevo io era un prete deperito e di propensione flatulenta che ci dava lezioni di fisica e chimica, e l'associazione di idee mi apparve grottesca, per non dire improbabile.

–Beh, secondo me suoni meravigliosamente –puntualizzai.

–Ma no. Mio zio, che è un vero amante della musica, mi ha persino procurato un insegnante per correggermi. È un giovane compositore molto promettente. Si chiama Adrián Neri e ha studiato a Parigi e a Vienna. Te lo devo presentare. Sta componendo una sinfonia che debutterà con l'orchestra Ciudad de Barcelona, dato che suo zio è nel consiglio direttivo. È un genio.

–Lo zio o il nipote?

–Non essere cattivo, Daniel. Sono sicura che Adrián ti piacerà moltissimo.

Sì, come un pianoforte che ti prende in pieno cadendo dal settimo piano, pensai.

–Hai voglia di fare merenda? –propose Clara–. Bernarda fa dei tortini di cannella da leccarsi i baffi.

Mangiammo come dei re, divorando tutto ciò che la domestica ci portava. Io non conoscevo il protocollo da seguire in occasioni come queste e non capivo bene

---

31 Riferimento a José Ortega y Gasset, famoso filosofo e saggista spagnolo del '900.

32 Famoso compositore e pianista spagnolo del '900.

Clara, que siempre parecía leer mis pensamientos, me sugirió que cuando aveva quisiera podía leer *La Sombra del Viento* y que, ya puestos, podía empezar por el principio. De esta guisa, emulando aquellas voces de Radio Nacional que recitaban viñetas de corte patriótico poco después de la hora del ángelus con prosopopeya ejemplar, me lancé a visitar el texto de la novela una vez más. Mi voz, un tanto envarada al principio, se fue relajando paulatinamente y pronto me olvidé de que estaba recitando para volver a sumergirme en la narración, descubriendo cadencias y giros en la prosa que fluían como motivos musicales, acertijos de timbre y pausa en los que no había reparado en mi primera lectura. Nuevos detalles, briznas de imágenes y espejismos despuntaron entre líneas, como el tramado de un edificio que se contempla desde diferentes ángulos. Leí por espacio de una hora, atravesando cinco capítulos hasta que sentí la voz seca y media docena de relojes de pared resonaron en todo el piso recordándome que ya se me estaba haciendo tarde. Cerré el libro y observé a Clara, que me sonreía serenamente.

–Me recuerda un poco a *La casa roja* –dijo–. Pero ésta parece una historia menos sombría.

–No te confíes –dije–. Es sólo el principio. Luego las cosas se complican.

–Tienes que irte ya, ¿verdad? –preguntó Clara.

–Me temo que sí. No es que quiera, pero...

–Si no tienes otra cosa que hacer, puedes volver mañana –sugirió Clara–. Pero no quiero abusar de...

–¿A las seis? –ofrecí–. Lo digo porque así tendremos más tiempo.

Aquel encuentro en la sala de música del piso de la plaza Real fue el primero entre muchos más a lo largo de aquel verano de 1945 y de los años que siguieron. Pronto mis visitas al piso de los Barceló se hicieron casi diarias, menos los martes y jueves, días en que Clara tenía clase de música con el tal Adrián Neri. Pasaba horas allí y con el tiempo me aprendí de memoria cada sala, cada corredor y cada planta del bosque de don Gustavo. *La Sombra del Viento* nos duró un par de semanas, pero no nos costó trabajo encontrar sucesores con que

come procedere. Clara, che sembrava sempre in grado di leggermi nel pensiero, mi disse che potevo iniziare a leggerle *L'Ombra del Vento* quando volevo e che, già che c'eravamo, tanto valeva iniziare dal principio. Così, imitando le voci di Radio Nacional che poco dopo l'Angelus recitavano slogan patriottici con una pomposità esemplare, mi lanciai in una nuova interpretazione del testo del romanzo. La mia voce, inizialmente un po' tesa, si fece via via più rilassata e ben presto dimenticai che stavo recitando. Mi immersi completamente nella narrazione, scoprendo cadenze e giri di parole che scorrevano fluidi come melodie, un complesso intreccio di toni e pause che non avevo notato nella mia prima lettura. Nuovi dettagli, frammenti di immagini e illusioni spuntarono tra le righe, come l'aspetto di un edificio che cambia non appena lo si osserva da una diversa angolazione. Continuai a leggere per un'ora, finché, dopo cinque capitoli, mi resi conto di avere la gola secca, e mezza dozzina di orologi da parete rintoccarono in tutto l'appartamento, segnalandomi che si era fatto tardi. Chiusi il libro e osservai Clara, che mi sorrideva serenamente.

–Mi ricorda un po' *La casa rossa* –disse–. Ma questa storia sembra meno cupa.

–Non ti illudere –dissi–. Questo è solo l'inizio. Poi le cose si complicano.

–Devi andare, vero? –chiese Clara.

–Mi sa di sì. Fosse per me resterei ma...

–Se non hai altro da fare, puoi tornare domani –suggerì Clara–. Ma non vorrei abusare della tua...

–Alle sei? –proposi–. Così abbiamo più tempo.

Quell'incontro nella sala da musica dell'appartamento in piazza Real fu il primo di una lunga serie in quell'estate del 1945 e negli anni successivi. Ben presto le mie visite all'appartamento dei Barceló divennero quasi giornaliere, tranne i martedì e i giovedì, giorni in cui Clara aveva lezione di musica con quel tale, Adrián Neri. Passavo molte ore lì e col passare del tempo imparai a conoscere ogni stanza, ogni corridoio e ogni pianta della foresta di don Gustavo. *L'Ombra del Vento* ci tenne occupati per un paio di settimane, ma non fu difficile trovare



llenar nuestras horas de lectura. Barceló disponía de una fabulosa biblioteca y, a falta de más títulos de Julián Carax, nos paseamos por docenas de clásicos menores y de frivolidades mayores. Algunas tardes apenas leíamos, y nos dedicábamos sólo a conversar o incluso a salir a dar un paseo por la plaza o a caminar hasta la catedral. A Clara le encantaba sentarse a escuchar los murmullos de la gente en el claustro y adivinar el eco de los pasos en los callejones de piedra. Me pedía que le describiese las fachadas, las gentes, los coches, las tiendas, las farolas y los escaparates a nuestro paso. A menudo, me tomaba del brazo y yo la guiaba por nuestra Barcelona particular, una que sólo ella y yo podíamos ver. Siempre acabábamos en una granja de la calle Petritxol, compartiendo un plato de nata o un suizo con melindros. A veces la gente nos miraba de refilón, y más de un camarero listillo se refería a ella como «tu hermana mayor», pero yo hacía caso omiso de burlas e insinuaciones. Otras veces, no sé si por malicia o por morbosidad, Clara me hacía confidencias extravagantes que yo no sabía bien cómo encajar. Uno de sus temas favoritos era el de un extraño, un individuo que se le acercaba a veces cuando ella estaba a solas en la calle, y le hablaba con voz quebrada. El misterioso individuo, que nunca mencionaba su nombre, le hacía preguntas sobre don Gustavo, e incluso sobre mí. En una ocasión le había acariciado la garganta. A mí, estas historias me martirizaban sin piedad. En otra ocasión, Clara aseguró que le había rogado al supuesto extraño que la dejase leer su rostro con las manos. Él guardó silencio, lo que ella interpretó como un sí. Cuando alzó las manos hasta la cara del extraño, él la detuvo en seco, no sin antes darle oportunidad a Clara de palpar lo que le pareció cuero.

–Como si llevase una máscara de piel –decía.

–Eso te lo estás inventando, Clara.

dei successori con cui riempire le nostre ore di lettura. Barceló possedeva una biblioteca meravigliosa e, non avendo a disposizione altri titoli di Julián Carax, ci immergemmo in dozzine di classici minori e frivolezze maggiori. Certi pomeriggi leggevamo a malapena e ci limitavamo a chiaccherare o decidevamo di andare a passeggiare nella piazza o fino alla cattedrale. Clara adorava sedersi ad ascoltare il mormorio delle persone nel chiostro della chiesa e l'eco dei loro passi nei vicoli ciottolati. Mi chiedeva di descriverle le facciate, le persone, le auto, i negozi, i lampioni e le vetrine davanti a cui passavamo. Spesso, mi prendeva a braccetto e io la guidavo per la nostra Barcellona personale, una che solo io e lei potevamo vedere. Finivamo sempre in una *granja*<sup>33</sup> in via Petritxol, dove dividevamo una ciotola di panna montata o una cioccolata calda con savoiardi. A volte la gente ci osservava con la coda dell'occhio, e più di un cameriere saccente si riferiva a lei dicendo «tua sorella maggiore», ma io fingevo di non sentire tutti quegli scherni e allusioni. Altre volte, non so se per malizia o per morbosità, Clara mi confidava degli strani segreti che non sapevo bene come prendere. Uno dei suoi argomenti preferiti riguardava uno sconosciuto, un individuo che a volte, quando era in strada da sola, le si avvicinava e le parlava con una voce roca. Il misterioso individuo, che non menzionava mai il suo nome, le faceva domande su don Gustavo, e persino su di me. Una volta le aveva anche accarezzato il collo. Per me, queste storie erano un vero e proprio martirio. Clara mi disse anche che una volta aveva pregato lo sconosciuto di lasciarle toccare il suo viso per leggerne i lineamenti con le mani. Lui era rimasto in silenzio, cosa che lei aveva interpretato come un sì. Quando aveva alzato le mani fino al viso dello sconosciuto, però, lui l'aveva fermata bruscamente. Tuttavia, Clara era riuscita a toccare quello che le sembrò essere cuoio.

–Come se indossasse una maschera di pelle –diceva.

–Questo te lo stai inventando!

---

33 Tipo di locale diffuso nella comunità autonoma catalana derivante probabilmente dalle latterie di una volta. Oggigiorno si presenta come una specie di bar destinato principalmente a colazioni e merende, in cui si consumano principalmente latte, caffè, cioccolata, gelati e prodotti da forno.

Clara juraba y perjuraba que era cierto, y yo me rendía, atormentado por la imagen de aquel desconocido de dudosa existencia que se complacía en acariciar ese cuello de cisne, y a saber qué más, mientras a mí sólo me estaba permitido anhelarlo. Si me hubiese parado a pensarlo, hubiera comprendido que mi devoción por Clara no era más que una fuente de sufrimiento. Quizá por eso la adoraba más, por esa estupidez eterna de perseguir a los que nos hacen daño. A lo largo de aquel verano, yo sólo temía el día en que volviesen a empezar las clases y no dispusiera de todo el día para pasarlo con Clara.

La Bernarda, que ocultaba una naturaleza de madraza bajo su severo semblante, acabó por tomarme cariño a fuerza de tanto verme y, a su modo y manera, decidió adoptarme.

–Se conoce que este muchacho no tiene madre, fíjese usted –solía decirle a Barceló–. A mí es que me da una pena, pobrecillo.

La Bernarda había llegado a Barcelona poco después de la guerra, huyendo de la pobreza y de un padre que a las buenas le pegaba palizas y la trataba de tonta, fea y guarra, y a las malas la acorralaba en las porquerizas, borracho, para manosearla hasta que ella lloraba de terror y él la dejaba ir, por mojigata y estúpida, como su madre. Barceló se la había tropezado por casualidad cuando la Bernarda trabajaba en un puesto de verduras del mercado del Borne y, siguiendo una intuición, le había ofrecido empleo a su servicio.

–Lo nuestro será como en *Pigmalión* –anunció–. Usted será mi Eliza y yo su profesor Higgins.

La Bernarda, cuyo apetito literario se saciaba con la *Hoja Dominical*, le miró de reojo.

–Oiga, que una será pobre e ignorante, pero muy decente.

Barceló no era exactamente George Bernard Shaw, pero aunque no había conseguido dotar a su pupila de la dicción y el duende de don Manuel Azaña,

Clara giurava e spergiurava che era la verità, e io mi arrendevo, tormentato dall'immagine di quel presunto sconosciuto che godeva nell'accarezzare quel collo da cigno, e chissà cos'altro, mentre a me era solo permesso di sognarlo. Se mi fossi soffermato a pensarci, avrei capito che la mia devozione per Clara non era altro che una fonte di sofferenza. Forse proprio per questo la adoravo sempre più, vittima di quell'eterna stupidità di rincorrere chi ci fa del male. Per tutta quell'estate pensai con angoscia al giorno in cui sarebbero ricominciate le lezioni e non avrei più avuto il tempo di passare tutte le mie giornate con Clara.

La signora Bernarda, che sotto il suo aspetto severo nascondeva un grande istinto materno, a forza di vedermi così spesso finì per affezionarsi a me e, a modo suo, decise di adottarmi.

–Si vede che questo ragazzino ha perso la madre, signore –diceva a Barceló–. Mi fa tanta pena, poverino.

La signora Bernarda era arrivata a Barcellona poco dopo la fine della guerra, fuggendo dalla miseria e da un padre che, quando le andava bene, la picchiava dandole della stupida, brutta e squaldrina, e quando le andava male, la trascinava nel porcile, ubriaco, dove la palpeggiava fino a farla piangere dalla paura – momento in cui la lasciava andare dandole della stupida bigotta, come sua madre. Barceló se l'era ritrovata davanti per caso, quando la signora Bernarda lavorava in una bancherella di verdure al mercato del Borne, e le aveva offerto lavoro come sua dipendente seguendo un'intuizione.

–Saremo come i protagonisti del Pigmaliione –annunciò–. Lei sarà la mia Eliza ed io il suo professor Higgins.

La signora Bernarda, il cui appetito letterario si saziava con l'inserito domenicale della chiesa, lo guardò di traverso.

–Guardi, sarò anche povera e ignorante, ma sono una persona decante.

Barceló non era esattamente George Bernard Shaw, ma anche se non era riuscito a dotare la sua pupilla dell'eloquenza e dello spirito di don Manuel Azaña<sup>34</sup>, i suoi

---

<sup>34</sup> Famoso politico, scrittore e giornalista spagnolo del '900.

sus esfuerzos habían acabado por refinar a la Bernarda y enseñarle maneras y hablares de doncella de provincias. Tenía veintiocho años, pero a mí siempre me pareció que arrastraba diez más, aunque sólo fuera en la mirada. Era muy de misa y devota de la virgen de Lourdes hasta el punto del delirio. Acudía a diario a la basílica de Santa María del Mar a oír el servicio de las ocho y se confesaba tres veces por semana como mínimo. Don Gustavo, que se declaraba agnóstico (lo cual la Bernarda sospechaba era una afección respiratoria, como el asma, pero de señoritos), opinaba que era matemáticamente imposible que la criada pecase lo suficiente como para mantener semejante ritmo de confesión.

—Si tú eres más buena que el pan, Bernarda —decía, indignado—. Esta gente que ve pecado en todas partes está enferma del alma y, si me apuras, de los intestinos. La condición básica del beato ibérico es el estreñimiento crónico.

Al oír tamañas blasfemias, la Bernarda se santiguaba por quintuplicado. Más tarde, por la noche, decía una oración extra por el alma poluta del señor Barceló, que tenía buen corazón, pero a quien de tanto leer se le habían podrido los sesos, como a don Quijote. De Pascuas a Ramos, a la Bernarda le salían novios que le pegaban, le sacaban los pocos cuartos que tenía en una cartilla de ahorros, y tarde o temprano la dejaban tirada. Cada vez que se producía una de estas crisis, la Bernarda se encerraba en el cuarto que tenía en la parte de atrás del piso a llorar durante días y juraba que se iba a matar con el veneno para las ratas o a beberse una botella de lejía. Barceló, tras agotar todas sus artimañas de persuasión, se asustaba de veras y tenía que llamar al cerrajero de guardia para que abriese la puerta de la habitación y a su médico de cabecera para que le administrase a la Bernarda un sedante de caballo. Cuando la pobre despertaba dos días después, el librero le compraba rosas, bombones, un vestido nuevo y la llevaba al cine a ver una de Cary Grant, que según ella, después de José Antonio, era el hombre más guapo de la historia.

sforzi erano comunque riusciti a raffinare la signora Bernarda e ad insegnarle modi e maniere da buona signorina di provincia. Aveva ventotto anni, anche se a me il suo sguardo aveva sempre suggerito che ne avesse dieci di più. Era molto religiosa e aveva una devozione quasi maniacale per la Madonna di Lourdes. Andava ogni giorno alla basilica di Santa Maria del Mar ad ascoltare la funzione delle otto e si confessava almeno tre volte a settimana. Don Gustavo, che si dichiarava agnostico (che la signora Bernarda pensava essere un disturbo respiratorio, come l'asma, ma da aristocratici), sosteneva che fosse matematicamente impossibile che la domestica peccasse tanto da dover mantenere un tale ritmo di confessioni.

–Ma se sei buona come il pane, Bernarda –gli diceva, indignato–. Queste persone che vedono il peccato dappertutto sono malate nell'anima e, se vuoi il mio parere, hanno anche qualche problema intestinale. La caratteristica distintiva del santo iberico è la costipazione cronica.

Nell'udire blasfemie del genere, la signora Bernarda si faceva il segno della croce cinque volte. Più tardi, verso sera, faceva una preghiera in più per l'anima impura del signor Barceló, che aveva un buon cuore, solo che aveva letto così tanti libri che gli si era ammuffito il cervello, come a Don Chisciotte. Una volta ogni morte di papa, la signora Bernarda si trovava un fidanzato che la picchiava, s'impossessava dei pochi soldi che aveva in un libretto di risparmio e prima o dopo la piantava in asso. Ogni volta che si produceva una di queste crisi, la signora Bernarda si rinchiodava nella sua stanza a piangere per giorni interi e giurava che si sarebbe uccisa con il veleno per i topi o che si sarebbe bevuta una bottiglia di candeggina. Barceló, una volta esauriti tutti i suoi stratagemmi di persuasione, iniziava a spaventarsi per davvero ed era costretto a chiamare prima un fabbro per fargli aprire la porta della stanza, e poi il suo medico di famiglia per somministrarle un sedativo per cavalli. Quando la poverina si svegliava, due giorni più tardi, il libraio le comprava rose, cioccolatini e un abito nuovo, e poi la portava al cinema a vedere un film di Cary Grant, che per lei, dopo José Antonio<sup>35</sup>, era l'uomo più bello del mondo.

---

<sup>35</sup> Possibile riferimento a José Antonio Primo de Rivera, figlio di Miguel Primo de Rivera, dittatore di Spagna dal 1923 al 1930.

–Oiga, y dicen que Cary Grant es de la acera de enfrente –murmuraba ella, atiborrándose de chocolatinas–. ¿Será posible?

–Sandeces –sentenciaba Barceló–. El cazurro y el zoquete viven en un estado de perenne envidia.

–Qué bien habla el señor. Se conoce que ha ido a la universidad esa del sorbete.

–Sorbona –corregía Barceló, sin acritud.

Era muy difícil no querer a la Bernarda. Sin habérselo pedido nadie, cocinaba y cosía para mí. Me arreglaba la ropa, los zapatos, me peinaba, me cortaba el pelo, me compraba vitaminas y dentífrico, e incluso llegó a regalarme una medallita con un frasco de cristal que contenía agua bendita traída desde Lourdes en autobús por una hermana suya que vivía en San Adrián del Besós. A veces, mientras se empeñaba en examinarme el pelo en busca de liendres y otros parásitos, me hablaba en voz baja.

–La señorita Clara es lo más grande del mundo, y quiera Dios que me caiga muerta si algún día se me ocurre criticarla, pero no está bien que el señorito se obsesione mucho con ella, si me entiende usted lo que quiero decir.

–No te preocupes, Bernarda, si sólo somos amigos.

–Pues eso mismo digo yo.

Para ilustrar sus argumentos, la Bernarda procedía entonces a relatarme alguna historia que había oído por la radio en torno a un muchacho que se había enamorado indebidamente de su maestra y al que, por obra de algún sortilegio justiciero, se le había caído el pelo y los dientes al tiempo que la cara y las manos se le recubrían de hongos recriminatorios, una suerte de lepra del libidinoso.

–La lujuria es muy mala cosa –concluía la Bernarda–. Se lo digo yo.

Don Gustavo, pese a los chistes que se marcaba a mi costa, veía con buenos ojos mi devoción por Clara y mi entusiasta entrega de acompañante. Yo atribuía su tolerancia al hecho de que probablemente me consideraba inofensivo. De tarde en tarde, seguía dejándome caer ofertas succulentas para adquirir la novela de

–Ma lo sa che dicono che Cary Grant è dell'altra sponda? –mormorava lei, abbuffandosi di cioccolatini–. Sarà vero?

–Sciocchezze –dichiarava Barceló–. I brutti e gli ottusi vivono in uno stato d'invidia perenne.

–Come parla bene signore. Si vede che è andato all'università del sorbetto.

–La Sorbona –la correggeva Barceló, con gentilezza.

Era difficile non voler bene alla signora Bernarda. Senza che nessuno gliel'avesse chiesto, cucinava e cuciva per me. Mi riparava i vestiti, mi lucidava le scarpe, mi pettinava, mi tagliava i capelli, mi comprava vitamine e dentifricio, e mi regalò persino una collanina con una bocchetta di cristallo contenente acqua benedetta che arrivava direttamente da Lourdes, portata in autobus da una sua sorella che viveva a San Adrián del Besós. A volte, mentre era impegnata ad esaminarmi i capelli alla ricerca di pidocchi o altri parassiti, mi parlava a bassa voce.

–La signorina Clara è la persona più bella del mondo, e che mi venisse un colpo se mai mi azzardassi a criticarla, però non sta bene che il signorino si faccia troppe illusioni su di lei, se capisce cosa intendo dire.

–Non ti preoccupare, Bernarda, siamo solo amici.

–È quello che spero.

A sostegno della sua tesi, la signora Bernarda procedeva quindi a raccontarmi una qualche storia che aveva sentito alla radio riguardo a un ragazzo che si era innamorato perdutamente della sua insegnante e il quale aveva poi subito un sacrosanto sortilegio vendicatore: aveva perso i capelli e i denti, mentre la faccia e le mani gli si erano ricoperti di funghi di rimprovero, una specie di lebbra del libidinoso.

–La lussuria non porta niente di buono –concludeva la signora Bernarda–. Si fidi di me.

Don Gustavo, anche se a volte si prendeva gioco di me, vedeva di buon occhio la mia devozione per Clara e il grande impegno che mettevo nel farle compagnia. Io attribuivo la sua tolleranza al fatto che probabilmente mi considerasse inoffensivo. Di tanto in tanto, continuava ad offrirmi cospicue somme in cambio



Carax. Me decía que había comentado el tema con algunos colegas del gremio de libros de anticuario y todos coincidían que un Carax ahora podía valer una fortuna, especialmente en Francia. Yo siempre le decía que no y él se limitaba a sonreír, ladino. Me había entregado una copia de las llaves del piso para que entrase y saliese sin estar pendiente de si él o la Bernarda estaban en casa para abrirme. Mi padre era harina de otro costal. Con el paso de los años había superado su reparo innato a abordar cualquier tema que le preocupase de veras. Una de las primeras consecuencias de este progreso fue que empezó a mostrar su clara desaprobación de mi relación con Clara.

–Tendrías que ir con amigos de tu edad, como Tomás Aguilar, que lo tienes olvidado y es un muchacho estupendo, y no con una mujer que ya tiene años de casarse.

–¿Qué más dará la edad que tenga cada uno si somos buenos amigos?

Lo que más me dolió fue la alusión a Tomás, porque era cierta. Hacía meses que no salía por ahí con él, cuando antes habíamos sido inseparables. Mi padre me observó con reprobación.

–Daniel, tú no sabes nada de las mujeres, y ésa juega contigo como un gato con un canario.

–Eres tú el que no sabe nada de mujeres –replicaba yo, ofendido–. Y de Clara, menos.

Nuestras conversaciones sobre el tema rara vez iban más allá de un intercambio de reproches y miradas. Cuando no estaba en el colegio o con Clara, todo mi tiempo lo dedicaba a ayudar a mi padre en la librería. Ordenando el almacén de la trastienda, llevando pedidos, haciendo recados o atendiendo a los clientes habituales. Mi padre se quejaba de que no ponía la cabeza ni el corazón en el trabajo. Yo, a mi vez, replicaba que me pasaba la vida entera allí y que no entendía de qué tenía que quejarse. Muchas noches, sin poder conciliar el sueño, recordaba aquella intimidad, aquel pequeño mundo que ambos habíamos compartido en los años que siguieron a la muerte de mi madre, los años de la pluma de Víctor Hugo y las locomotoras de latón. Los recordaba como años de

del romanzo di Carax. Mi diceva che ne aveva parlato con alcuni colleghi del circolo dei libri di antiquariato e che tutti avevano concordato sul fatto che un Carax in quel momento poteva valere una fortuna, soprattutto in Francia. Io gli dicevo sempre di no e lui si limitava a sorridere, scaltro. Mi aveva dato una copia delle chiavi per poter entrare e uscire dall'appartamento senza dover dipendere da lui o dalla signora Bernarda. Con mio padre invece, era tutta un'altra storia. Con il passare degli anni aveva superato la sua istintiva riluttanza ad affrontare qualsiasi tema che lo preoccupasse realmente. Uno dei primi effetti diretti di questo passo avanti fu di mostrarmi la sua netta disapprovazione del mio rapporto con Clara.

–Dovresti uscire con ragazzi della tua età, come Tomàs Aguilar, che ti sei dimenticato di lui ed è un ragazzino meraviglioso, e non con donne in età da marito.

–Che importa dell'età che abbiamo se siamo solo amici?

Quello che mi fece davvero male fu l'allusione a Tomàs, perché aveva ragione. Era da mesi che non uscivo con lui, mentre prima eravamo inseparabili. Mio padre mi osservò con uno sguardo di rimprovero.

–Daniel, tu non sai niente delle donne, e questa sta giocando con te come un gatto con un canarino.

–Sei tu quello che non sa niente delle donne –rispondevo io, offeso–. E ancora meno di Clara.

Le nostre conversazioni sul tema raramente andavano oltre a uno scambio di rimproveri ed occhiate. Quando non ero a scuola o con Clara, dedicavo tutto il mio tempo ad aiutare mio padre in libreria, ordinando il magazzino nel retrobottega, consegnando gli ordini, sbrigando commissioni o occupandomi dei clienti abituali. Mio padre si lamentava dicendo che non ci stavo mettendo il cuore, né la testa, nel lavoro. Io, a mia volta, rispondevo che ci avevo passato la vita intera in quella libreria e non capivo di cosa potesse mai lamentarsi. Spesso, la sera, quando non riuscivo ad addormentarmi, ripensavo a quei momenti d'intimità, quel piccolo mondo che entrambi avevamo condiviso negli anni successivi alla morte di mia madre, gli anni della penna di Victor Hugo e delle locomotive in

paz y tristeza, un mundo que se desvanecía, que se había venido evaporando desde aquel amanecer en que mi padre me había llevado a visitar el Cementerio de los Libros Olvidados. Un día mi padre descubrió que yo había regalado el libro de Carax a Clara y montó en cólera.

–Me has decepcionado, Daniel –me dijo–. Cuando te llevé a aquel lugar secreto, te dije que el libro que escogieras era algo especial, que tú lo ibas a adoptar y que debías responsabilizarte de él.

–Entonces tenía diez años, papá, y aquello era un juego de niños.

Mi padre me miró como si le hubiese apuñalado.

–Y ahora tienes catorce, y no sólo sigues siendo un niño, eres un niño que se cree un hombre. Vas a llevarte muchos disgustos en la vida, Daniel. Y muy pronto.

En aquellos días yo quería creer que a mi padre le dolía que pasase tanto tiempo con los Barceló. El librero y su sobrina vivían en un mundo de lujos que mi padre apenas podía olfatear. Pensaba que le molestaba que la criada de don Gustavo se comportase conmigo como si fuese mi madre y que le ofendía que yo aceptase que alguien pudiera desempeñar aquel papel. A veces, mientras yo andaba por la trastienda haciendo paquetes o preparando un envío, oía a algún cliente bromear con mi padre.

–Sempere, usted lo que tiene que hacer es buscarse una buena chavala, que ahora sobran viudas de buen ver y en la flor de la vida, ya me entiende usted. Una buena moza le arregla a uno la vida, amigo mío, y le quita veinte años de encima. Lo que no puedan un par de tetas...

Mi padre nunca respondía a estas insinuaciones, pero a mí cada vez me parecían más sensatas. En una ocasión, en una de nuestras cenas que se habían transformado en combates de silencios y miradas robadas, saqué el tema a relucir. Creía que si era yo quien lo sugería, facilitaría las cosas. Mi padre era un hombre bien parecido, de aspecto pulcro y cuidado, y me constaba que más de una mujer en el barrio lo veía con buenos ojos.

ottone. Li ricordavo come anni di pace e di tristezza, un mondo che stava scomparendo, che aveva cominciato a dissolversi da quel mattino in cui mio padre mi aveva portato a visitare il Cimitero dei Libri Dimenticati. Un giorno, mio padre scoprì che avevo regalato il libro di Carax a Clara e andò su tutte le furie.

–Mi hai deluso, Daniel –mi disse–. Quando ti ho portato in quel luogo segreto, ti ho detto che il libro che avresti scelto sarebbe stato speciale, che avresti dovuto adottarlo e prendertene cura.

–Avevo dieci anni, papà, e quello era solo un gioco da ragazzini.

Mio padre mi guardò come se l'avessi pugnalato al cuore.

–E adesso ne hai quattordici, e non solo continui ad essere un bambino, sei un bambino che si crede un uomo. Ti aspettano delle belle batoste nella vita, Daniel. Stai attento.

A quei tempi, volevo credere che ciò che infastidiva mio padre era che passassi tanto tempo con i Barceló. Il libraio e la nipote vivevano in un mondo di lussi che mio padre poteva solo sognare. Pensavo che gli desse fastidio che la domestica di don Gustavo mi trattasse come se fosse mia madre e che lo offendesse che io avessi lasciato che qualcuno prendesse il suo posto. Di tanto in tanto, mentre ero nel retrobottega a fare pacchetti o preparando delle consegne, sentivo la voce di qualche cliente che scherzava con mio padre.

–Sempere, quello di cui ha bisogno lei è una buona compagna, soprattutto adesso che ci sono un sacco di belle vedove nel fiore degli anni in giro, non so se mi spiego. Una bella donna le cambia la vita, amico mio, e la fa ringiovanire di vent'anni. Cosa non può fare un bel paio di tette...

Mio padre non rispondeva mai a queste insinuazioni, però a me quei consigli sembravano sempre più sensati. Una volta, durante una delle nostre cene che si erano trasformate in silenziosi scontri di sguardi furtivi, tirai fuori l'argomento. Pensavo che se fossi stato io a suggerirlo, le cose sarebbero state più facili. Mio padre era un bell'uomo, affascinante e curato, e sapevo di per certo che più di una donna del quartiere gli aveva messo gli occhi addosso.

—A ti te ha resultado muy fácil encontrar una sustituta para tu madre —replicó con amargura—. Pero para mí no la hay y no tengo interés alguno en buscarla.

A medida que pasaba el tiempo, las insinuaciones de mi padre y de la Bernarda, e incluso de Barceló, empezaron a hacer mella en mí. Algo en mi interior me decía que estaba metiéndome en un camino sin salida, que no podía esperar que Clara viese en mí más que a un muchacho al que llevaba diez años. Sentía que cada día se me hacía más difícil estar junto a ella, sufrir el roce de sus manos o llevarla del brazo cuando paseábamos. Llegó un punto en que la mera proximidad con ella se traducían en casi un dolor físico. A nadie se le escapaba este hecho, y menos que a nadie a Clara.

—Daniel, creo que tenemos que hablar —me decía—. Yo creo que no me he portado bien contigo...

Nunca le dejaba acabar sus frases. Salía de la habitación con cualquier excusa y huía. Eran días en que creí estar enfrentándome al calendario en una carrera imposible. Temía que el mundo de espejismos que había construido en torno a Clara se acercase a su fin. Poco imaginaba yo que mis problemas apenas habían empezado.

### Miseria y compañía

1950–1952

7

El día de mi dieciséis cumpleaños conjuré la peor de cuantas ocurrencias funestas había alumbrado a lo largo de mi corta existencia. Por mi cuenta y riesgo, había decidido organizar una cena de cumpleaños e invitar a Barceló, a la Bernarda y a Clara. Mi padre opinaba que aquello era un error.

—Es mi cumpleaños —repliqué cruelmente—. Trabajo para ti todos los demás días del año. Al menos por una vez, dame el gusto.

—Haz lo que quieras.

–Per te è stato facile rimpiazzare tua madre –rispose con amarezza–. Ma per me nessuno può sostituirla e non sono interessato a farlo.

Mano a mano che passava il tempo, le insinuazioni di mio padre e della signora Bernarda, e anche quelle di Barceló, cominciavano a fare il loro effetto. Qualcosa dentro di me mi diceva che mi stavo mettendo in un strada senza uscita, che non potevo sperare che Clara vedesse in me niente di più di un ragazzino di dieci anni più piccolo. Sentivo che ogni giorno diventava più difficile stare con lei, sopportare il contatto con le sue mani o tenerla a braccetto quando andavamo a passeggiare. Arrivò un momento in cui solo starle vicino mi causava un dolore quasi fisico. A nessuno era sfuggita questa situazione, tanto meno a Clara.

–Daniel, dobbiamo parlare –mi diceva–. Credo di non essermi comportata bene con te...

Ma non la lascio mai concludere le sue frasi. Uscivo dalla stanza con una scusa qualsiasi e scappavo via. In quei giorni mi sentivo come se stessi correndo contro il tempo, e temevo che il mondo fantastico che avevo costruito intorno a Clara stesse per crollare. Non potevo sapere che i miei problemi erano appena iniziati.

## Miseria e compagnia

1950–1952

7

Il giorno del mio sedicesimo compleanno, architettai il peggiore dei complotti che avessi mai concepito nel corso della mia breve esistenza. A mio rischio e pericolo, avevo deciso di organizzare una cena di compleanno e di invitare Barceló, la signora Bernarda e Clara. Mio padre pensava che fosse un errore.

–È il mio compleanno –ribattei aspramente–. Lavoro per te tutti i giorni dell'anno. Fammi contento, per una volta.

–Fai come ti pare.

Los meses precedentes habían sido los más confusos de mi extraña amistad con Clara. Ya casi nunca leía para ella. Clara rehuía sistemáticamente cualquier ocasión que implicase quedarse a solas conmigo. Siempre que la visitaba, su tío estaba presente fingiendo leer el diario, o la Bernarda se materializaba trajinando por el foro y lanzándome miradas de soslayo. Otras veces, la compañía venía en forma de una o varias de las amigas de Clara. Yo las llamaba las Hermanas Anisete, siempre tocadas de un recato y un semblante virginal, patrullando las proximidades de Clara con un misal en la mano y una mirada policial que mostraba sin tapujos que yo estaba de sobra, que mi presencia avergonzaba a Clara y al mundo. El peor de todos, sin embargo, era el maestro Neri, cuya infausta sinfonía seguía inconclusa. Era un tipo atildado, un niño de San Gervasio que pese a dárselas de Mozart, a mí, rezumando brillantina, me recordaba más a Carlos Gardel. De genio yo sólo le encontraba la mala baba. Le hacía la rosca a don Gustavo sin dignidad ni decoro, y flirteaba con la Bernarda en la cocina, haciéndola reír con sus ridículos regalos de bolsas de peladillas y pellizcos en el culo. Yo, en pocas palabras, le detestaba a muerte. La antipatía era mutua. Neri siempre aparecía por allí con sus partituras y su arrogante ademán, mirándome como si fuese un grumetillo indeseable y poniendo toda clase de reparos a mi presencia.

–Niño, ¿tú no tienes que irte a hacer los deberes?

–¿Y usted, *maestro*, no tenía una sinfonía que acabar?

Al final, entre todos podían conmigo y yo me largaba cabizbajo y derrotado, deseando haber tenido la labia de don Gustavo para poner a aquel engreído en su sitio.

Nei mesi precedenti, la mia strana amicizia con Clara mi aveva lasciato sempre più disorientato. Ormai non leggevo quasi più per lei. Clara evitava sistematicamente di rimanere da sola con me. Ogni volta che andavo a visitarla, o ci raggiungeva suo zio, fingendo di leggere il giornale, o si materializzava la signora Bernarda, trafficando nella stanza e lanciandomi occhiate furtive. Altre volte, la compagnia si manifestava sottoforma di una o più amiche di Clara, che io chiamavo le sorelle Anisetta.

Con i loro modi casti e decorosi, venivano a sorvegliare Clara con un messale in mano e uno sguardo torvo che facevano capire chiaramente che ero di troppo in quella casa e che la mia presenza era una vergogna per Clara e per il mondo intero. Il peggiore, però, era il maestro Neri, che non aveva ancora terminato la sua maledetta sinfonia. Era un tipo elegante, un presuntuoso del distretto di San Gervasio che si credeva Mozart, ma che ricordava più Carlos Gardel<sup>36</sup>, imbrillantinato com'era. Del genio aveva solo il pessimo temperamento. Si pavoneggiava con don Gustavo adulandolo senza ritegno e faceva il cascamoto con la signora Bernarda in cucina, regalándole scatole di confetti e pizzicotti sul sedere per farla divertire. In parole povere, lo odiavo profondamente. E l'antipatia era reciproca. Neri si presentava sempre lì con le sue partiture e il suo modo di fare arrogante, guardandomi come se fossi un inutile ragazzino e cercando di liberarsi di me in ogni modo.

–Non hai dei compiti da fare, *ragazzino*?

–E lei non aveva una sinfonia da scrivere, *maestro*?

Alla fine, tutte queste insopportabili seccature avevano la meglio su di me e finivo per battere in ritirata con la coda fra le gambe, desiderando la parlantina di don Gustavo per poter mettere al suo posto quel bellimbusto.

---

36 Cantante, attore e compositore argentino, attivo nella prima metà del 900, famoso soprattutto nell'ambito del tango.



El día de mi cumpleaños, mi padre bajó al horno de la esquina y compró el mejor pastel que encontró. Dispuso la mesa en silencio, colocando la plata y la vajilla buena. Encendió velas y preparó una cena con los platos que suponía mis favoritos. No cruzamos palabra en toda la tarde. Al anoecer, mi padre se retiró a su habitación, se enfundó su mejor traje y regresó con un paquete envuelto en papel de celofán que colocó en la mesita del comedor. Mi regalo. Se sentó a la mesa, se sirvió una copa de vino blanco, y esperó. La invitación decía que la cena era a las ocho y media. A las nueve y media todavía estábamos esperando. Mi padre me observaba con tristeza sin decir nada. A mí me ardía el alma de rabia.

–Estarás contento –dije–. ¿Es esto lo que querías?

–No.

La Bernarda se presentó media hora más tarde. Traía una cara de funeral y un recado de la señorita Clara. Me deseaba muchas felicidades, pero sentía no poder asistir a mi cena de cumpleaños. El señor Barceló se había tenido que ausentar de la ciudad durante unos días por asuntos de negocios y Clara se había visto obligada a cambiar la hora de su clase de música con el maestro Neri. Ella había venido porque era su tarde libre.

–¿Clara no puede venir porque tiene una clase de música? –pregunté, atónito.

La Bernarda bajó la vista. Estaba casi llorando cuando me tendió un pequeño paquete que contenía su regalo y me besó ambas mejillas.

–Si no le gusta, se puede cambiar –dijo.

Me quedé a solas con mi padre, contemplando la vajilla buena, la plata y las velas consumiéndose en silencio.

–Lo siento, Daniel –dijo mi padre.

Asentí en silencio, encogiéndome de hombros.

–¿No vas a abrir tu regalo? –preguntó.

Mi única respuesta fue el portazo que di al salir. Bajé las escaleras con furia, sintiendo los ojos rebosando lágrimas de ira al salir a la calle desolada, bañada de luz azul y de frío.

Il giorno del mio compleanno, mio padre fece un salto dal fornaio all'angolo a comprare il dolce migliore che aveva e apparecchiò la tavola in silenzio, tirando fuori l'argenteria e il servizio buono. Accese le candeline e per cena preparò tutti i piatti che mi piacevano. Non ci rivolgemmo la parola per tutto il pomeriggio. Quando venne sera, mio padre andò in camera sua, s'infilò il suo abito migliore e fece ritorno con un pacchettino scintillante che appoggiò sul tavolino della sala da pranzo. Il mio regalo. Si sedette a tavola, si versò un bicchiere di vino bianco e si mise ad aspettare. L'invito a cena era per le otto e mezza. Alle nove e mezza, stavamo ancora aspettando. Mio padre mi osservava con tristezza, senza dire nulla. Io mi sentivo esplodere dalla rabbia.

–Sarai contento –dissi–. È quello che volevi, no?

–No.

La signora Bernarda arrivò mezz'ora dopo, con una faccia da funerale e un messaggio da parte di Clara: mi faceva tanti auguri ma purtroppo non poteva partecipare alla mia cena di compleanno. Il signor Barceló aveva dovuto lasciare la città per qualche giorno per impegni di lavoro e Clara si era vista costretta a modificare l'orario della sua lezione di musica con il maestro Neri. Bernarda era venuta perché quello era il suo pomeriggio libero.

–Clara non può venire perché ha una lezione di musica? –chiesi, sbalordito.

La signora Bernarda abbassò lo sguardo. Si mise quasi a piangere mentre mi dava un pacchettino che conteneva il suo regalo e un bacio su entrambe le guance.

–Se non le piace, si può cambiare –disse.

Rimasi da solo con mio padre, fissando il servizio buono, l'argenteria e le candeline che si consumavano silenziosamente.

–Mi dispiace, Daniel –disse mio padre.

Annuii in silenzio, stringendomi nelle spalle.

–Non vuoi aprire il tuo regalo? –chiese.

La mia unica risposta fu la porta che feci sbattere dietro di me. Mi precipitai giù dalle scale, sentendo gli occhi che si riempivano di lacrime mentre uscivo in strada. Era desolata, gelida, e appena illuminata da una luce azzurrognola.

Llevaba el corazón envenenado y la mirada me temblaba. Eché a andar sin rumbo, ignorando al extraño que me observaba inmóvil desde la Puerta del Ángel. Vestía el mismo traje oscuro, su mano derecha enfundada en el bolsillo de la chaqueta. Sus ojos dibujaban briznas de luz a la lumbre de un cigarro. Cojeando levemente, empezó a seguirme.

Anduve callejeando sin rumbo durante más de una hora hasta llegar a los pies del monumento a Colón. Crucé hasta los muelles y me senté en los peldaños que se hundían en las aguas tenebrosas junto al muelle de las golondrinas. Alguien había fletado una excursión nocturna y se podían oír las risas y la música flotando desde la procesión de luces y reflejos en la dársena del puerto. Recordé los días en que mi padre y yo hacíamos la travesía en las golondrinas hasta la punta del espigón. Desde allí podía verse la ladera del cementerio en la montaña de Montjuïc y la ciudad de los muertos, infinita. A veces yo saludaba con la mano, creyendo que mi madre seguía allí y nos veía pasar. Mi padre repetía mi saludo. Hacía ya años que no embarcábamos en una golondrina, aunque yo sabía que él a veces iba solo.

–Una buena noche para el remordimiento, Daniel –dijo la voz desde las sombras–. ¿Un cigarrillo?

Me incorporé de un brinco, con un frío súbito en el cuerpo. Una mano me ofrecía un pitillo desde la oscuridad.

–¿Quién es usted?

El extraño se adelantó hasta el umbral de la oscuridad, dejando su rostro velado. Un hálito de humo azul brotaba de su cigarrillo. Reconocí al instante el traje negro y aquella mano oculta en el bolsillo de la chaqueta. Los ojos le brillaban como cuentas de cristal.

–Un amigo –dijo–. O eso aspiro a ser. ¿Cigarrillo?

–No fumo.

–Bien hecho. Lamentablemente, no tengo nada más que ofrecerte, Daniel.

Avevo il cuore avvelenato e lo sguardo mi tremava. Iniziai a vagare senza meta, ignorando lo sconosciuto che mi osservava immobile da Puerta del Ángel. Aveva lo stesso abito scuro, la mano destra infilata nella tasca della giacca. I suoi occhi emanavano piccole scintille alla luce della sua sigaretta. Zoppicando leggermente, cominciò a seguirmi.

Continuai a camminare per più di un'ora, fino a ritrovarmi ai piedi del monumento a Colombo. Attraversai la zona del porto e andai a sedermi sugli scalini che scendevano nell'acqua scura, vicino al molo delle *golondrinas*<sup>37</sup>. Qualcuno ne aveva noleggiata una per un'escursione notturna e si potevano sentire le risate e la musica che fluttuavano dalla processione di luci e riflessi in lontananza. Mi ricordai di quando io e mio padre attraversavamo il porto in una di quelle barche per arrivare fino al frangiflutti. Da lì si poteva vedere il cimitero sulla collina del Montjuic, l'infinita città dei morti. A volte salutavo mia madre con la mano, convinto che lei fosse ancora lì e che ci vedesse passare. Mio padre salutava assieme a me. Era da anni ormai che non salivamo su una golondrina, anche se sapevo che ogni tanto lui ci andava da solo.

–È una notte ideale per i rimorsi, Daniel –disse una voce nascosta nell'ombra–. Una sigaretta?

Mi alzai in piedi di scatto, il corpo attraversato da un brivido di freddo. Una mano usciva dalle tenebre, offrendomi una sigaretta.

–Chi è lei?

Lo sconosciuto si avvicinò fino al ciglio dell'oscurità, il viso avvolto nell'ombra. Una nuvola di fumo azzurrino si levava dalla sua sigaretta. Riconobbi all'istante il completo nero e quella mano nascosta nella tasca della giacca. Gli occhi gli brillavano come perline di cristallo.

–Un amico –disse–. O almeno, questo è quello che vorrei. Sigaretta?

–Non fumo.

–Bravo. Purtroppo, non ho nient'altro da offrirti, Daniel.

---

<sup>37</sup> Battelli turistici che permettono di costeggiare la città. Furono inaugurate nell'Esposizione Universale di Barcellona del 1888 per poterne ammirare il profilo dal mare.

Su voz era arenosa, herida. Arrastraba las palabras y sonaba apagada y remota, como los discos de setenta y ocho revoluciones por minuto que coleccionaba Barceló.

–¿Cómo sabe mi nombre?

–Sé muchas cosas de ti. El nombre es lo de menos.

–¿Qué más sabe?

–Podría avergonzarte, pero no tengo ni el tiempo ni las ganas. Baste decir que sé que tienes algo que me interesa. Y estoy dispuesto a pagarte bien por ello.

–Me parece que se equivoca usted de persona.

–No, yo nunca me equivoco de persona. Para otras cosas sí, pero nunca de persona. ¿Cuánto quieres por él?

–¿Por el qué?

–*La Sombra del Viento*.

–¿Qué le hace pensar que lo tengo?

–Eso está fuera de la discusión, Daniel. Es sólo una cuestión de precio. Hace mucho que sé que lo tienes. La gente habla. Yo escucho.

–Pues debe de haber oído mal. Yo no tengo ese libro. Y si lo tuviera, no lo vendería.

–Tu integridad es admirable, sobre todo en esta época de monaguillos y lameculos, pero conmigo no hace falta que hagas comedia. Dime cuánto. ¿Mil duros? A mí el dinero me trae sin cuidado. El precio lo pones tú.

–Ya se lo he dicho: ni está en venta, ni lo tengo –repliqué–. Se ha equivocado usted, ya lo ve.

El extraño permaneció en silencio, inmóvil, envuelto en el humo azul de aquel cigarrillo que nunca parecía acabarse. Noté que no olía a tabaco, sino a papel quemado. Papel bueno, de libro.

–Quizá seas tú el que se esté equivocando ahora –sugirió.

–¿Me está amenazando?

–Probablemente.

Aveva una voce arida, ferita. Strascicava le parole e suonava spenta e remota, come i dischi a settantotto giri che collezionava Barceló.

–Come fa a sapere il mio nome?

–So molte cose di te. Il nome non è nulla in confronto.

–Cos'altro sai?

–Potrei metterti in imbarazzo, ma non ho né il tempo né la voglia di farlo. Ti basti sapere che so che hai qualcosa che m'interessa. E sono disposto a pagarti bene per averlo.

–Mi sa che mi ha scambiato per qualcun'altro.

–No, io non mi sbaglio mai sulle persone. Su altre cose forse sì, ma sulle persone mai. Quanto vuoi?

–Per cosa?

–*L'Ombra del Vento*.

–Cosa le fa pensare che ce l'abbia io?

–Non farmi perdere tempo, Daniel. È solo una questione di prezzo. È da molto tempo che so che ce l'hai tu. La gente parla. Io ascolto.

–Beh, mi sa che ha sentito male. Io non ce l'ho quel libro. E se anche ce l'avessi, non lo venderei.

–La tua integrità è ammirevole, soprattutto in quest'epoca di bigotti e leccaculo, ma non cercare di fregarmi. Dimmi quanto vuoi. Cinquemila *pesetas*? Il denaro non ha nessuna importanza per me. Il prezzo lo stabilisci tu.

–Gliel'ho già detto: non è in vendita, e non ce l'ho io –ribattei–. Ha commesso un errore, non vede?

Lo sconosciuto rimase in silenzio, immobile, avvolto nella nuvola di fumo azzurro emanata da quella sigaretta che sembrava non finire mai. Mi resi conto che non profumava di tabacco, ma più che altro di carta bruciata. Carta di qualità, come quella dei libri.

–Forse sei tu quello che sta commettendo un errore, allora –suggerì.

–Mi sta minacciando?

–Può essere.

Tragué saliva. Pese a mi bravata, aquel individuo me tenía totalmente aterrorizado.

–¿Y puedo saber por qué está usted tan interesado?

–Eso es asunto mío.

–Mío también, si me amenaza usted para que le venda un libro que no tengo.

–Me caes bien, Daniel. Tienes agallas y pareces listo. ¿Mil duros? Con eso puedes comprar muchísimos libros. Libros buenos, no esa basura que guardas con tanto celo. Venga, mil duros y quedamos tan amigos.

–Usted y yo no somos amigos.

–Sí lo somos, pero tú no te has dado cuenta todavía. No te culpo, con tantas cosas en la cabeza. Como tu amiga, Clara. Por una mujer así, cualquiera pierde el sentido común.

La mención a Clara me heló la sangre.

–¿Qué sabe usted de Clara?

–Me atrevería a decir que sé más que tú, y que te convendría olvidarla, aunque ya sé que no lo harás. Yo también he tenido dieciséis años...

Una terrible certeza me golpeó de súbito. Aquel hombre era el extraño que abordaba a Clara por la calle, de incógnito. Era real. Clara no había mentido. El individuo dio un paso al frente. Me retiré. No había sentido tanto miedo en la vida.

–Clara no tiene el libro, más vale que lo sepa. No se atreva a tocarla otra vez.

–Tu amiga me trae sin cuidado, Daniel, y algún día compartirás mi sentir. Lo que quiero es el libro. Prefiero obtenerlo por las buenas y que nadie salga perjudicado. ¿Me explico?

A falta de mejores ideas me lancé a mentir como un bellaco.

–Lo tiene un tal Adrián Neri. Músico. A lo mejor le suena.

–No me suena de nada, y eso es lo peor que se puede decir de un músico. ¿Seguro que no te has inventado a este tal Adrián Neri?

Deglutii. Malgrado la mia spavalderia, quell'individuo mi terrorizzava completamente.

–E posso sapere perché le interessa tanto quel libro?

–Non sono fatti tuoi.

–Lo sono, se arriva a minacciarmi perché le venda un libro che non ho.

–Mi piaci, Daniel. Hai fegato e sembri sveglio. Cinquemila *pesetas*? Con quelle ci puoi comprare tantissimi libri. Bei libri, non come quella spazzatura che proteggi con tanta ostinazione. Dai, cinquemila *pesetas* e la chiudiamo qui, da buoni amici.

–Io e lei non siamo amici.

–Sì che lo siamo, solo che tu non te ne sei ancora reso conto. Non ti biasimo, con tutte le cose che hai per la testa. Come la tua amica Clara. Chiunque perderebbe la testa per una donna così.

Sentirlo pronunciare il nome di Clara mi raggelò il sangue.

–Cosa sa lei di Clara?

–Oserei dire che ne so più di te, e che faresti meglio a dimenticartela, ma so già che non lo farai. Ho avuto anch'io sedici anni...

All'improvviso mi assalì una terribile sensazione. Quell'uomo era lo sconosciuto che si avvicinava a Clara quando era in strada da sola. Esisteva davvero, Clara non aveva mentito. Lo sconosciuto fece un passo avanti. Io indietreggiai: non avevo mai avuto così tanta paura in vita mia.

–Non ce l'ha Clara il libro, tanto perché lo sappia. Guai a lei se prova a toccarla un'altra volta.

–Non ho alcun interesse per la tua amica, Daniel, e un giorno sarà lo stesso anche per te. Quello che voglio è il libro. Ma preferirei ottenerlo con le buone e non dover fare del male a nessuno. Mi spiego?

Non avendo un'idea migliore, decisi di mentire spudoratamente.

–Ce l'ha un tale chiamato Adrián Neri. Un musicista. Magari il nome le dice qualcosa.

–Non l'ho mai sentito, e questo è quanto di peggio si possa dire di un musicista. Sicuro di non esserti inventato questo Adrián Neri?



–Qué más quisiera yo.

–Entonces, ya que parece que sois tan buenos amigos, a lo mejor tú puedes persuadirle para que te lo devuelva. Estas cosas, entre amigos, se solucionan sin problemas. ¿O prefieres que se lo pida a tu amiga Clara?

Negué.

–Hablaré con Neri, pero no creo que me lo devuelva, o que lo tenga todavía – improvisé–. ¿Y usted para qué quiere el libro? No me diga que para leerlo.

–No. Me lo sé de memoria.

–¿Es usted un coleccionista?

–Algo parecido.

–¿Tiene usted más libros de Carax?

–Los he tenido en algún momento. Julián Carax es mi especialidad, Daniel. Recorro el mundo buscando sus libros.

–¿Y qué hace con ellos si no los lee?

El extraño emitió un sonido sordo, agónico. Tardé unos segundos en comprender que se estaba riendo.

–Lo único que debe hacerse con ellos, Daniel –replicó.

Extrajo entonces una cajetilla de fósforos del bolsillo. Tomó uno y lo prendió. La llama iluminó por primera vez su semblante. Se me heló el alma. Aquel personaje no tenía nariz, ni labios, ni párpados. Su rostro era apenas una máscara de piel negra y cicatrizada, devorada por el fuego. Aquélla era la tez muerta que había rozado Clara.

–Quemarlos –susurró, la voz y la mirada envenenadas de odio.

Un soplo de brisa apagó la cerilla que sostenía en los dedos, y su rostro quedó de nuevo oculto en la oscuridad.

–Volveremos a vernos, Daniel. A mí nunca se me olvida una cara y creo que a ti, desde hoy, tampoco –dijo pausadamente–. Por tu bien, y por el de tu amiga Clara, confío en que tomes la decisión correcta y aclares este tema con el tal señor Neri, que por cierto tiene nombre de niño. Yo no me fiaría ni un pelo de él.

–Magari!

–Allora, visto che a quanto pare siete buoni amici, forse puoi convincerlo tu a restituirtelo. Queste cose si risolvono facilmente, tra amici. O preferisci che lo chieda alla tua amica Clara?

Scossi la testa.

–Parlerò con Neri, ma dubito che me lo restituirà. Non so nemmeno se ce l'abbia ancora –improvvisai–. E lei perché vuole tanto il libro? Non mi dica che è solo per leggerlo.

–No. Lo conosco a memoria.

–È un collezionista?

–Qualcosa di simile.

–Possiede altri libri di Carax?

–Ne ho avuti per un po' di tempo. Julián Carax è la mia specialità, Daniel. Giro il mondo alla ricerca dei suoi libri.

–E se non li legge, che cosa se ne fa?

Lo sconosciuto emise un suono sordo, straziante. Ci misi qualche secondo a capire che stava ridendo.

–L'unica cosa che si dovrebbe fare con quei libri, Daniel –rispose.

Estrasse una scatoletta di fiammiferi dalla tasca, ne prese uno e lo accese. La fiamma lo illuminò in volto per la prima volta. Mi si raggelò il sangue. Quell'individuo non aveva naso, né labbra, né palpebre. Il suo volto non era che una maschera di pelle nera cicatrizzata, consumata dal fuoco. Era la carne morta che aveva sfiorato Clara.

–Bruciarli –sussurrò, la voce e lo sguardo avvelenati dall'odio.

Un soffio di vento spense il fiammifero che teneva tra le dita, e il suo volto tornò a nascondersi nell'oscurità.

–Ci vedremo ancora, Daniel. Io non dimentico mai un volto e credo che, a partire da oggi, nemmeno tu –disse tranquillamente–. Per il tuo bene, e per quello della tua amica Clara, mi auguro che prenderai la decisione giusta e risolverai questa faccenda con questo signor Neri, che, tra l'altro, ha proprio un nome da

Sin más, el extraño se dio la vuelta y partió hacia los muelles, una silueta evaporándose en la oscuridad envuelta en su risa de trapo.

8

Un manto de nubes chispeando electricidad cabalgaba desde el mar. Hubiera echado a correr para guarecerme del aguacero que se avecinaba, pero las palabras de aquel individuo empezaban a hacer su efecto. Me temblaban las manos y las ideas. Alcé la vista y vi el temporal derramarse como manchas de sangre negra entre las nubes, cegando la luna y tendiendo un manto de tinieblas sobre los tejados y fachadas de la ciudad. Intenté apretar el paso, pero la inquietud me carcomía por dentro y caminaba perseguido por el aguacero con pies y piernas de plomo. Me cobijé bajo la marquesina de un quiosco de prensa, intentando ordenar mis pensamientos y decidir cómo proceder. Un trueno descargó cerca, rugiendo como un dragón enfilando la bocana del puerto, y sentí el suelo temblar bajo mis pies. El pulso frágil del alumbrado eléctrico que dibujaba fachadas y ventanas se desvaneció unos segundos más tarde. En las aceras encharcadas, las farolas parpadeaban, extinguiéndose como velas al viento. No se veía un alma en las calles y la negrura del apagón se esparció con un aliento fétido que ascendía de los desagües que vertían al alcantarillado. La noche se hizo opaca e impenetrable, la lluvia una mortaja de vapor. «Por una mujer así, cualquiera pierde el sentido común...» Eché a correr Ramblas arriba con un solo pensamiento en la cabeza: Clara.

La Bernarda había dicho que Barceló estaba fuera de la ciudad por asuntos de negocios. Aquél era su día libre, y tenía por costumbre ir a pasar esa noche en casa de su tía Reme y sus primas en San Adrián del Besós. Eso dejaba a Clara sola en el piso cavernoso de la plaza Real y a aquel individuo sin rostro y sus amenazas sueltos en la tormenta con sabe Dios qué ideas.

presuntuoso. Fossi in te, non mi fiderei di uno così.

Senza aggiungere altro, lo sconosciuto si girò e si avviò verso il molo, una sagoma che si dissolveva nell'oscurità, avvolta nella sua risata sinistra.

8

Una coltre di nubi cariche di elettricità si avvicinava cavalcando dal mare. Mi sarei messo a correre per cercare riparo dal diluvio che stava per abbattersi, ma le parole di quell'individuo cominciavano a fare effetto. Mi tremavano le mani e i pensieri. Alzai lo sguardo e vidi il temporale insinuarsi tra le nuvole e riversarsi sulla città come un fiume di sangue scuro, oscurando la luna e stendendo un manto di tenebre sui tetti e sulle case della città. Cercai di affrettare il passo, ma la paura mi divorava dall'interno e mi muovevo con i piedi e le gambe di piombo, inseguito dall'acquazzone. Mi rifugiai sotto la tettoia di un chiosco di giornali, cercando di fare ordine tra i miei pensieri e decidere come procedere. Un tuono rimbombò lì vicino, il ruggito di un drago abbattendosi sul porto. Sentii la terra tremarmi sotto i piedi. Il debole pulsare dell'illuminazione elettrica che disegnava i contorni di facciate e finestre svanì qualche secondo dopo. Sui marciapiedi coperti di pozzanghere, i lampioni si affievolivano uno dopo l'altro, spegnendosi come candele al vento. Non c'era un'anima viva in strada, e l'improvvisa oscurità si diffuse nella città con un odore fetido che risaliva dalle acque di scolo. La notte si fece opaca e impenetrabile, la pioggia un sudario di vapore. “Chiunque perderebbe la testa per una donna così...”. Mi misi a correre lungo le Ramblas con un solo pensiero in testa: Clara.

La signora Bernarda aveva detto che Barceló era fuori città per impegni di lavoro. Quello era il suo giorno libero, e di solito lo passava a casa di sua zia Reme e delle sue cugine a San Adrián del Besós. Ciò significava che Clara era rimasta da sola nell'appartamento cavernoso di piazza Real, in balia di quell'individuo senza volto e delle sue minacce, che giravano liberi nella tempesta con Dio solo sa quali intenzioni.

Mientras me apresuraba bajo el aguacero hacia la plaza Real, no podía quitarme del pensamiento la idea de que había puesto en peligro a Clara al regalarle el libro de Carax. Llegué a la entrada de la plaza empapado hasta los huesos. Corrí a cobijarme bajo los arcos de la calle Fernando. Me pareció ver contornos de sombra reptando a mis espaldas. Mendigos. El portal estaba cerrado. Busqué en mi manojito de llaves el juego que Barceló me había dado. Llevaba conmigo las llaves de la tienda, del piso de Santa Ana y de la vivienda de los Barceló. Uno de los vagabundos se me acercó, murmurando si podía dejarle pasar la noche en el vestíbulo. Cerré la puerta antes de que pudiese acabar su frase.

La escalera era un pozo de sombra. El aliento de los relámpagos se filtraba entre las comisuras del portón y salpicaba los contornos de los peldaños. Avancé a tientas y encontré el primer peldaño de un tropezón. Sujeté la barandilla y ascendí lentamente la escalera. Al poco, los peldaños se deshicieron en una planicie y comprendí que había llegado al rellano del principal. Palpé los muros de mármol frío, hostil, y encontré los relieves de la puerta de roble y los picaportes de aluminio. Busqué el orificio de la cerradura e introduje la llave a tientas. Al abrirse la puerta del piso, una franja de claridad azul me cegó momentáneamente y un soplo de aire cálido me acarició la piel. El cuarto de la Bernarda estaba situado en la parte posterior del piso, junto a la cocina. Me dirigí allí primero, aunque tenía la seguridad de que la criada estaba ausente. Golpeé con los nudillos en su puerta y, al no obtener respuesta, me permití abrir la alcoba. Era una habitación sencilla, con una cama grande, un armario oscuro con espejos ahumados y una cómoda sobre la que la Bernarda había colocado suficientes santos, vírgenes y estampas para abrir un santuario. Cerré la puerta y, al volverme, casi se me para el corazón al vislumbrar una docena de ojos azules y escarlata avanzando desde el fondo del pasillo. Los gatos de Barceló ya me conocían de sobra y toleraban mi presencia. Me rodearon, maullando suavemente, y al comprobar que mis ropas empapadas de lluvia no desprendían el calor deseado, me abandonaron con indiferencia.

Mentre correvo sotto l'acquazzone verso piazza Real, non riuscivo a togliermi dalla testa l'idea di aver messo in pericolo Clara regalándole il libro di Carax. Quando raggiunsi l'entrata della piazza ero bagnato fradicio. Corsi a ripararmi sotto i portici di via Fernando. Mi sembrò di distinguere delle figure nell'ombra che si avvicinavano furtivamente alle mie spalle. Mendicanti. Il portone era chiuso. Cercai nel mio mazzo di chiavi la copia che mi aveva dato Barceló. Avevo con me le chiavi del negozio, quelle dell'appartamento di via Santa Ana e quelle della casa dei Barceló. Uno dei mendicanti mi si avvicinò, supplicandomi di lasciargli passare la notte nell'atrio. Gli chiusi la porta in faccia senza nemmeno lasciarlo finire.

La rampa delle scale era immersa nell'ombra. Il respiro dei lampi s'insinuava tra le fessure del portone, illuminando a tratti i contorni degli scalini. Avanzai a tentoni e inciampai sul primo gradino. Mi aggrappai al corrimano e salii lentamente le scale. Poco dopo, gli scalini lasciarono il posto a una superficie piana e capii di essere arrivato al pianerottolo del primo piano. Tastai i muri di marmo freddo, ostile, e riconobbi i rilievi della porta di quercia e i battenti di alluminio. Cercai il buco della serratura e infilai la chiave alla cieca. Quando la porta si aprì, per un attimo mi ritrovai accecato da una luce azzurrina e un soffio di aria tiepida mi accarezzò la pelle. La stanza della signora Bernarda si trovava sul retro dell'appartamento, vicino alla cucina. Mi avviai in quella direzione, anche se ero sicuro che la domestica non ci fosse. Bussai alla porta e, non ottenendo alcuna risposta, mi permisi di entrare nella camera da letto. Era una camera semplice, con un letto grande, un armadio di legno scuro con specchi fumé e un comodino su cui la signora Bernarda aveva collocato tanti santi, vergini e immagini sacre da riempire un santuario. Chiusi la porta e, quando mi girai, mi venne quasi un infarto: una dozzina di occhi azzurri e rossi avanzavano lentamente verso di me dal fondo del corridoio. Erano i gatti di Barceló, che ormai mi conoscevano e tolleravano la mia presenza. Mi circondarono, miagolando dolcemente, ma poi, nello scoprire che i miei abiti inzuppati di pioggia non emanavano il calore desiderato, mi abbandonarono con indifferenza.

La habitación de Clara estaba situada en el otro extremo del piso, junto a la biblioteca y la sala de música. Los pasos invisibles de los gatos me seguían a través del corredor, expectantes. En la penumbra intermitente de la tormenta, el piso de Barceló se me antojaba cavernoso y siniestro, distinto del que había aprendido a considerar mi segunda casa. Alcancé la parte delantera del piso que daba a la plaza. El invernadero de Barceló se abrió ante mí, denso e impenetrable. Me adentré en la espesura de hojas y ramas. Por un instante me asaltó la idea de que, si el extraño sin rostro se había infiltrado en el piso, probablemente ése era el lugar que habría escogido para ocultarse. Para esperarme. Casi me pareció percibir aquel olor a papel quemado que desprendía en el aire, pero comprendí que lo que mi olfato había detectado era sencillamente tabaco. Me asaltó un amago de pánico. En aquella casa nadie fumaba, y la pipa de Barceló, siempre extinta, era puro *atrezzo*.

Llegué a la sala de música y el reluz de un relámpago encendió las volutas de humo que flotaban en el aire como guirnaldas de vapor. El teclado del piano formaba una sonrisa interminable junto a la galería. Crucé la sala de música y llegué hasta la puerta de la biblioteca. Estaba cerrada. La abrí y la claridad de la glorieta que rodeaba la biblioteca personal del librero me ofreció una cálida bienvenida. Las paredes recubiertas de estanterías repletas formaban un óvalo en cuyo centro descansaba una mesa de lectura y dos butacas de mariscal de campo. Sabía que Clara guardaba el libro de Carax en una vitrina junto al arco de la glorieta. Me dirigí hasta allí con sigilo. Mi plan, o la ausencia de uno, había sido hacerme con el libro, sacarlo de allí, entregárselo a aquel lunático y perderlo de vista para siempre. Nadie repararía en la ausencia del libro, excepto yo.

El libro de Julián Carax me esperaba como siempre, asomando el lomo al fondo de un estante. Lo tomé en mis manos y lo apreté contra el pecho, como si abrazase a un viejo amigo al que estuviese a punto de traicionar. Judas, pensé. Me dispuse a salir de allí sin dejar saber a Clara de mi presencia. Me llevaría el libro y desaparecería de la vida de Clara Barceló para siempre.

La stanza di Clara si trovava dall'altra parte dell'appartamento, vicino alla biblioteca e alla sala da musica. I passi felpati dei gatti mi seguivano lungo il corridoio, impazienti. Nella penombra della tormenta, interrotta occasionalmente da qualche lampo, l'appartamento di Barceló sembrava grande e minaccioso, molto diverso da quello che ero abituato a considerare la mia seconda casa. Raggiunsi il lato dell'appartamento che dava sulla piazza e mi ritrovai nella serra di Barceló, fitta ed impenetrabile. Mentre mi addentravo nel fogliame mi assalì l'idea che, se lo sconosciuto senza volto si fosse introdotto nell'appartamento, quello era esattamente il luogo in cui si sarebbe nascosto per tendermi un agguato. Mi sembrò quasi di sentire quell'odore di carta bruciata nell'aria, ma capii che l'odore che il mio naso sentiva era solo tabacco. Mi prese il panico: nessuno fumava in quella casa, e la pipa di Barceló, sempre spenta, serviva solo a fare scena.

Quando arrivai alla sala da musica, il bagliore di un fulmine illuminò la stanza, rivelando volute di fumo che fluttuavano nell'aria come ghirlande di vapore. Vicino alla galleria, i tasti del pianoforte formavano un sorriso interminabile. Attraversai la sala da musica e raggiunsi l'entrata della biblioteca. Era chiusa. La aprii e fui accolto dal chiarore del padiglione che conteneva la biblioteca personale del libraio. La stanza era di forma ovale, con le pareti ricoperte di scaffali pieni di libri e un tavolo da lettura e due sontuose poltrone al centro. Sapevo che Clara custodiva il libro di Carax nella vetrinetta vicino all'arco del padiglione. Mi ci avvicinai senza fare rumore. Il mio piano, volendolo chiamare così, era di mettere le mani sul libro, tirarlo fuori da lì, consegnarlo a quel pazzo e perderlo di vista per sempre. Nessuno si sarebbe accorto che mancava, tranne il sottoscritto.

Il libro di Julián Carax mi aspettava ancora una volta, affacciandosi dal fondo di una libreria. Lo presi tra le mani e me lo portai al petto, come se stessi abbracciando un vecchio amico che stavo per tradire. Giuda, pensai. Avevo intenzione di andarmene da lì senza far sapere a Clara che ero passato. Me ne sarei andato via con il libro e sarei sparito dalla vita di Clara Barceló per sempre.



Salí de la biblioteca con paso leve. La puerta de la habitación de Clara se adivinaba al fondo del corredor. La imaginé tendida en su lecho, dormida. Imaginé mis dedos acariciando su garganta, explorando un cuerpo que había memorizado de pura ignorancia. Me volví, dispuesto a abandonar seis años de quimeras, pero algo detuvo mis pasos antes de alcanzar la sala de música. Una voz silbando a mi espalda, tras la puerta. Una voz profunda, que susurraba y reía. En la habitación de Clara. Avancé hacia la puerta lentamente. Posé los dedos sobre el pomo de la puerta. Los dedos me temblaban. Había llegado tarde. Tragué saliva y abrí la puerta.

9

El cuerpo desnudo de Clara yacía sobre sábanas blancas que brillaban como seda lavada. Las manos del maestro Neri se deslizaban sobre sus labios, su cuello y su pecho. Sus ojos blancos se alzaban hacia el techo, estremeciéndose bajo las embestidas con que el profesor de música la penetraba entre sus muslos pálidos y temblorosos. Las mismas manos que habían leído mi rostro seis años atrás en las tinieblas del Ateneo aferraban ahora las nalgas del maestro, relucientes de sudor, clavándole las uñas y guiándole hacia sus entrañas con un ansia animal, desesperada. Sentí que me faltaba el aire. Debí de permanecer allí, paralizado, observándolos por espacio de casi medio minuto, hasta que la mirada de Neri, incrédula al principio, encendida de ira después, reparó en mi presencia. Jadeando todavía, atónito, se detuvo. Clara le aferró sin comprender, restregando su cuerpo contra el suyo, lamiéndole el cuello.

—¿Qué pasa? —gimió—. ¿Por qué te paras?

Los ojos de Adrián Neri ardían de furia.

—Nada —murmuró—. Ahora vuelvo.

Neri se incorporó y se lanzó hacia mí como un obús, apretando los puños. Ni le vi venir. No podía apartar los ojos de Clara, envuelta en sudor, sin aliento, las costillas dibujándose bajo su piel y los pechos temblando de anhelo. El profesor

Uscii dalla biblioteca senza fare rumore. Alla fine del corridoio s'intravedeva la porta della camera di Clara. Me la immaginai stesa sul suo letto, addormentata. Immaginai di accarezzarle il collo con le mie dita, esplorando un corpo che conoscevo a memoria dalle mie fantasie. Mi girai, rassegnato a buttare via sei anni passati a inseguire sogni irrealizzabili, ma qualcosa mi fece fermare prima di raggiungere la sala da musica. Una voce profonda, che sussurrava e rideva. Nella camera di Clara. Avanzai lentamente verso la porta e afferrai il pomolo della porta con le mani che tremavano. Ero arrivato tardi. Deglutii, mi feci coraggio e aprii la porta.

9

Il corpo nudo di Clara giaceva su lenzuola bianche che rilucevano come seta bagnata. Le mani del maestro Neri scivolavano sulle sue labbra, sul collo e sul petto. I suoi occhi bianchi guardavano il soffitto, le palpebre fremendo ad ogni affondo del professore di musica che la penetrava tra le cosce pallide e tremolanti. Le stesse mani che sei anni prima avevano accarezzato il mio viso nella penombra dell'Ateneo Barcelonés afferravano ora le natiche del maestro, madide di sudore, affondandoci le unghie e guidandolo dentro di sé con un desiderio disperato, animalesco. Mi sentii mancare l'aria. Dovevo essere rimasto lì ad osservarli, paralizzato, per almeno mezzo minuto, quando vidi lo sguardo di Neri, incredulo al principio, furioso poi, posarsi su di me. Ancora ansimando, si fermò, attonito. Clara si aggrappò a lui senza capire, sfregando il proprio corpo contro il suo, leccandogli il collo.

Cosa c'è? –gemette–. perché ti sei fermato?

Gli occhi di Adrián Neri erano accecati dalla rabbia.

Apetta –mormorò–. Torno subito.

Neri si alzò e si lanciò verso di me come un missile, stringendo i pugni. Non me ne accorsi nemmeno. Non riuscivo a distogliere lo sguardo da Clara, coperta di sudore, ansimante, le costole visibili sotto la pelle e i seni tremanti di piacere. Il

de música me agarró del cuello y me arrastró afuera de la habitación. Sentí que mis pies apenas rozaban el suelo, y por mucho que lo intenté no pude zafarme de la presa de Neri, que me llevaba como un fardo a través del invernadero.

–El alma te voy a romper yo a ti, desgraciado –mascullaba entre dientes.

Me llevó a rastras hasta la puerta del piso y una vez allí la abrió y me lanzó con fuerza al rellano. El libro de Carax se me había caído de las manos. Lo recogió y me lo tiró a la cara con rabia.

–Si te vuelvo a ver por aquí, o me entero de que te has acercado a Clara en la calle, te juro que te envío al hospital de la paliza que te doy, sin importarme una mierda la edad que tengas –dijo fríamente–. ¿Estamos?

Me incorporé trabajosamente, y descubrí que en el forcejeo Neri me había desgarrado la chaqueta y el orgullo.

–¿Cómo has entrado?

No contesté. Neri suspiró, sacudiendo la cabeza.

–Venga, dame las llaves –espetó Neri, conteniendo su furia.

–¿Qué llaves?

De la bofetada que me propinó, me caí al suelo. Me levanté con sangre en la boca y un silbido en el oído izquierdo que me taladraba la cabeza como el silbato de un urbano. Me palpé la cara y sentí el corte que me había partido los labios ardiendo bajo los dedos. Un anillo de sello brillaba en el dedo anular del profesor de música, ensangrentado.

–Las llaves, te he dicho.

–Váyase usted a la mierda –escupí.

No vi venir el puñetazo. Tan sólo sentí como si un martillo pilón me hubiese arrancado el estómago de cuajo. Me doblé en dos como un títere roto, sin respiración, tambaleándome contra la pared. Neri me agarró de un tirón por el pelo y hurgó en mis bolsillos hasta dar con las llaves. Me deslicé hasta el suelo, sujetándome el estómago, lloriqueando de agonía, o de rabia.

–Dígale a Clara que...

professore di musica mi prese per il collo e mi trascinò fuori dalla stanza. I miei piedi toccavano a malapena terra e, per quanto mi dimenassi, non riuscivo a liberarmi dalla presa di Neri, che mi trasportava come un peso morto attraverso la serra.

–Io ti faccio a pezzi, disgraziato –mormorava fra sé e sé.

Mi trascinò fino all'entrata dell'appartamento e, una volta lì, aprì la porta e mi scaraventò sul pianerottolo. Il libro di Carax mi era scivolato dalle mani. Lo raccolse e me lo lanciò in faccia, infuriato.

–Se ti vedo un'altra volta qui, o scopro che ti sei avvicinato a Clara per strada, giuro che ti mando all'ospedale se ti prendo, me ne sbatto di quanti anni hai! – disse freddamente–. Ci siamo capiti?

Mi rialzai a fatica. Nello scontro Neri mi aveva distrutto la giacca e l'orgoglio.

–Come sei entrato?

Non risposi. Neri sospirò, scuotendo la testa.

–Avanti, dammi le chiavi –disse bruscamente, cercando di restare calmo.

–Quali chiavi?

Mi colpì così forte che caddi per terra. Quando mi rimisi in piedi, avevo la bocca piena di sangue e mi fischiava l'orecchio sinistro, frastornandomi come il fischiello di un vigile urbano. Mi toccai la faccia e sentii il taglio sulle labbra bruciarmi sotto le dita. Un anello con sigillo brillava sull'anulare del professore di musica, tutto insanguinato.

–Dammi le chiavi, ti ho detto.

–Vada a farsi fottere –sputai.

Non vidi arrivare il colpo successivo. Fu come se un martello pneumatico mi avesse perforato lo stomaco. Mi piegai in due dal dolore come un pupazzo rotto, senza fiato, barcollando verso la parete. Neri mi afferrò con forza per i capelli e frugò nelle mie tasche finché non trovò le chiavi. Mi accasciai al suolo, stringendomi lo stomaco, piagnucolando dal dolore, o dalla rabbia.

–Dica a Clara che...

Me cerró la puerta en las narices, y quedé en la oscuridad absoluta. Busqué el libro a tientas en la negrura. Lo encontré y me deslicé con él escaleras abajo, apoyándome contra los muros, jadeando. Salí al exterior escupiendo sangre y respirando por la boca a borbotones. El frío y el viento me ciñeron las ropas empapadas, mordientes. El corte en la cara me quemaba.

–¿Está usted bien? –preguntó una voz en la sombra.

Era el mendigo al que había negado mi ayuda un rato antes. Asentí, evitando su mirada, avergonzado. Eché a andar.

–Espere un poco, al menos hasta que amaine la lluvia –sugirió el mendigo.

Me tomó del brazo y me guió hasta un rincón bajo los arcos donde guardaba un fardo y una bolsa con ropa vieja y sucia.

–Tengo un poco de vino. No es malo. Beba un poco. Le irá bien para entrar en calor. Y para desinfectar eso...

Bebí un trago de la botella que me ofrecía. Sabía a gasoil esclarecido con vinagre, pero su calor me calmó el estómago y los nervios. Unas gotas me salpicaron la herida y vi estrellas en la noche más negra de mi vida.

–Bueno, ¿eh? –Sonrió el mendigo–. Hala, échele un traguillo más, que esto levanta a los muertos.

–No, gracias. Para usted –musité.

El mendigo bebió un largo trago. Le observé detenidamente. Parecía un contable gris de ministerio que no se hubiese cambiado de traje en quince años. Me ofreció su mano y la estreché.

–Fermín Romero de Torres, cesante. Mucho gusto en conocerle.

–Daniel Sempere, tonto de remate. El gusto es mío.

–No se venda barato, que en noches así todo se ve peor de lo que es. Ahí donde me ve, yo soy un optimista nato. No me cabe la menor duda de que el régimen tiene los días contados. Según todos los indicios, los americanos nos van a invadir el día menos pensado y a Franco le pondrán un puesto de chufas en Melilla. Y yo recuperaré el puesto, la reputación y la honra perdida.

Mi sbatté la porta in faccia, e mi ritrovai nell'oscurità più assoluta. Cercai il libro a tentoni nel buio e, quando lo trovai, mi trascinai giù dalle scale appoggiandomi alle pareti, ansimando. Uscii dall'edificio sputando sangue e respirando affannosamente. Il freddo e il vento mi strinsero addosso i vestiti bagnati come in una morsa. Il taglio sul viso mi bruciava.

–Si sente bene? –chiese una voce nell'ombra.

Era il mendicante che mi ero rifiutato di aiutare poco prima. Vergognandomi da morire, annuii, evitando di incrociare il suo sguardo. Presi a camminare.

–Non vada subito, aspetti almeno che la pioggia diminuisca un po' –suggerì il mendicante.

Mi prese per il braccio e mi portò in un angolino sotto i portici dove aveva una scatola e un borsone di abiti usati e sporchi.

–Ho un po' di vino. Non è male. Ne beva un goccio. Le farà bene, la scalderà un po'. E le disinfetterà un po' anche quello...

Bevvi un sorso dalla bottiglia che mi offriva. Sapeva di gasolio corretto con aceto, ma almeno il calore dell'alcol mi calmò i nervi e lo stomaco. Delle gocce caddero sulla ferita e mi fecero vedere le stelle nella notte più buia della mia vita.

–È buono, eh? –disse sorridendo il mendicante–. Forza, beva un altro goccio, che questo fa resuscitare i morti.

–No, grazie. Tenga –mormorai.

Il mendicante si bevve un lungo sorso. Lo osservai attentamente: sembrava un impiegato statale che non si cambiava d'abito da quindici anni. Mi tese la mano e io gliela strinsi.

–Fermín Romero de Torres, disoccupato. Molto piacere di conoscerla.

–Daniel Sempere, perfetto imbecille. Il piacere è mio.

–Non si sminuisca così, in notti come questa è normale che tutto sembri peggio di com'è. Che ci creda o no, persino io sono un ottimista nato. Sono certo che il regime ha i giorni contati. A quanto pare, gli americani stanno per invaderci da un momento all'altro e Franco sarà presto mandato a Melilla a gestire un chiosco di bibite. E io riavrò il mio posto, la mia reputazione e la mia dignità perduta.

–A qué se dedicaba usted?

–Servicio de inteligencia. Alto espionaje –dijo Fermín Romero de Torres–. Sólo le diré que yo era el hombre de Maciá en La Habana.

Asentí. Otro loco. La noche de Barcelona los coleccionaba a puñados. Y a los idiotas como yo, también.

–Oiga, ese corte tiene mala pinta. Le han zurrado a base de bien, ¿eh?

Me llevé los dedos a la boca. Sangraba todavía.

–¿Asunto de faldas? –inquirió–. Se lo podía haber usted ahorrado. Las mujeres de este país, se lo digo yo que he visto mundo, son unas mojigatas y unas frías. Así como suena. Me acuerdo yo de una mulatita que dejé en Cuba. Óigame, otro mundo, ¿eh?, otro mundo. Y es que la hembra caribeña se te arrima al cuerpo con ese ritmo isleño y te susurra «ay, papito, dame plaser, dame plaser», y un hombre de verdad, con sangre en las venas, qué le voy yo a contar...

Me pareció que Fermín Romero de Torres, o cualquiera que fuese su verdadero nombre, anhelaba la anodina conversación casi tanto como un baño caliente, un plato de lentejas con chorizo y una muda limpia. Le di cuerda durante un rato, esperando a que se me calmase el dolor. No me costó gran esfuerzo, porque aquel hombrecillo sólo necesitaba algún asentimiento puntual y alguien que hiciese como que le escuchaba. Estaba el mendigo por relatarme los pormenores y tecnicismos de un plan secreto para secuestrar a doña Carmen Polo de Franco cuando advertí que ya llovía con menos fuerza y que la tormenta parecía alejarse lentamente hacia el norte.

–Se me hace tarde –murmuré, incorporándome.

Fermín Romero de Torres asintió con cierta tristeza y me ayudó a levantarme, haciendo como que me quitaba el polvo de la ropa empapada.

–Otro día será, entonces –dijo, resignado–. A mí es que me pierde la boca. Empiezo a hablar y... oiga, de lo del secuestro, que quede entre usted y yo, ¿eh?

–No se preocupe. Soy una tumba. Y gracias por el vino.

Me alejé hacia las Ramblas. Me detuve en el umbral de la plaza y volví la vista hacia el piso de los Barceló. Las ventanas permanecían oscuras, llorando de

–Di cosa si occupava?

–Servizi segreti. Alto spionaggio –disse Fermín Romero de Torres–. Le dico solo che ero l'uomo di Macià<sup>38</sup> a L'Avana.

Annuii. Un altro pazzo. Le notti di Barcellona ne attiravano in abbondanza. Loro, e pure gli idioti come me.

–Senta, quel taglio non ha un bell'aspetto. L'hanno conciata per le feste, eh?

Mi portai due dita alla bocca. Stava ancora sanguinando.

–C'entra una donna? –chiese–. Se lo sarebbe potuto risparmiare. Glielo dico io che ho girato il mondo, le donne di questo paese sono tutte frigide e bigotte. Proprio così. Mi ricordo ancora di una bellezza mulatta che ho lasciato a Cuba. Non c'è paragone, sa? Non c'è paragone. La femmina da quelle parti ti si struscia addosso con quel ritmo caraibico e ti sussurra “*ay, papito, fammi godere, fammi godere*”, e un uomo vero, con il sangue che ribolle nelle vene..cosa le posso dire?

Mi sembrava che Fermín Romero de Torres, o comunque si chiamasse, avesse bisogno di quell'inutile conversazione tanto quanto ne avesse di un bel bagno caldo, un piatto di salsiccia con lenticchie e un cambio di vestiti puliti. Gli diedi corda per un po', aspettando che il dolore diminuisse. Non fu difficile, perché a quel poveretto bastava qualche cenno di assenso di tanto in tanto e qualcuno che fingesse di ascoltarlo. Stava per raccontarmi dettagli e particolari di un elaborato piano segreto per rapire la moglie di Franco, quando mi accorsi che la pioggia si era fatta più lieve e il temporale sembrava spostarsi lentamente verso nord.

–Si sta facendo tardi –mormorai, mettendomi in piedi.

Fermín Romero de Torres annuì tristemente e mi aiutò ad alzarmi, fingendo di spazzolare via la polvere dai miei vestiti fradici.

–Sarà per un'altra volta, allora –disse, rassegnato–. Mi sa che parlo troppo. Comincio a parlare e poi... Senta, la cosa del rapimento, che rimanga tra noi, eh?

–Non si preoccupi. Sarò muto come una tomba. E grazie per il vino.

Mi allontanai in direzione delle Ramblas. All'ingresso della piazza mi fermai e mi voltai verso l'appartamento dei Barceló. Le finestre, ancora scure, versavano

---

38 Politico e militare spagnolo, presidente della Generalitat de Catalunya dal 1931 al 1933.



lluvia. Quise odiar a Clara, pero fui incapaz. Odiar de veras es un talento que se aprende con los años.

Me juré que no volvería a verla, que no volvería a mencionar su nombre, o a recordar el tiempo que había perdido a su lado. Por alguna extraña razón, me sentí en paz. La ira que me había sacado de casa se había evaporado. Temí que volviese, y con saña renovada, al día siguiente. Temí que los celos y la vergüenza me consumiesen lentamente una vez las piezas de cuanto había vivido aquella noche cayesen por su propio peso. Faltaban varias horas para el alba y todavía me quedaba una cosa que hacer antes de poder volver a casa con la conciencia limpia.

La calle Arco del Teatro seguía allí, apenas una brecha de penumbra. Un riachuelo de agua negra se había formado en el centro del callejón y se adentraba en procesión funeraria hacia el corazón del Raval. Reconocí el viejo portón de madera y la fachada barroca a la que me había conducido mi padre un amanecer seis años atrás. Ascendí los peldaños y me resguardé de la lluvia bajo la arcada del portal que olía a orines y a madera podrida. El Cementerio de los Libros Olvidados olía más a muerto que nunca. No recordaba que el picaporte era un rostro de diablillo. Lo así por los cuernos y golpeé tres veces la puerta. El eco cavernoso se esparció en el interior. Al rato volví a llamar, seis golpes esta vez, más fuertes, hasta que me dolió el puño. Pasaron otros tantos minutos y empecé a pensar que no debía de haber ya nadie en aquel lugar. Me acurruqué contra la puerta y saqué el libro de Carax del interior de la chaqueta. Lo abrí y leí de nuevo aquella primera frase que me había capturado años atrás.

*Aquel verano llovió todos los días, y aunque muchos decían que era castigo de Dios porque habían abierto en el pueblo un casino junto a la iglesia, yo sabía que la culpa era mía y sólo mía porque había aprendido a mentir y guardaba todavía en los labios las últimas palabras de mi madre en su lecho de muerte:*

lacrime di pioggia. Volevo odiare Clara, ma non ne ero capace. Odiare davvero è un'abilità che s'impara con gli anni.

Giurai a me stesso che non l'avrei più rivista, non avrei più menzionato il suo nome e non avrei più pensato a tutto il tempo che avevo sprecato di fianco a lei. Per qualche strana ragione, mi sentii in pace con me stesso. La rabbia che mi aveva spinto ad uscire di casa era sparita. Temevo che sarebbe tornata con rinnovato vigore il giorno successivo, che la gelosia e l'umiliazione mi avrebbero consumato lentamente una volta che avessi rimesso assieme i pezzi di ciò che avevo vissuto quella notte. Mancava qualche ora all'alba e c'era ancora qualcosa che dovevo fare prima di poter tornare a casa con la coscienza pulita.

Via Arco del Teatro era ancora lì, una fessura nella penombra. Al centro del vicolo si era formato un ruscello di acqua scura che si faceva strada verso il cuore del Raval come una silenziosa processione funeraria. Riconobbi il vecchio portone di legno e la facciata barocca dell'edificio dove mio padre mi aveva portato sei anni prima. Salii i gradini e mi riparai dalla pioggia sotto il portale ad arco che puzzava di urina e legno marcio. Mai come ora, il Cimitero dei Libri Dimenticati emanava odore di morte. Non ricordavo il battente raffigurante il volto di un diavoleto. Lo afferrai per le corna e colpii la porta tre volte. L'eco dei colpi rimbombò all'interno del palazzo. Poco dopo tornai a bussare, sei colpi questa volta, più forti, finché la mano non mi fece male. Passarono vari minuti senza una risposta e cominciai a pensare che non ci fosse ormai più nessuno in quel posto. Mi rannicchiai contro la porta e tirai fuori il libro di Carax da sotto la giacca. Lo aprii e rilessi ancora una volta quella prima frase che mi aveva catturato anni prima.

*Quell'estate piovve tutti i giorni, e malgrado molti sostenessero che quella fosse una punizione divina per aver costruito un casinò di fianco alla chiesa del paese, io sapevo che la colpa era mia e soltanto mia, perché avevo imparato a mentire e le mie labbra conservavano ancora le ultime parole di mia madre sul letto di*

*nunca quise al hombre con quien me casé, sino a otro que me dijeron que había muerto en la guerra; búscale y dile que morí pensando en él, porque él es tu verdadero padre.*

Sonreí, recordando aquella primera noche de lectura febril seis años atrás. Cerré el libro y me dispuse a llamar por tercera y última vez. Antes de que pudiera rozar con los dedos el picaporte, el portón se abrió lo suficiente para insinuar el perfil del guardián portando un candil de aceite.

–Buenas noches –musité–. Isaac, ¿verdad?

El guardián me observó sin pestañear. El reluz del candil esculpía sus rasgos angulosos en ámbar y escarlata, y le confería una inequívoca semejanza con el diablillo del picaporte.

–Usted es Sempere hijo –murmuró con voz cansina.

–Tiene usted una excelente memoria.

–Y usted un sentido de la oportunidad que da asco. ¿Sabe qué hora es?

Su mirada acerada ya había detectado el libro bajo mi chaqueta. Isaac hizo un gesto inquisitivo con la cabeza. Extraje el libro y se lo mostré.

–Carax –dijo–. Debe de haber diez personas como mucho en esta ciudad que sepan quién es o que hayan leído ese libro.

–Pues una de ellas anda empeñada en prenderle fuego. No se me ocurre mejor escondite que éste.

–Esto es un cementerio, no una caja fuerte.

–Precisamente. Lo que este libro necesita es que lo entierren donde nadie pueda encontrarlo.

Isaac lanzó una mirada recelosa hacia el callejón. Abrió un poco la puerta y me hizo señas para que me colase dentro. El vestíbulo oscuro e insondable olía a cera quemada y a humedad. Se podía oír un goteo intermitente en la oscuridad. Isaac me tendió el candil para que lo sostuviese mientras él extraía de su abrigo un manojito de llaves que hubiera sido la envidia de un carcelero. Conjurando alguna ciencia ignota, acertó cuál era la que buscaba y la introdujo en un cerrojo

*morte: non ho mai amato l'uomo che ho sposato. Amavo un altro, un uomo che mi avevano detto essere morto in guerra. Vai a cercarlo e digli che sono morta pensando a lui, perché è lui il tuo vero padre.*

Sorrisi, ripensando a quella prima notte di lettura frenetica, sei anni prima. Chiusi il libro e mi preparai a bussare per la terza ed ultima volta. Prima ancora che sfiorassi il battente con le dita, il portone si aprì quanto bastava per scorgere il profilo del guardiano, che portava con sé una lampada ad olio.

–Buonasera –bisbigliai–. Isaac, giusto?

Il guardiano mi fissò senza battere ciglio.

Il bagliore della lampada faceva risaltare i suoi lineamenti spigolosi in una luce ambrata e rossastra, conferendogli lo stesso aspetto del diavoleto sul battente.

–Il figlio di Sempere –mormorò, assonnato.

–Lei ha una memoria eccellente.

–E lei ha un tempismo che fa schifo. Lo sa che ora è?

Il suo sguardo gelido aveva già notato il libro sotto la mia giacca. Mi fece un cenno interrogativo. Tirai fuori il libro e glielo mostrai.

–Carax –disse–. Ci saranno al massimo dieci persone in questa città che sanno chi è o che hanno letto questo libro.

–Beh, una di loro si sta dando da fare per dargli fuoco. Non mi viene in mente nessun nascondiglio migliore di questo.

–Questo è un cimitero, non una cassaforte.

–Esattamente. Questo libro ha bisogno di essere sotterrato dove nessuno lo può trovare.

Isaac lanciò un'occhiata furtiva verso la strada. Aprì leggermente la porta e mi fece segno di infilarmi dentro. L'ingresso, buio e misterioso, era impregnato di un odore di cera bruciata e umidità. Si sentiva un gocciolio intermittente nell'oscurità. Isaac mi tese la lampada a olio in modo da poter estrarre dalla tasca della vestaglia un mazzo di chiavi che avrebbe fatto invidia a un carceriere. Ricorrendo a una qualche stregoneria, trovò quella che gli serviva e la infilò in un

protegido por una carcasa de cristal repleta de relés y ruedas dentadas que sugería una caja de música a escala industrial. A una vuelta de muñeca, el mecanismo chasqueó como las entrañas de un autómatas y vi las palancas y los fulcros deslizarse en un ballet mecánico asombroso hasta trabar el portón con una araña de barras de acero que se hundió en una estrella de orificios en los muros de piedra.

–Ni el Banco de España –comenté impresionado–. Parece algo sacado de Julio Verne.

–Kafka –matizó Isaac, recuperando el candil y encaminándose hacia las profundidades del edificio–. El día que comprenda usted que el negocio de los libros es miseria y compañía y decida aprender a robar un banco, o a crear uno, que viene a ser lo mismo, venga a verme y le explicaré cuatro cosas sobre cerrojos.

Lo seguí a través de los corredores que recordaba con frescos de ángeles y quimeras. Isaac sostenía el candil en alto, proyectando una burbuja intermitente de luz rojiza y evanescente. Cojeaba vagamente, y el abrigo de franela deshilachado que vestía semejaba un manto fúnebre. Se me ocurrió que aquel individuo, a medio camino entre Caronte y el bibliotecario de Alejandría, se sentiría a gusto en las páginas de Julián Carax.

–¿Sabe usted algo de Carax? –pregunté.

Isaac se detuvo al final de una galería y me miró, indiferente.

–No mucho. Lo que me contaron.

–¿Quién?

–Alguien que le conoció bien, o eso creía.

Me dio el corazón un vuelco.

–¿Cuándo fue eso?

–Cuando aún me peinaba. Usted debía de andar en pañales, y no parece que haya evolucionado mucho, la verdad. Mírese: está usted temblando –dijo.

–Es por la ropa mojada, y el frío que hace aquí dentro.

catenaccio protetto da una teca di vetro piena di relais e ingranaggi che ricordava un enorme *carillon*. Bastò un giro di polso e il meccanismo scattò rumorosamente: leve e fulcri cominciarono a scorrere in un meraviglioso balletto meccanico che bloccò il portone con un groviglio di sbarre d'acciaio che si inserivano in una costellazione di cavità nelle pareti di pietra.

–Neanche fosse il Banco de España<sup>39</sup> –commentai, stupito–. Sembra una cosa uscita da un romanzo di Jules Verne.

–Di Kafka –precisò Isaac, recuperando la lampada a olio e incamminandosi verso le profondità dell'edificio–. Quando si renderà conto che il mestiere del libraio rende felici ma non ricchi, e deciderà di svaligiare una banca, o di fondarne una, che è lo stesso, venga da me e le insegnerò una cosa o due sulle serrature.

Lo seguii attraverso i corridoi che ricordavo, pieni di affreschi di angeli e creature fantastiche. La lampada che Isaac reggeva a mezz'aria proiettava un bagliore rossastro evanescente. Zoppicava leggermente, e la vestaglia di flanella logora che indossava sembrava un drappo funebre. Pensai che quel personaggio, a metà strada tra Caronte e il bibliotecario di Alessandria, avrebbe potuto benissimo appartenere a uno dei romanzi di Julián Carax.

–Cosa sa di Carax? –domandai–.

Isaac si fermò in fondo al corridoio e mi guardò con aria indifferente.

–Non molto. Solo quello che mi hanno raccontato.

–Chi?

–Una persona che lo conosceva bene, o almeno così credeva.

Il mio cuore ebbe un sussulto.

–Quando è successo?

–Quando avevo ancora capelli da pettinare. Lei probabilmente era ancora in fasce, e se devo essere sincero non mi sembra che sia cambiato molto. Si guardi: sta tremando come una foglia –disse–.

–È per via dei vestiti bagnati. Fa un freddo qui dentro!

---

<sup>39</sup> Banca centrale spagnola.

–Otro día me avisa y enciendo la calefacción central para recibirle en volandas, capullito de alelí. Venga, sígame. Aquí está mi oficina, que tiene estufa y algo que echarle a usted encima mientras le secamos la ropa. Y algo de mercurocromo y agua oxigenada tampoco le irían mal, que me trae un careto que parece salido de la comisaría de Vía Layetana.

–No se moleste, de verdad.

–No me molesto. Lo hago por mí, no por usted. Pasada esa puerta, yo pongo las reglas y aquí los únicos muertos son los libros. A ver si me va usted a pillar una neumonía y tengo que llamar a los del depósito. Ya nos encargaremos del libro ese más tarde. En treinta y ocho años todavía no he visto ninguno que echase a correr.

–No sabe cómo se lo agradezco...

–Sin pamplinas. Si le he dejado pasar, es por respeto al padre de usted, de lo contrario le hubiese dejado en la calle. Haga el favor de seguirme. Y si se comporta, a lo mejor le cuento lo que sé de su amigo Julián Carax.

De refilón, cuando creyó que no podía verle, advertí que se le escapaba una sonrisa de pillo redomado. Isaac estaba claramente disfrutando de su papel de siniestro cancerbero. Yo también sonreí para mis adentros. Ya no me cabía la menor duda de a quién pertenecía el rostro del diablillo del picaporte.

## 10

Isaac me echó un par de mantas finas por los hombros y me ofreció una taza con un mejunje humeante que olía a chocolate caliente con ratafia.

–Me contaba usted de Carax...

–No hay mucho que contar. Al primero que oí mencionar a Carax fue a Toni Cabestany, el editor. Le hablo de veinte años atrás, cuando aún existía la editorial. Siempre que volvía de sus viajes a Londres, París o Viena, Cabestany se dejaba caer por aquí y charlábamos un rato. Los dos nos habíamos quedado viudos y él se lamentaba de que ahora estábamos casados con los libros, yo con

–Povero fiorellino fragile! La prossima volta mi avvisi per tempo, che provvedo ad accenderle il riscaldamento centrale per accoglierla più degnamente. Avanti, mi segua. Nel mio ufficio c'è una piccola stufa e qualche cosa da metterle addosso mentre le asciughiamo i vestiti. Anche un po' di mercurocromo e dell'acqua ossigenata non le farebbero male, tra l'altro. Ha un aspetto orribile, sembra appena uscito dal commissariato di via Layetana.

–Non si preoccupi, davvero.

–Non mi preoccupo. Lo faccio per me, non per lei. Qui dentro le regole le faccio io, e questo è un cimitero di libri, non di persone. Ci mancherebbe solo che le venisse una polmonite e mi toccasse chiamare l'obitorio. Del libro ce ne possiamo occupare più tardi. In trentotto anni non ne ho mai visto uno prendere e scappare via.

–Non so come ringraziarla...

–Non lo faccia. Se l'ho lasciata passare è per rispetto verso suo padre, altrimenti l'avrei lasciata in strada. Mi faccia il favore di seguirmi. E se fa il bravo, magari le racconto quello che so del suo amico Julián Carax.

Con la coda dell'occhio, quando pensava che non potessi vederlo, notai che gli sfuggì un sorrisetto da incorreggibile furfante. Isaac stava chiaramente divertendosi a interpretare il suo ruolo di Cerbero minaccioso, il che fece sorridere anche me. Ormai non avevo dubbi su chi raffigurasse il diavoletto sul battente della porta d'ingresso.

10

Isaac mi mise un paio di coperte leggere sulle spalle e mi offrì una tazza di un intruglio fumante che profumava di cioccolata calda e ratafià.

–Mi stava dicendo di Carax...

–Non c'è molto da dire. La prima persona che mi parlò di Carax fu Tony Cabestany, l'editore. Le parlo di vent'anni fa, quando esisteva ancora la sua casa editrice. Ogni volta che tornava da uno dei suoi viaggi a Londra, Parigi o Vienna, Cabestany passava di qui e ci facevamo quattro chiacchiere. Eravamo rimasti entrambi vedovi e lui se ne lamentava spesso dicendo che ormai eravamo sposati

158



los viejos y él con los de la contabilidad. Éramos buenos amigos. En una de sus visitas me contó que acababa de adquirir por cuatro chavos los derechos en castellano de las novelas de un tal Julián Carax, un barcelonés que vivía en París. Eso debió de ser en el año 28 o 29. Al parecer, Carax trabajaba de pianista en un burdel de poca monta en Pigalle por las noches y escribía de día en un ático miserable en la barriada de Saint Germain. París es la única ciudad del mundo donde morir de hambre todavía es considerado un arte. Carax había publicado un par de novelas en Francia que habían resultado ser un absoluto fracaso de ventas. Nadie daba un duro por él en París, y a Cabestany siempre le gustó comprar barato.

—¿Entonces, Carax escribía en castellano o en francés?

—A saber. Probablemente las dos cosas. Su madre era francesa, maestra de música, creo, y él había vivido en París desde que tenía diecinueve o veinte años. Cabestany decía que recibían de Carax los manuscritos en castellano. Si eran una traducción o el original, tanto le daba. El idioma favorito de Cabestany era el de la peseta, lo demás le traía al paio. Cabestany había pensado que tal vez, con un golpe de suerte, conseguir colocar unos miles de ejemplares de Carax en el mercado español.

—¿Y lo consiguió?

Isaac frunció el ceño, escanciándome un poco más de su brebaje reparador.

—Me parece que de la que más, *La casa roja*, vendió unos noventa.

—Pero siguió publicando a Carax, aunque perdiese dinero —apunté.

—Así es. No sé por qué, la verdad. Cabestany no era un romántico, precisamente. Pero quizá todo hombre tiene sus secretos... Entre el 28 y el 36 le publicó ocho novelas. Donde Cabestany hacía de verdad el dinero era en los catecismos y en una serie de folletines rosa protagonizados por una heroína de provincias, Violeta LaFleur, que se vendían muy bien en quioscos. Las novelas

con i libri, io con quelli antichi e lui con quelli contabili. Eravamo buoni amici. In una delle sue visite mi raccontò che aveva appena comprato per pochi spiccioli i diritti in spagnolo dei romanzi di un certo Julián Carax, un barcellonese che viveva a Parigi. Sarà stato il 1928 o il 1929. A quanto pareva, di notte Carax lavorava come pianista in un mediocre bordello nella zona di Pigalle, mentre di giorno scriveva libri in una soffitta malmessa nel quartiere di Saint-Germain. Parigi è l'unica città al mondo in cui morire di fame è ancora considerata un'arte. Carax aveva pubblicato un paio di romanzi in Francia che si erano rivelati un vero e proprio fiasco, per quel che riguardava le vendite. A Parigi, nessuno avrebbe mai scommesso un soldo su di lui, e a Cabestany erano sempre piaciuti gli affari facili.

–Ma quindi Carax scriveva in spagnolo o in francese?

–Chi lo sa, probabilmente in entrambe le lingue. Sua madre era francese, insegnante di musica, credo, e lui viveva a Parigi da quando aveva diciannove o vent'anni. Cabestany diceva che i manoscritti che riceveva da Carax erano in spagnolo. Che fossero originali o tradotti, a lui non importava. La lingua preferita di Cabestany era quella dei soldi, del resto non si preoccupava. Cabestany aveva pensato che magari, con un bel colpo di fortuna, sarebbe riuscito a vendere qualche migliaio di copie di Carax al mercato spagnolo.

–E ci riuscì?

Isaac aggrottò le sopracciglia, versandomi un altro po' del suo miscuglio rigenerante.

–Mi sembra che il romanzo che gli fruttò di più fu *La casa rossa*, di cui riuscì a vendere poco meno di novanta copie.

–Eppure continuò a pubblicare i suoi libri, anche se ci perdeva –commentai.

–Esatto. Non so perché, a essere sincero. Cabestany non era esattamente quel che si definisce un romantico. Ma chissà, ogni uomo ha i suoi segreti... Tra il 1928 e il 1936 pubblicò otto romanzi di Carax. In realtà Cabestany faceva soldi soprattutto con i libri di catechismo e con una serie di romanzi rosa d'appendice che avevano come protagonista una eroina di provincia chiamata Violeta LaFleur, e che andavano a ruba nei chioschi di giornali. I romanzi di Carax immagino li

de Carax, supongo, las editaba por gusto y por llevarle la contraria a Darwin.

–Qué fue del señor Cabestany?

Isaac suspiró, alzando la mirada.

–La edad, que a todos nos pasa factura. Cayó enfermo y tuvo algunos problemas de dinero. En 1936, el hijo mayor se hizo cargo de la editorial, pero era de los que no saben ni leerse la talla de los calzoncillos. La empresa se vino abajo en menos de un año. Afortunadamente, Cabestany no llegó a ver lo que sus herederos hacían con el fruto de toda una vida de trabajo ni lo que la guerra hacía con el país. Se lo llevó una embolia la noche de Todos los Santos, con un Cohiba en la boca y una niña de veinticinco años en las rodillas. El hijo estaba hecho de otra pasta. Arrogante como sólo los imbéciles pueden serlo. Su primera gran idea fue intentar vender el stock de libros del catálogo de la editorial, el legado de su padre, para transformarlos en pasta de papel o algo así. Un amigo, otro niñato con casa en Caldetas y un Bugatti, le había convencido de que las fotonovelas de amor y el *Mein Kampf* se iban a vender de miedo y que haría falta celulosa a mansalva para satisfacer la demanda.

–¿Llegó a hacerlo?

–No le dio tiempo. Al poco de tomar las riendas de la editorial, un individuo se presentó en su casa y le hizo una oferta muy generosa. Quería adquirir todo el stock de novelas de Julián Carax que todavía quedasen en existencias, y se ofrecía a pagarlas tres veces su precio de mercado.

–No me diga más. Para quemarlas –murmuré.

Isaac sonrió, sorprendido.

–Pues sí. Y parecía usted tonto, tanto preguntar y no saber nada.

–¿Quién era ese individuo? –pregunté.

–Un tal Aubert o Coubert, no recuerdo bien.

–¿Láin Coubert?

–¿Le suena?

pubblicasse più per scelta che per necessità, e per dimostrare che Darwin si sbagliava.

–Che ne è stato del signor Cabestany?

Isaac sospirò, alzando gli occhi al cielo.

–L'età ha fatto il suo corso anche per lui. Si ammalò ed ebbe qualche problema economico. Nel 1936, il figlio maggiore prese il suo posto nella casa editrice, ma era uno di quelli che non sanno leggere nemmeno l'etichetta delle proprie mutande. L'impresa fallì in meno di un anno. Per sua fortuna, Cabestany non ebbe il tempo di vedere ciò che i suoi eredi fecero al frutto del lavoro di una vita intera, né ciò che la guerra fece al paese. Un'embolia se lo portò via la notte di Ognissanti: morì con un sigaro cubano in bocca e una ragazza di venticinque anni sulle ginocchia. Il figlio era fatto di tutt'altra pasta. Arrogante come solo gli idioti sanno essere. La sua prima idea geniale fu quella di cercare di vendere l'intero stock di libri del catalogo della casa editrice, l'eredità di suo padre, per farne carta straccia o qualcosa di simile. Un amico, un altro sbruffone, con una villa a Caldetas e una Bugatti, lo aveva convinto che i fotoromanzi e il *Mein Kampf* sarebbero andati a ruba e che, quindi, era necessario procurarsi grandi quantità di cellulosa per soddisfare la domanda di mercato.

–Lo fece per davvero?

–Non ebbe il tempo di farlo. Poco dopo aver preso le redini della società, un individuo si presentò a casa sua per fargli un'offerta molto generosa. Voleva acquistare l'intero stock di libri di Julián Carax che erano rimasti invenduti ed era disposto a pagarli tre volte il loro prezzo di mercato.

–Non aggiunga altro. Per bruciarli –mormorai–.

Isaac sorrise, sorpreso.

–Esatto. E dire che mi sembrava uno stupido, con tutte quelle domande!

–Chi era quell'uomo? –domandai.

–Un certo Aubert, o Coubert, non ricordo bene.

–Láin Coubert?

–Le dice qualcosa?

–Es el nombre de un personaje de *La Sombra del Viento*, la última novela de Carax.

Isaac frunció el ceño.

–¿Un personaje de ficción?

–En la novela, Laín Coubert es el nombre que emplea el diablo.

–Un tanto teatral, le diré. Pero sea quien sea, al menos tenía sentido del humor – estimó Isaac.

Yo, que todavía tenía fresca la memoria de mi encuentro con aquel personaje, no le encontraba la gracia ni de refilón, pero reservé mi opinión para mejor lance.

–Este individuo, Coubert, o como se llame, ¿tenía la cara quemada, desfigurada? Isaac me observó con una sonrisa a medio camino entre la chanza y la preocupación.

–No tengo la menor idea. La persona que me contó todo esto no le llegó a ver, y lo supo porque Cabestany hijo se lo contó a su secretaria al día siguiente. De caras quemadas no mencionó nada. ¿Quiere decir que eso no lo ha sacado de un folletín?

Agité la cabeza, quitándole importancia al tema.

–¿Cómo acabó el asunto? ¿Le vendió los libros el hijo del editor a Coubert? – pregunté.

–El botarate del niñato se quiso pasar de listo. Pidió más dinero del que Coubert le ofrecía, y éste retiró su propuesta. Días más tarde, el almacén de la editorial Cabestany en Pueblo Nuevo ardió hasta los cimientos poco después de la medianoche. Y gratis.

Suspiré.

–¿Qué ocurrió con los libros de Carax? ¿Se perdieron?

–Casi todos. Por fortuna, la secretaria de Cabestany, al oír lo de la oferta, tuvo una corazonada y, por su cuenta y riesgo, fue al almacén y se llevó un ejemplar de cada título de Carax a su casa. Ella era la que mantenía toda la correspondencia con Carax y, a lo largo de los años, habían entablado cierta

–È il nome di uno dei personaggi de *L'Ombra del Vento*, l'ultimo romanzo di Carax.

Isaac corrugò la fronte.

–Un personaggio inventato?

–Nel romanzo, Laín Coubert è il nome che usa il diavolo.

–Un tantino teatrale, se vuole il mio parere. Chiunque egli fosse, perlomeno aveva un buon senso dell'umorismo –riconobbe Isaac.

Io, che avevo ancora ben impresso nella mente il mio incontro con quell'individuo, non lo trovavo per niente divertente, ma decisi di tenere la mia opinione per un'altra occasione.

–Quell'individuo, Coubert, o come si chiama, aveva il viso bruciato, sfigurato?

Isaac mi osservò con un sorriso a metà strada tra il divertito e il preoccupato allo stesso tempo.

–Non ne ho la più pallida idea. La persona che mi raccontò tutte queste cose non lo vide mai. Lo sapeva perché il figlio di Cabestany lo aveva raccontato alla sua segretaria il giorno successivo, ma non parlò di facce bruciate. È sicuro che non se lo sta inventando?

Scrollai la testa per sdrammatizzare.

–Come si concluse la faccenda? Il figlio dell'editore li ha poi venduti i libri a Coubert? –chiesi.

–Quell'idiota decise di fare il furbo. Chiese a Coubert più soldi di quelli che gli aveva proposto, e lui allora ritirò la sua offerta. Qualche giorno più tardi, poco dopo la mezzanotte, l'intero magazzino della casa editrice Cabestany di Pueblo Nuevo bruciò fino alle fondamenta. E gratis.

Sospirai.

–Che ne è stato dei libri di Carax? Bruciarono tutti?

–Quasi tutti. Per fortuna, la segretaria di Cabestany, quando seppe dell'offerta, ebbe un presentimento e decise, a suo rischio e pericolo, di andare al magazzino e di portarsi a casa una copia di ciascun titolo di Carax. Era lei che manteneva tutta la corrispondenza con Carax e, con il passare degli anni, si era instaurata una

amistad. Se llamaba Nuria, y me parece que ella era la única persona en la editorial, y probablemente en toda Barcelona, que se leía las novelas de Carax. Nuria siente debilidad por las causas perdidas. De pequeña recogía animalillos de la calle y los llevaba a casa. Con el tiempo pasó a adoptar novelistas malditos, a lo mejor porque su padre quiso ser uno y nunca lo consiguió.

–Parece que la conozca usted muy bien.

Isaac blandió su sonrisa de diablillo cojuelo.

–Más de lo que ella se cree. Es mi hija.

Se me comió el silencio y la duda. Cuanto más oía de aquella historia, más perdido me sentía.

–Tengo entendido que Carax volvió a Barcelona en 1936. Hay quien dice que murió aquí. ¿Le quedaba familia en la ciudad? ¿Alguien que pudiera saber de él? Isaac suspiró.

–Vaya usted a saber. Los padres de Carax se habían separado hacía tiempo, creo. La madre se había marchado a América del Sur, donde se volvió a casar. Con su padre, que yo sepa, no se hablaba desde que se marchó a París.

–¿Por qué no?

–Qué sé yo. La gente se complica la vida, como si no fuese suficientemente complicada.

–¿Sabe si vive aún?

–Eso espero. Era más joven que yo, pero uno ya sale poco y hace años que no leo las necrológicas porque los conocidos caen como moscas y uno se queda acojonado, la verdad. Por cierto, Carax era el apellido de la madre. El padre se apellidaba Fortuny. Tenía una sombrerería en la ronda de San Antonio, y por lo que sé no se llevaba mucho con su hijo.

–¿Pudiera ser entonces que al volver a Barcelona Carax se hubiese sentido tentado de acudir a ver a su hija Nuria, si tenían cierta amistad, aunque él no estuviese en buenos términos con su padre?

sorta di amicizia fra loro. Si chiamava Nuria, e mi sembra che fosse lei l'unica persona nella casa editrice, e probabilmente in tutta Barcellona, che si leggeva i romanzi di Carax. Nuria ha un debole per le cause perse. Da piccola raccoglieva animali dalla strada e se li portava a casa. Col tempo, passò ad adottare scrittori maledetti, forse perché suo padre aveva tanto voluto diventarne uno e non ci era mai riuscito.

–Sembra conoscerla molto bene.

Isaac sfoderò il suo sorrisetto diabolico.

–Più di quanto lei pensi. È mia figlia.

Mi sentivo attanagliato dai dubbi. Più mi addentravo in quella storia, meno ne capivo.

–A quanto ne so, Carax tornò a Barcellona nel 1936. C'è chi dice che è morto qui. Aveva ancora dei parenti in città? Qualcuno che possa sapere qualcosa su di lui?

Isaac sospirò.

–Chi lo sa. I genitori di Carax avevano divorziato già da molti anni, credo. La madre si era trasferita in America del Sud, e lì si era risposata. Che io sappia, lui e il padre non si erano più parlati da quando si era trasferito a Parigi.

–Perché no?

–E io che ne so. Alla gente piace complicarsi la vita, come se non fosse già abbastanza complicata da sola.

–Sa se il padre è ancora vivo?

–Lo spero. Era più giovane di me, però io non esco molto di casa e ho smesso di leggere i necrologi da tanti anni perché i conoscenti muoiono come mosche e, sinceramente, uno poi si fa prendere dall'ansia. Tra l'altro, Carax era il cognome della madre. Il cognome del padre era Fortuny. Aveva un negozio di cappelli nella Ronda de San Antonio, e per quello che ne so, non andava molto d'accordo con il figlio.

–Non potrebbe essere, allora, che tornato a Barcellona, Carax abbia pensato di mettersi in contatto con sua figlia Nuria, visto che avevano un rapporto d'amicizia e lui non era in buoni rapporti con suo padre?



Isaac rió amargamente.

—Probablemente soy el menos indicado para saberlo. Después de todo, soy su padre. Sé que una vez, en el 32 o el 33, Nuria viajó a París por asuntos de Cabestany, y que se alojó en casa de Julián Carax un par de semanas. Eso me lo contó Cabestany, porque según ella estuvo en un hotel. Mi hija estaba por entonces soltera y a mí me daba en la nariz que Carax andaba un poco atontado con ella. Mi Nuria es de las que rompen corazones con sólo entrar en una tienda.

—¿Quiere decir que eran amantes?

—A usted le va el folletín, ¿eh? Mire, yo en la vida privada de Nuria nunca me he metido, porque la mía tampoco es como para enmarcarla. Si algún día tiene usted una hija, bendición que no se la deseo yo a nadie, porque es ley de vida que tarde o temprano le romperá a uno el corazón, en fin, a lo que iba, que si algún día tiene usted una hija empezará sin darse cuenta a dividir a los hombres en dos clases: los que usted sospecha que se acuestan con ella y los que no. El que diga que no, miente por los codos. A mí me daba en la nariz que Carax era de los primeros, con lo cual me daba lo mismo si era un genio o un pobre desgraciado, yo siempre le tuve por un sinvergüenza.

—A lo mejor estaba usted equivocado.

—No se ofenda, pero usted es todavía muy joven y sabe de mujeres lo que yo de hacer *panellets*.

—También es verdad —convine—. ¿Qué pasó con los libros que se llevó su hija del almacén?

—Están aquí.

—¿Aquí?

—¿De dónde piensa que salió ese libro que encontró usted el día que le trajo su padre?

—No lo entiendo.

Isaac rise amaramente.

–Probabilmente sono la persona meno indicata per risponderle. In fin dei conti, sono suo padre. So che una volta, nel 1932 o nel 1933, Nuria fece un viaggio a Parigi per conto di Cabestany e Julián Carax la ospitò in casa sua per un paio di settimane. Questo me lo raccontò Cabestany perché a me, lei, disse che era stata in un hotel. A quel tempo, mia figlia era nubile, e io avevo la sensazione che Carax si fosse preso una bella sbandata per lei. La mia Nuria è una di quelle donne che spezza i cuori a prima vista.

–Intende dire che erano amanti?

–Le piacciono i romanzi d'appendice, eh? Guardi, io nella vita privata di Nuria non mi sono mai intromesso, perché la mia non è che sia da incorniciare. Se un giorno anche lei avrà una figlia, benedizione che non auguro a nessuno, perché è matematicamente certo che prima o poi le spezzerà il cuore, in ogni caso, dicevo, che se un giorno anche lei avrà una figlia, senza volerlo comincerà a dividere gli uomini in due categorie: quelli che pensa che vadano a letto con lei e quelli che no. Chi lo nega, mente spudoratamente. Io avevo la sensazione che Carax appartenesse al primo gruppo, perciò non m'importava se fosse un genio o un povero disgraziato, per me restava un farabutto.

–Magari si sbagliava.

–Senza offesa, ma lei è ancora troppo giovane e ha tanta esperienza con le donne quanta ne ho io a fare *panellets*<sup>40</sup>.

–Ha ragione –concordai–. Che ne è stato dei libri che sua figlia si prese dal magazzino?

–Sono qui.

–Qui?

–Da dove crede che venga il libro che ha trovato lei quando suo padre l'ha portato qui?

–Non capisco.

---

40 Dolcetti catalani tradizionali di marzapane preparati tradizionalmente per la festa di Ognissanti.

–Pues es bien sencillo. Una noche, días después del incendio del almacén de Cabestany, mi hija Nuria se presentó aquí. Estaba nerviosa. Decía que alguien la había estado siguiendo y que temía que el tal Coubert quisiera hacerse con los libros para destruirlos. Nuria me dijo que venía a esconder los libros de Carax. Se adentró en la sala grande y los ocultó en el laberinto de estanterías, como quien entierra tesoros. No le pregunté dónde los había puesto, ni ella me lo dijo. Antes de marcharse me dijo que, en cuanto lograra encontrar a Carax, volvería a por ellos. Me pareció que todavía seguía enamorada de Carax, pero no dije nada. Le pregunté si le había visto recientemente, si sabía algo de él. Me dijo que hacía meses que no tenía noticias suyas, prácticamente desde que él había enviado sus últimas correcciones del manuscrito de su último libro desde París. Si me mintió, no le sabría decir. Lo que sí sé es que después de aquel día, Nuria nunca más volvió a saber de Carax y aquellos libros se quedaron aquí, criando polvo.

–¿Cree usted que su hija accedería a hablar conmigo de todo esto?

–Bueno, mi hija a todo lo que sea hablar se apunta, pero no sé si podrá decirle algo que no le haya contado ya un servidor. Piense que de todo esto hace ya mucho tiempo. Y la verdad es que no nos llevamos tan bien como quisiera. Nos vemos una vez al mes. Vamos a comer por aquí cerca y luego se va como ha venido. Sé que hace años se casó con un buen chico; periodista y un poco atolondrado, la verdad, de esos que siempre andan metidos en líos de política, pero de buen corazón. Se casó por lo civil, sin invitados. Yo me enteré un mes más tarde. Nunca me ha presentado a su marido. Miquel se llama. O algo así. Supongo que no está muy orgullosa de su padre, y no la culpo. Ahora es otra mujer. Mire que hasta aprendió a hacer punto y me dicen que ya no se viste de Simone de Beauvoir. Uno de estos días me enteraré de que he sido abuelo. Hace años que trabaja en casa como traductora de francés e italiano. No sé de dónde sacó el talento, la verdad. De su padre está claro que no. Deje que le apunte su dirección, aunque no sé si es muy buena idea que le diga que le envió yo.

–È semplice. Una sera, svariati giorni dopo l'incendio del magazzino di Cabestany, mia figlia Nuria venne qui. Era molto nervosa. Disse che qualcuno la stava seguendo e temeva che quel tale, Coubert, volesse impadronirsi dei libri per distruggerli. Nuria mi disse che era venuta per nascondere i libri di Carax. Entrò nel salone e li nascose nel labirinto di scaffali, come fossero dei tesori. Non le chiesi dove li avesse messi, e lei non me lo disse. Prima di andarsene mi disse che sarebbe tornata a prenderli non appena fosse riuscita a rintracciare Carax. Ebbi l'impressione che fosse ancora innamorata di Carax, ma non dissi nulla. Le chiesi se lo avesse visto negli ultimi tempi, se avesse avuto sue notizie. Mi rispose che non lo sentiva da mesi, praticamente da quando lui le aveva inviato da Parigi le ultime correzioni del manoscritto del suo ultimo libro. Non saprei dirle se mi stesse mentendo. Quello che so per certo è che da quel giorno Nuria non ebbe più notizie di Carax e quei libri rimasero qui, a prendere polvere.

–Crede che sua figlia accetterebbe di parlare con me di tutto questo?

–Mah, quando si tratta di parlare mia figlia è sempre disponibile, ma non so se saprà dirle qualcosa che non le abbia già detto io. Sono passati tanti anni da quando è successo tutto questo e, a dirla tutta, non andiamo d'accordo come vorrei. Ci vediamo una volta al mese, andiamo a pranzare in un locale qui vicino e poi se ne va così com'è arrivata. So che anni fa si è sposata con un brav'uomo, un giornalista un po' sprovveduto, ad essere sinceri, di quelli che si cacciano sempre in qualche guaio politico, ma con un cuore d'oro. Si è sposata con il rito civile, senza invitare nessuno. Io sono venuto a saperlo solo un mese più tardi. Non mi ha nemmeno mai presentato suo marito, Miquel, credo si chiami, o qualcosa di simile. Suppongo che non sia particolarmente orgogliosa di suo padre, e non gliene faccio una colpa. È una donna nuova adesso, pensi che ha persino imparato a lavorare a maglia e mi hanno detto che non si veste nemmeno più come Simone de Beauvoir. Di questo passo, uno di questi giorni scoprirò di essere diventato nonno. Già da molti anni lavora da casa come traduttrice dal francese e dall'italiano. Non so da chi l'abbia preso tutto quel talento, perché da me, no di certo. Guardi, le scrivo l'indirizzo, ma non so se sia una buona idea

Isaac anotó unos garabatos en una esquina de un diario viejo y me tendió el recorte.

–Se lo agradezco. Nunca se sabe, a lo mejor ella recuerda algo...

Isaac sonrió con cierta tristeza.

–De cría lo recordaba todo. Todo. Luego los hijos se hacen mayores y ya no sabes lo que piensan ni lo que sienten. Y así ha de ser, supongo. No le cuente a Nuria lo que le he explicado, ¿eh? Lo dicho aquí que quede entre nosotros.

–Descuide. ¿Cree que ella aún piensa en Carax?

Isaac suspiró largamente, bajando la mirada.

–Yo qué sé. No sé si le quiso de verdad. Estas cosas se quedan en el corazón de cada uno, y ella ahora es una mujer casada. Yo a la edad de usted tuve una novieta, Teresita Boadas se llamaba, que cosía delantales en la textil Santamaría de la calle Comercio. Ella tenía dieciséis años, dos menos que yo, y era la primera mujer de la que me enamoré. No ponga esa cara, que ya sé que ustedes los jóvenes se creen que los viejos no nos hemos enamorado nunca. El padre de Teresita tenía un carromato de hielo en el mercado del Borne y era mudo de nacimiento. No sabe usted el miedo que pasé el día que le pedí permiso para casarme con su hija y se tiró cinco minutos mirándome fijamente, sin soltar prenda y con el pico del hielo en la mano. Llevaba yo ahorrando dos años para comprar una alianza cuando Teresita cayó enferma. Algo que había pillado en el taller, me dijo. En seis meses se me había muerto de tuberculosis. Aún me acuerdo de cómo gemía el mudo el día que la enterramos en el cementerio de Pueblo Nuevo.

Isaac se sumió en un profundo silencio. No me atreví ni a respirar. Al poco alzó la vista y me sonrió.

–Le hablo de cincuenta y cinco años atrás, ahí es nada. Pero, si he de serle sincero, no pasa un día que no me acuerde de ella, de los paseos que nos dábamos hasta las ruinas de la Exposición Universal de 1888 y de cómo se reía de mí cuando le leía los poemas que escribía en la trastienda del colmado de

dirle che l'ho mandata io.

Isaac scarabocchiò un indirizzo sul bordo della pagina di un vecchio giornale e, una volta strappato, mi tese il pezzo di carta.

–La ringrazio. Non si sa mai, magari lei si ricorda qualcosa...

Isaac sorrise con un velo di tristezza negli occhi.

–Quand'era piccola ricordava tutto. Tutto. Poi i figli crescono e non sai più cosa pensano o cosa provano. Ed è giusto così, immagino. Non dica a Nuria quello che le ho raccontato, d'accordo? Che resti tra noi la nostra conversazione.

–Non si preoccupi. Secondo lei, Nuria pensa ancora a Carax?

Isaac fece un lungo sospiro, abbassando lo sguardo.

–Chissà. Non so se lo amasse veramente. Queste cose rimangono segrete, nel cuore di ciascuno, e lei adesso è una donna sposata. Io, alla sua età, avevo una fidanzatina che si chiamava Teresita Boadas e cuciva grembiuli nello stabilimento tessile Santamaria in via Comercio. Aveva sedici anni, due meno di me, ed è stata la prima ragazza di cui mi sono innamorato. E non faccia quella faccia, so bene che voi giovani pensate che noi vecchi non ci siamo mai innamorati. Il padre di Teresita vendeva ghiaccio al mercato del Borne ed era muto dalla nascita. Non può immaginare quanta paura provai quando gli chiesi la mano di sua figlia e lui se ne restò zitto a fissarmi per cinque interminabili minuti, senza dire una parola, con il punteruolo da ghiaccio in mano. Stavo mettendo da parte i soldi da due anni per permettermi una fede nuziale quando Teresita si ammalò. Si era presa qualcosa al lavoro, mi disse. Sei mesi dopo, morì di tubercolosi. Ricordo ancora come gemeva il padre muto il giorno in cui la seppellimmo nel cimitero di Pueblo Nuevo.

Isaac sprofondò in un lungo silenzio. Non osavo respirare. Dopo un po', alzò lo sguardo e mi sorrise.

–Le parlo di cinquantacinque anni fa, figurarsi! Però, se devo essere sincero, non passa giorno che non pensi a lei, alle passeggiate che facevamo fino a ciò che rimaneva dell'Esposizione Universale del 1888 e a come rideva di me quando le leggevo le poesie che scrivevo nel retrobottega del negozio di alimentari di mio

embutidos y ultramarinos de mi tío Leopoldo. Me acuerdo hasta de la cara de una gitana que nos leyó la mano en la playa del Bogatell y nos dijo que estaríamos juntos toda la vida. A su manera, no mentía. ¿Qué le puedo decir? Pues sí, yo creo que Nuria todavía se acuerda de ese hombre, aunque no lo diga. Y, la verdad, yo eso no se lo perdonaré a Carax jamás. Usted es muy joven todavía, pero yo sé lo que duelen esas cosas. Si quiere saber mi opinión, Carax era un ladrón de corazones, y el de mi hija se lo llevó a la tumba o al infierno. Sólo le pido una cosa, si es que la ve y habla con ella: que me diga cómo está. Que averigüe si es feliz. Y si ha perdonado a su padre.

Poco antes del alba, portando tan sólo un candil de aceite, me adentré una vez más en el Cementerio de los Libros Olvidados. Al hacerlo, imaginaba a la hija de Isaac recorriendo aquellos mismos corredores oscuros e interminables con idéntica determinación a la que me guiaba a mí: salvar el libro. En un principio creí que recordaba la ruta que había seguido en mi primera visita a aquel lugar de la mano de mi padre, pero pronto comprendí que los dobleces del laberinto combaban los pasillos en volutas que era imposible recordar. Tres veces intenté seguir una ruta que había creído memorizar, y tres veces me devolvió el laberinto al mismo punto del que había partido. Isaac me esperaba allí, sonriente.

—¿Piensa volver algún día a por él? —preguntó.

—Por supuesto.

—En ese caso, quizá quiera usted hacer una pequeña trampa.

—¿Trampa?

—Joven, usted es un poco duro de entendederas, ¿verdad? Acuértese del Minotauro.

Tardé unos segundos en comprender su sugerencia. Isaac extrajo un viejo cortaplumas del bolsillo y me lo tendió.

—Haga usted una pequeña marca en cada esquina que tuerza, una muesca que sólo usted conozca. Es madera vieja y tiene tantos arañazos y estrías que nadie lo advertirá, a menos que sepa lo que está buscando...

zio Leopoldo. Ricordo persino la faccia di una zingara che ci lesse la mano nella spiaggia di Bogatell e ci disse che saremmo rimasti assieme per tutta la vita. In un certo senso, non mentiva. Cosa posso dirle? Sì, io credo che Nuria pensi ancora a quell'uomo, anche se magari non lo dice. E la verità è che io non potrò mai perdonare Carax per questo. Lei è ancora troppo giovane per capire, ma io so quanto fanno male queste cose. Se vuole il mio parere, penso che Carax fosse un rubacuori, e quello di mia figlia se l'è portato con sé nella tomba o all'inferno. Le chiedo solo una cosa, se dovesse riuscire a vederla e a parlare con lei: mi faccia sapere come sta. Vorrei sapere se è felice, e se ha perdonato suo padre.

Poco prima dell'alba, reggendo la lampada ad olio, mi addentrai ancora una volta nel Cimitero dei Libri Dimenticati. Mentre camminavo, mi immaginavo la figlia di Isaac percorrendo quegli stessi corridoi oscuri e interminabili, spinta dalla stessa determinazione che stava guidando me: salvare il libro. All'inizio credevo di ricordare il percorso che avevo fatto quella prima volta che ero venuto a visitare quel luogo, mano nella mano con mio padre, ma ben presto mi resi conto che le curve e svolte del labirinto deformavano i corridoi in volute impossibili da riconoscere. Per ben tre volte tentai di seguire un percorso che credevo di aver memorizzato, e per ben tre volte il labirinto mi riportò al punto di partenza, dove c'era Isaac ad attendermi, sorridente.

–Pensa che tornerà a riprenderlo, prima o poi?

–Certo.

–In questo caso, forse dovrebbe ricorrere a qualche trucchetto.

–Trucchetto?

–Giovanotto, lei è un po' duro di comprendonio, non è vero? Pensi al Minotauro.

Ci misi un po' a capire il suggerimento. Isaac estrasse un vecchio coltellino dalla tasca e me lo tese.

–Ogni volta che fa una curva, ci faccia un piccolo segno nell'angolo, un intaglio che possa riconoscere solo lei. È legno vecchio, ha così tanti graffi e solchi che nessuno ci farà caso, a meno che non sappia che cosa sta cercando...



Seguí su consejo y me adentré de nuevo en el corazón de la estructura. Cada vez que torcía el rumbo me detenía a marcar los estantes con una C y una X en el lado del corredor por el que me decantaba. Veinte minutos más tarde me había perdido completamente en las entrañas de la torre y el lugar en que iba a enterrar la novela se me reveló por casualidad. A mi derecha vislumbré una hilera de tomos sobre la desamortización debidos a la pluma del insigne Jovellanos. A mis ojos de adolescente, semejante camuflaje hubiera disuadido hasta las mentes más retorcidas. Extraje unos cuantos e inspeccioné la segunda hilera oculta detrás de aquellos muros de prosa granítica. Entre nubecillas de polvo, varias comedias de Moratín y un flamante *Curial e Güelfa* alternaban con el *Tractatus Logico Politicus* de Spinoza. Como toque de gracia, opté por confinar el Carax entre un anuario de sentencias judiciales de los tribunales civiles de Gerona de 1901 y una colección de novelas de Juan Valera. Para ganar espacio, decidí llevarme el libro de poesía del Siglo de Oro que los separaba y en su sitio deslicé *La Sombra del Viento*. Me despedí de la novela con un guiño, y volví a colocar en su lugar la antología de Jovellanos, amurallando la primera fila.

Sin más ceremonial me alejé de allí, guiándome por las muescas que había ido dejando en el camino. Mientras recorría túneles y túneles de libros en la penumbra, no pude evitar que me embargase una sensación de tristeza y desaliento. No podía evitar pensar que si yo, por pura casualidad, había descubierto todo un universo en un solo libro desconocido entre la infinidad de aquella necrópolis, decenas de miles más quedarían inexplorados, olvidados para siempre. Me sentí rodeado de millones de páginas abandonadas, de universos y almas sin dueño, que se hundían en un océano de oscuridad mientras el mundo que palpitaba fuera de aquellos muros perdía la memoria sin darse cuenta día tras día, sintiéndose más sabio cuanto más olvidaba.

Seguì il suo consiglio e mi addentrai ancora una volta nel cuore della struttura. Ogni volta che cambiavo direzione mi fermavo a fare un segno sugli scaffali, una C e una X sul lato del corridoio verso cui decidevo di dirigermi. Venti minuti più tardi mi ero perso completamente nelle viscere della torre e il posto in cui avrei nascosto il romanzo mi si rivelò inaspettatamente. Alla mia destra, scorsi una fila di volumi sull'espropriazione dei beni ecclesiastici scritti dall'illustre Jovellanos che, ai miei occhi di adolescente, rappresentavano il nascondiglio perfetto, impensabile anche per la più contorta delle menti. Ne tirai fuori qualcuno ed esaminai attentamente la seconda fila di libri, nascosta dietro a quelle mura di prosa granitica. Tra cumuli di polvere, diverse commedie di Moratin e una copia di *Curial e Guelfa* nuovo di zecca si alternavano con vari volumi del *Trattato teologico-politico* di Spinoza. Con un tocco di arguzia, decisi di inserire il libro di Carax tra una ricopilazione di sentenze giudiziarie emanate dai tribunali civili di Girona del 1901 e una raccolta di romanzi di Juan Varela. Per fare spazio, decisi di portarmi via il libro di poesie del Siglo de Oro che si trovava tra questi, e al suo posto infilai *L'Ombra del Vento*. Mi congedai dal libro con un cenno d'intesa e tornai a inserire al suo posto l'antologia di Jovellanos, facendo della prima fila di libri una muraglia di protezione.

Senza fare tante storie, mi allontanai da lì e tornai sui miei passi, seguendo i segni che avevo lasciato lungo il percorso. Mentre ripercorrevo gallerie e gallerie di libri nella penombra, mi assalì una sensazione di tristezza e sconforto. Non potevo evitare di pensare che mentre io, per puro caso, avevo scoperto un universo intero in un solo libro sconosciuto, nella miriade di titoli presenti in quella necropoli, decine di migliaia di altri libri erano destinati a rimanere lì, inesplorati, dimenticati per sempre. Mi sentii circondato da milioni di pagine abbandonate, di universi e anime alla ricerca di un padrone, che sprofondavano in un oceano di oscurità mentre il mondo pulsante al di fuori di quelle mura sembrava perdere la memoria senza nemmeno accorgersene, sentendosi tanto più saggio quanto più dimenticava.

Despuntaban las primeras luces del alba cuando regresé al piso de la calle Santa Ana. Abrí la puerta con sigilo y me deslicé por el umbral sin encender la luz. Desde el recibidor se podía ver el comedor al fondo del pasillo, la mesa todavía ataviada de fiesta. El pastel seguía allí, intacto, y la vajilla seguía esperando la cena. La silueta de mi padre se recortaba inmóvil en el butacón, oteando desde la ventana. Estaba despierto y aún vestía su traje de salir. Volutas de humo se alzaban perezosamente de un cigarrillo que sostenía entre el índice y el anular, como si fuese una pluma. Hacía años que no veía fumar a mi padre.

–Buenos días –murmuró, apagando el cigarrillo en un cenicero casi repleto de colillas a medio fumar.

Le miré sin saber qué decir. Su mirada quedaba velada al contraluz.

–Clara llamó varias veces anoche, un par de horas después de que te fueras –dijo–. Sonaba muy preocupada. Dejó recado que la llamas, fuera la hora que fuese.

–No pienso volver a ver a Clara, o a hablar con ella –dije.

Mi padre se limitó a asentir en silencio. Me dejé caer en una de las sillas del comedor. La mirada se me cayó al suelo.

–¿Vas a decirme dónde has estado?

–Por ahí.

–Me has dado un susto de muerte.

No había ira en su voz, ni apenas reproche, sólo cansancio.

–Lo sé. Y lo siento –respondí.

–¿Qué te has hecho en la cara?

–Resbalé en la lluvia y me caí.

–Esa lluvia debía de tener un buen derecho. Ponte algo.

–No es nada. Ni lo noto –mentí–. Lo que necesito es irme a dormir. No me tengo en pie.

–Al menos abre tu regalo antes de irte a la cama –dijo mi padre.

Señaló el paquete envuelto en papel de celofán que había depositado la noche

Quando tornai all'appartamento in via Santa Ana, stavano spuntando le prime luci dell'alba. Aprii la porta silenziosamente e m'intrufolai all'interno senza accendere la luce. Dall'ingresso potevo vedere la sala da pranzo alla fine del corridoio e la tavola ancora imbandita a festa. Il dolce era ancora lì, intatto, e l'argenteria stava ancora aspettando la cena. La sagoma di mio padre si profilava immobile sulla poltrona, lo sguardo rivolto fuori dalla finestra. Era sveglio e indossava ancora il suo abito migliore. Volute di fumo si alzavano pigramente da una sigaretta che sosteneva tra l'indice e l'anulare come se fosse una penna. Era da anni che non vedevo mio padre fumare.

–Buongiorno –mormorò, spegnendo la sigaretta in un portacenere pieno di mozziconi fumati a metà.

Lo guardai, senza sapere cosa dire. Il suo sguardo era nascosto nella penombra.

–Clara ha chiamato diverse volte ieri sera, un paio di ore dopo che te ne sei andato –disse–. Sembrava molto preoccupata. Ha lasciato detto di richiamare, a qualsiasi ora.

–Non ho nessuna intenzione di rivedere Clara, né di parlarle –dissi.

Mio padre si limitò ad annuire in silenzio. Mi lasciai cadere in una delle sedie della sala da pranzo, mentre mio sguardo cadeva verso il pavimento.

–Hai intenzione di dirmi dove sei stato?

–In giro.

–Mi hai fatto spaventare a morte.

Non c'era rabbia nella sua voce, né il tentativo di un rimprovero, solo stanchezza.

–Lo so. Mi dispiace –risposi.

–Cos'è successo alla tua faccia?

–Sono scivolato nella pioggia e sono caduto.

–Quella pioggia doveva avere un bel gancio destro. Mettici qualcosa sopra.

–Non è niente. Non lo sento neanche –mentii–. Quello di cui ho bisogno è andare a dormire. Non mi reggo in piedi.

–Almeno apri il tuo regalo prima di andare a letto –disse mio padre.

Indicò il pacchettino avvolto nella carta scintillante che la sera precedente aveva

anterior sobre la mesa del comedor. Dudé un instante. Mi padre asintió. Tomé el paquete y lo sopesé. Se lo tendí a mi padre sin abrir.

–Lo mejor es que lo devuelvas. No merezco ningún regalo.

–Los regalos se hacen por gusto del que regala, no por mérito del que recibe – dijo mi padre–. Además, ya no se puede devolver. Ábrelo.

Deshice el cuidadoso envoltorio en la penumbra del alba. El paquete contenía una caja de madera labrada, reluciente, ribeteada con remaches dorados. Se me iluminó la sonrisa antes de abrirla. El sonido del cierre al abrirse era exquisito, de mecanismo de relojería. El interior del estuche venía recubierto de terciopelo azul oscuro. La fabulosa Montblanc Meisterstück de Víctor Hugo descansaba en el centro, deslumbrante. La tomé en mis manos y la contemplé al reluz del balcón. Sobre la pinza de oro del capuchón había grabada una inscripción.

### **Daniel Sempere, 1953**

Miré a mi padre, boquiabierto. No creo haberle visto nunca tan feliz como me lo pareció en aquel instante. Sin mediar palabra, se levantó de la butaca y me abrazó con fuerza. Sentí que se me encogía la garganta y, a falta de palabras, me mordí la voz.

appoggiato sul tavolino della sala da pranzo. Esitai per un momento. Mio padre fece un cenno di assenso. Presi in mano il pacchetto e lo soppesai. Lo tesi a mio padre senza aprirlo.

–È meglio se lo restituisci. Non merito nessun regalo.

–I regali si fanno per la gioia di chi regala, non per il merito di chi li riceve – ribatté mio padre–. In ogni caso, ormai non si può restituire. Aprilo.

Scartai l'involucro accuratamente confezionato nella penombra dell'alba. Il pacchetto conteneva una scatoletta di legno intagliato, lucido, impreziosito da rivetti dorati. Un sorriso m'illuminò il volto ancor prima di aprirla. Il suono del gancetto che si sbloccava era squisito, come un meccanismo di orologeria. All'interno, l'astuccio era foderato di velluto blu. La meravigliosa Montblanc Meisterstück riposava al suo interno, in tutta la sua bellezza. La presi tra le mani e la osservai nella luce proveniente dal balcone. Sul fermaglio dorato del cappuccio era stata incisa una scritta.

### **Daniel Sempere, 1953**

Guardai mio padre, a bocca aperta. Non credo di averlo mai visto così felice come in quel momento. Senza una parola, si alzò dalla poltrona e mi abbracciò forte. Sentii un nodo alla gola e, non sapendo cosa dire, mi morsi la lingua.

## Bibliografía

- Apel, Friedmar. *Il manuale del traduttore letterario*, Milano, Guerini e associati, 1999.
- Bartolotta, Salvatore. “Proceso de traducción y selección léxica”, contenido en *Léxico Español Actual II*, editado por Luis Luque Toro, Venezia, Libreria Editrice Cafoscarina, 2009.
- Bellos, David. *Is that a fish in your ear? Translation and the meaning of everything*, New York, Farrar Straus & Giroux, 2011 (e-book).
- Bertazzoli, Raffaella. *La traduzione: teorie e metodi*, Roma, Carocci, 2015.
- Eco, Umberto. *Dire quasi la stessa cosa: esperienze di traduzione*, Milano, Bompiani, 2016.
- Knudson-Vilaseca, Emily; Tajés, María P.; Tobin Stanley, Maureen. *Hybridity in Spanish Culture*, Cambridge Scholars Publishing, 2011.
- Osimo, Bruno. *Manuale del traduttore: guida pratica con glossario*, Milano, Hoepli, 1998.
- Quartu, Monica; Rossi, Elena. *Dizionario dei modi di dire della lingua italiana*, Milano, Hoepli, 2012.
- Ruiz Zafón, Carlos. *The Shadow of the Wind*, trad. ing. Lucia Graves, New York, Penguin Books, 2005.
- Ruiz Zafón, Carlos. *L'ombra del vento*, trad. it. Lia Sezzi, Milano, Mondadori, 2005.
- Ruiz Zafón, Carlos. *La Sombra Del Viento*, Barcelona, Planeta, 2014.
- Tam, Laura. *Grande dizionario di spagnolo*, Milano, Hoepli, 2009.
- Verdegal Cerezo, Joan Manuel. “La enseñanza de la traducción literaria”, contenido en *La enseñanza de la traducción*, editado por Amparo Hurtado Albir, Castellón, Publicaciones de la Universidad Jaime I, 1996.

## Sitiografia

Carlos Ruiz Zafón – sitio web: <http://www.carlosruizzafon.com>

Consorci per a la Normalització lingüística: <http://blogs.cpnl.cat/e3santaperpetua/>

Curs de català – frases hechas: <http://www.cursdecatala.com/ca/frases-fetes/>

Dizionario Educalingo: <https://educalingo.com>

Dizionario Treccani: <http://www.treccani.it/vocabolario/>

Diccionario de la Real Academia Española (DRAE): [www.rae.es/drae](http://www.rae.es/drae)

Dizionario Wordreference: <http://www.wordreference.com/>

Naucher: <http://www.naucher.com/es/hemeroteca/golondrinas-125-anos-de-cultura>

Proz – comunidad de traductores: <https://www.proz.com/>

Benjamin, Walter. “Il compito del traduttore” publicado en la revista online *Aut Aut* 334/2007, <http://tdtc.bytenet.it/comunicati/benjamin.pdf> (última consulta 18 de diciembre de 2017)

Calle Rosingana, Gonzalo. “Sentido literal y sentido figurado: tratamiento cognitivo del zeugma como estrategia estilística en «La sombra del viento»”, artículo en la *Revista española de lingüística aplicada (RESLA)*, no. 26, 2013, <http://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4596437.pdf> (última consulta 12 de enero de 2018)

Cerand, Lauren. “Lawrence Venuti e la sua ossessione: la responsabilità del traduttore”, entrevista traducida al italiano por Paola Brusasco para la revista *Tradurre*, Primavera de 2015, <https://rivistatradurre.it/2015/05/lawrence-venuti-e-la-sua-ossessione/> (última consulta 13 de diciembre de 2017)

De Pablo, Isela; Nava, Manuel. “El viento sin sombra: un análisis hermenéutico”, artículo en la revista *Synthesis* de la Universidad Autónoma de Chihuahua, no. 54, 13 de junio de 2011, [http://www.uach.mx/extension\\_y\\_difusion/synthesis/2011/06/13/el\\_viento\\_sin\\_sombra\\_un\\_analisis\\_hermenutico.pdf](http://www.uach.mx/extension_y_difusion/synthesis/2011/06/13/el_viento_sin_sombra_un_analisis_hermenutico.pdf) (última consulta 26 de octubre de 2017)



Falck-Pedersen, Annalise. “Rethorical Devices that Make The Novel «The Shadow of the Wind» Step Out of the Shadows”, artículo en el blog *ProseWorks*, 9 de diciembre de 2012, <http://proseworks.blogspot.it/2012/12/rhetorical-devices-that-make-novel.html> (última consulta 20 de noviembre de 2017)

Fresquet Roso, Maria. *Estudio sobre la recepción del modelo de best seller norteamericano en los best sellers europeos. Los casos de Francia y España*, proyecto vinculado a la Universitat de Barcelona, 29 de junio de 2011, [http://www.recercat.cat/bitstream/handle/2072/198859/2010FI\\_B2%2000033.pdf?sequence=1](http://www.recercat.cat/bitstream/handle/2072/198859/2010FI_B2%2000033.pdf?sequence=1) (última consulta 18 de octubre de 2017)

Gallén Marta; Romero, Marina. “La importancia del análisis del discurso narrativo en la traducción: «L'ombra del vento» de Carlos Ruiz Zafón”, artículo en *Espéculo: Revista de estudios literarios* de la Universidad Complutense de Madrid, no. 41, 2009, <https://webs.ucm.es/info/especulo/numero41/lombrav.html> (última consulta 25 de enero de 2018)

Medina, Elena R., “La novela incombustible”, entrevista para *Arte de vivir en la intimidad*, Enero de 2003, [http://carlosruizzafon.com/usuarios/entrevistes/arxiu\\_/ARTE\\_DE\\_VIVIR.pdf](http://carlosruizzafon.com/usuarios/entrevistes/arxiu_/ARTE_DE_VIVIR.pdf) (última consulta 8 de enero de 2018)

Porto, Héctor J. “Zafón rechaza llevar al cine «La sombra del viento» porque «sería una traición»” *La Voz de Galicia*, 18 de noviembre de 2016, [https://www.lavozdeg Galicia.es/noticia/cultura/2016/11/18/zafon-rechaza-llevar-cine-sombra-viento-seria-traicion/0003\\_201611G18P38991.htm](https://www.lavozdeg Galicia.es/noticia/cultura/2016/11/18/zafon-rechaza-llevar-cine-sombra-viento-seria-traicion/0003_201611G18P38991.htm) (última consulta 20 de noviembre de 2017)

## Agradecimientos

Me gustaría que estas líneas sirvieran para expresar mi más sincero agradecimiento a todas las personas que han colaborado directa e indirectamente en la realización del presente trabajo y me han ayudado a llegar al punto en el que me encuentro.

En primer lugar quiero agradecer a todos los profesores que he tenido en la universidad de Ca' Foscari, por todas las enseñanzas que me han transmitido en estos cinco años. En particular, gracias al profesor Rigobon, mi supervisor, por su enorme paciencia con mis dudas y por su apoyo, su gran disponibilidad y su dedicación a su trabajo, que es inspiradora. Gracias también a los profesores Borja de Ca' Foscari y Morillas de la universidad de Málaga por impulsar con sus clases la pasión por la traducción y su debate. Gracias por los aportes, las aclaraciones y los consejos.

También quiero dar las gracias a mis padres por su apoyo constante, tanto moral como económico: por brindarme la posibilidad de viajar tanto e ir a vivir a España varias veces, por los consejos y por todas las noches en el salón, leyendo este trabajo juntos, peleándonos y riéndonos por nuestras opiniones divergentes.

Gracias a mi novio por estar ahí, por creer siempre en mí y por aguantarme en estos seis meses llenos de momentos de crisis, ansiedad y malhumor.

Gracias, por fin, a todos mis amigos, por la paciencia que han tenido conmigo en estos meses, por su afecto y confianza, sus críticas, consejos y opiniones, y por estar ahí siempre, a pesar de todo. Gracias en particular a Laura, Nicol, Chiara, Beatrice, Elisa y Elisabetta que han compartido conmigo la vida universitaria (y mucho más) desde el primer día; a Alice y Maru por su afecto y apoyo constante e incondicional; a Eleonora y Elisa por su apoyo moral; a Nick por sus consejos; a mi mejor amigo Mark por introducirme a la traducción. A todos los compañeros de piso y amigos conocidos en España por mejorar mi español y llenar mis días de risas.

Gracias, a todos.

Venecia, marzo de 2018